



**ABRIR CAPÍTULO TERCERO TOMO II**

## CAPITULO CUARTO

Propuesta española de un  
Congreso Católico (II):  
aceptación

## SUMARIO

### 4. 1. RUPTURA ENTRE EL PAPA Y EL GOBIERNO ROMANO

Primera declaración pontificia desde Gaeta (789).- Reacción romana a la huida del Papa (802).- Rechazo de comisionados romanos enviados a Gaeta (806).- Fracaso de la Comisión Gubernativa de Estado (808).- La Suprema Junta de Estado de Roma (812).- Malogrado el reconocimiento del Gobierno romano por el Cuerpo Diplomático (814).- Prosigue el incómodo acoso del embajador francés (818).- Hacia una Asamblea Constituyente Romana (822) - NOTAS (827).

### 4. 2. DIFICIL INSERCIÓN DEL CONGRESO ESPAÑOL EN LA DIPLOMACIA FRANCO-AUSTRIACA

Obvias e inmediatas adhesiones (840).- Austria y Francia obligado tránsito de la crisis romana y del Congreso español (850).- La restauración austríaca de la mano de Schwartzenberg (855).- Luis Napoleón Bonaparte Presidente de la República Francesa (861).- Francia solicitada por los gobiernos católicos (876).- Fracaso de la concertación austríaca propuesta a Francia (882).- Acción seductora de Gioberti en París (895).- El obstáculo de la conferencia de Bruselas (904) - Modificaciones napolitanas al plan español del Congreso (913).- La suspirada aceptación del Congreso por Francia (928) - Victoria hispana un tanto pírrica (938) - NOTAS (948).

### 4. 3. LA REPUBLICA ROMANA EN EL MOMENTO DE SU PROCLAMACION

Las elecciones del 21 de enero (978).- Primer y fundamental debate parlamentario (983).- ¡La proclamación! "*El atentado se ha consumado ...*" (987).- Significación de la República Romana en la historiografía (990).- Inoperancia del Comité Ejecutivo (999).- La política religiosa de la República (1005).- Mazzini llega a Roma "*templo de la humanidad*" (1016) - NOTAS (1025).

El primer requisito para que la conferencia propuesta por España tuviera viabilidad alguna era cuál sería la actitud política fundamental y el método de acción que el Papa adoptaría ante la crisis de sus Estados en el intento de reconducción a la situación anterior: ¿continuar desde el extranjero el imposible diálogo político con las fuerzas domésticas ahora en franca rebeldía, cada vez más emancipadas en su dinámica política, pretextando la ausencia del Soberano? ¿búsqueda de auxilio exterior pero en el ámbito de los estados italianos? en fin, ¿conversión hacia las naciones católicas dando la espalda al bienio reformista? La adopción de esta tercera opción daba a la iniciativa española un carácter de oportunidad evidente (4. 1.).

La iniciativa congresual española hasta el inicio de las conferencias de Gaeta a fines de marzo deberá sortear muchos escollos y navegar por aguas borrascosas, además del rechazo sardo-toscano estudiado en el capítulo anterior. Toda gestión propontificia a pesar de la inmediata aquiescencia de éste, pasa por el visto bueno de las dos grandes Potencias de Francia y Austria, sobre todo si se recuerda que París y Viena han entablado de inmediato el diálogo a dos en la cuestión romana. Por otra parte, otras conferencias internacionales como la de Bruselas en fase de preparación con vistas a resolver el conflicto sardo-austriaco bajo la mediación franco-británica tras la guerra del '48, ocupan espacio y mantienen ocupadas a las mismas grandes Potencias y es un elemento de neutralización de la iniciativa española.

El rango secundario de la nación que la promueve no deja de ser un *handicap* muy real y objetivo; si además otros países como Nápoles quieren aprovechar los foros internacionales en defensa de intereses propios, comprenderemos que la tardanza de París y de Viena en aceptar el principio de la propuesta congresual española fuera tan larga y realmente justificada. Pero el Congreso fué al fin aceptado por éstas; su realidad es algo insoslayable y sobre el precedente de esta aceptación nacerá la idea de las reuniones de Gaeta. (4. 2. ).

Al hilo de semejante lenta maduración tiene lugar la espectacular proclamación de la República Romana que conllevaba el derrocamiento del poder temporal pontificio; la iniciativa española será más que nunca una realidad providencial y positiva que empuja a la inmediata reacción a favor del Papa. República Romana, por lo demás, , capítulo mítico de la historia del *Risorgimento* en su proyección hacia el futuro - como épica será la historia de la defensa militar de Roma ante el ataque francés - y que hemos querido sintetizar lo que la bien estratificada y muy serena bibliografía italiana actual piensa sobre esta fase originaria de la República Romana (4. 3.).

#### 4. 1. RUPTURA ENTRE EL PAPA Y EL GOBIERNO ROMANO

SUMARIO; Primera declaración pontificia desde Gaeta (799) - Reacción romana a la huída del Papa (802) - Rechazo de comisionados romanos enviados a Gaeta (806) - Fracaso de la Comisión Gubernativa de Estado (808) - La Suprema Junta de Estado de Roma (812) - Malogrado el reconocimiento del Gobierno romano por el Cuerpo Diplomático (814) - Prosigue el incómodo acoso del embajador francés (818) - Hacia una Asamblea Constituyente Romana (822) - NOTAS (827).

El embrión de la política restauracionista de Pío IX nacido en Gaeta se asentó en una firme toma de posición frente a sus propios súbditos en rebeldía y y por un distanciamiento sin titubeos de aquellas cortes italianas que pretendieran mantener alguna veleidosa relación con la rebelión romana y más en general persistiesen en el ideal patriótico y unitario del Risorgimento.

Las paternales y diversivas palabras sobre la definitiva morada de exilio prodigadas al fatigoso desfile de diplomáticos y demás emisarios extraordinarios no era un método por sí sólo suficiente; era necesario tomar la iniciativa. El Papa estaba obligado a trazarse una política propia y autónoma; las tensiones hasta ahora recordadas en torno al duelo franco-español por el asilo, la prevención desagradable de muchos contra una prolongada estancia en Nápoles, el temor de que Francia involucrase al Papa en sus asuntos internos, aunque describen un panorama conflictivo de notoria importancia, no llegan al fondo de la trama.

La restauración pontificia ¿debería fundarse sobre el apoyo de los estados italianos o por el contrario sobre la internacionalización del doméstico conflicto romano? Este punto absolutamente inaplazable y prioritario relegaba a un segundo plano al menos todavía en el mes de diciembre, la otra cuestión no menos grave, ¿el Papa

debería abandonar toda veleidad liberal-constitucional para volver al viejo absolutismo? La conexión de esta segunda cuestión con la primera era evidentísima aunque en principio pudieran concebirse diversas fórmulas contemporizadoras que acaso el tiempo podría dilucidar.

Es sabido que el Papa Pío IX optó por la internacionalización. La elección no puede sorprender demasiado si recordamos que desde el planteamiento y posterior ejecución de la fuga de Palacio, Pío IX quedó confiado a la protección del Cuerpo Diplomático y que el gesto de auxilio prodigado en dirección de la Cristiandad está en perfecta coherencia con la elección efectuada en la famosa Alocución del 29 de abril al otorgar a la misión universal y religiosa de Pastor Supremo una prioridad respecto a la temporal e italiana de Príncipe y Soberano.

#### Primera declaración pontificia desde Gaeta

Recordemos las primeras actuaciones públicas del Papa orientadas a formalizar de forma neta y ostentosa la ruptura de vínculos con el gobierno romano que le había sido impuesto por coacción el 16 de noviembre. El primer acto público del Papa exilado fue la publicación de una Proclama a sus súbditos con fecha del 27 de noviembre, al día siguiente de su arribada a territorio napolitano (1). La rapidez de este manifiesto puede explicarse fácilmente: sobre el excitado ánimo de Pío IX pesaba lo que en Roma hubiera podido suceder al conocerse la noticia de su furtiva salida; en proporción al sorprendente y espectacular gesto había máxima urgencia en explicar al mundo las gravísimas razones que le habían empujado a tan desesperado y para muchos desacertado gesto; convenía mucho que el mundo conociese el

íntimo pensar del Papa acerca de la crisis romana a ser posible simultáneamente con la noticia de la fuga misma.

Lo que nos parece digno de ser subrayado en la citada proclama es la estrecha vinculación en ella establecida entre la descalificación del gobierno romano y la llamada de auxilio al pueblo católico; de este modo y desde el primer instante quedaba claro que los dos puntos no eran sino vertientes complementarias de una misma política, política para lo sucesivo piedra angular de las intensas actividades tendentes a lograr la recuperación del poder en Roma. La Proclama destinada en principio a los súbditos romanos, aclaraba Antonelli, "pensaba comunicarlo a todas las Potencias que hubiesen firmado el tratado de Viena, aunque fuesen protestantes porque en ella había multitud de católicos" (2).

El caracter doble de los destinatarios del manifiesto es más aparente que real y no lo es desde luego por su intención; basta leer por encima el texto para observar el deseo de estrechar ambas realidades; la violencia ejercida sobre el Pontificado, decía, se había efectuado "ante la mirada de Europa" y la razón de la huída descansaba en la preocupación de recuperar la plena libertad en el ejercicio de la Suprema Potestad espiritual, cuyo ejercicio en las circunstancias de una revolución en el corazón de sus estados "podría con razón poner en duda el Orbe Católico". ¿Sabrían los católicos salir fiadores de la libertad del Papa al par que jueces de la indignidad moral de los súbditos rebeldes?

La misma Proclama era enviada a los Soberanos europeos el 4 de diciembre como texto anejo de una carta personal del Papa (3). Pío IX abría su dolorido corazón a los demás Soberanos desgranando sus sentimientos de hombre agraviado, abrumado por el peso del deber en defensa de los derechos y posesiones de la Iglesia Romana, de cuya íntegra e

inviolable conservación estaba obligado por el vínculo de un solemne juramento.

A continuación, en un párrafo susceptible de vincular a los estados europeos a la causa pontificia, confesaba Pío IX que en las dramáticas circunstancias de la hora presente su angustia no tenía otro alivio que el esperar que dichos Soberanos no le defraudasen en la colaboración que pudieran prestarle en defensa del poder temporal de la Sede Apostólica (4).

La demanda estaba formulada con estudiada discreción; a falta de más información acerca de las reacciones que la noticia hubiese podido provocar, parecía suficiente por el momento esta genérica apelación en la medida en que se marcaba una línea de futura actuación y se aliviaba a la Curia del cerco de oferta de asilos ahora que se podía alegar que la definitiva decisión quedaba supeditada a la eventual respuesta de los Soberanos a la misiva papal. El diálogo se pretendía establecer con los interlocutores más lejanos por encima de los más próximos, es decir, los propios súbditos y no había una consideración particular para los gobiernos italianos.

Porque no cabe duda que el objetivo prioritario de la **Proclama** era romper los vínculos constitucionales y jurídicos con el gobierno romano abandonado a su suerte en la capital; el texto lo expresa claramente: la violencia "**inaudita y sacrílega**" que dió origen al gobierno del 16 de noviembre lo priva de toda legalidad, por ello "**todos los actos derivados de ella (son) como carentes de vigor y legitimidad alguna**". La conclusión era que el estado pontificio carecía ya de gobierno, era declarado "**acéfalo**" instituyéndose por ello un organismo sustitutorio circunstancial y atípico, una **Comisión Gubernativa** de siete

miembros que organizarían *ex radice* el vacío de poder creado por la fuga para la reconducción de los asuntos públicos (5).

Por firme que pueda parecer el tono y los términos mismos de la Proclama pontificia la firmeza estribaba más en la voluntad proclamada de una nueva política que en la invulnerabilidad jurídica que sustentaba tal decisión. El punto débil de la argumentación es evidente en los silencios subyacentes acerca de la naturaleza jurídica de la nueva institución creada. La Comisión Gubernativa ¿reforzaba o anulaba al ejecutivo en ejercicio en Roma? ¿invalidaba el poder constitucional o prolongaba su vigencia? (6)

#### Reacción romana a la huida del Papa

Por encima de tales exquisiteces jurídicas que todavía deberemos analizarlas, a partir de la publicación de la Proclama, había una realidad muy concreta a verificar y conocer, la situación política de hecho creada en Roma desde la salida del Soberano; ¿cómo entendía el gobierno romano su nueva situación? ¿qué interpretación constitucional de los acontecimientos habría verificado? ¿cómo acusarían los ministros el humillante impacto de una fuga realizada a sus espaldas como desautorizando definitivamente un gabinete nacido con los fusiles y el cañón apuntando al Quirinal? En definitiva ¿eran un ejecutivo legítimo o intruso?

La cascada de preguntas no termina ahí. En la medida en que los liberales romanos estaban divididos igual que en el resto de los países en moderados y radicales, estos últimos, ¿no podrían utilizar la huida, al margen y por encima del gobierno, como la ocasión propicia que removiera el definitivo obstáculo del poder pontificio para la lanzarse por

el camino de un proceso constituyente, fuera éste de ámbito romano o italiano?

La ausencia del Papa de su capital abría interrogantes abismales; por ello, justo es elogiar el sentido de responsabilidad con que desde el primer momento actuó el debilitado gabinete esforzándose en tan desesperada situación en buscar y propalar razones legitimadoras de su poder, siquiera fuera de la más frágil entidad jurídica, al menos hasta que se conociese con alguna seguridad la expresa voluntad del Soberano hablando desde el exilio.

El clavo ardiendo al que el gobierno romano ha de aferrarse para legitimar su permanencia fué el escrito llegado a sus manos en el instante mismo en que conoció la huída papal. La mañana del 25 de noviembre el marqués de Sacchetti, custodio de los sacros palacios, entregaba al ministro del Interior Galletti una nota personal de Pío IX escrita momentos antes de la partida (7). El breve texto encomendaba la protección de las personas que habían quedado en la residencia papal, cómplices objetivos en algún sentido de la fuga; de quienes sin embargo, se decía, exculpándolos, no estar al corriente de nada, urgiendo al gobierno la conservación de la paz y el orden de la ciudad. Las dudas sobre la regularidad constitucional del texto en razón de la mediación utilizada y el modo extraño de comunicación, cedieron de momento ante la voluntad manifiesta del Papa de no perder contacto ni siquiera en la huída con la mecha humeante de un gobierno hostil.

El billete de Pío IX concebido como un gesto paternal y humanitario, desde el punto de vista de los más duros - parece que redactado a espaldas de Antonelli, huído veinticuatro horas antes que el Papa y quien al conocerlo lo desaprobó (8) - agravaba aún más los equívocos

de la situación, al convertirse dicho levísimo papel en manos de los rebeldes en instrumento legitimador de su poder.

Cuando se hizo público este cortísimo texto acompañado de un manifiesto del gabinete creó el milagro de la cohesión en la clase política romana. Las Cámaras legislativas reunidas el 25 y 26 y la Comuna de Roma dando por válida la interpretación del gobierno, se sumaban inmediatamente a la tesis de la vigencia plena e indiscutible del gobierno del 16 de noviembre, autorizado por ello a hacer frente a la nueva situación (9).

Actitud solidaria o instintivo reflejo defensivo de una clase política impresionada por la fuga, la táctica que prevaleció ante la situación de la orfandad institucional fué dar muestras de total normalidad, ofreciendo al mundo una lección de civismo mediante la defensa de la paz exterior y el orden público, algo que parecía en principio poco menos que imposible para la mayor parte de los observadores y analistas de la Ciudad Eterna durante aquel año, si además tenemos en cuenta que la herencia política de los absolutistas y gregorianos del anterior pontificado podían remover las aguas dramatizando la situación (10).

Significativo al efecto el gesto de solidaridad de Mamiani, uno de los líderes de más peso de entre los moderados romanos, que ante la circunstancia de ver en peligro la patria, renunciando a su negativa de formar parte de este gabinete, se sumó a él arrumbando escrúpulos hasta entonces manifestados (11).

El inicial gravísimo peligro de desbordamiento de las pasiones se superó favorablemente. El estupor y la sorpresa mezclados configuraron el estado de ánimo más generalizado de Roma más bien que la indignación o la alegría. La ciudad, por fin, tras los agitados meses

pasados parecía recobrar cierta atonía callejera. Los observadores extranjeros anotaban con contenida sorpresa que Roma parecía ... ¡más tranquila que antes!

Pero justamente dicha calma escondía el misterio fundamental y la condenación moral más grave contra la ciudadanía no sólo de la capital sino del resto de los estados romanos, sin que escapara ciudad o región alguna, a saber, la afectada pasividad y la pública indiferencia frente a la magnitud de un suceso presente en el ánimo de todos. ¿Cómo era posible que no se diera algún gesto de simpatía, algún signo de caballerosa solidaridad a favor de una institución milenaria como el Papado, y mucho más a favor de un Papa tan popular como Pío IX hasta las vísperas mismas de la tragedia?. "Resulta doloroso decirlo o mejor dicho repetirlo pero en estos días de prueba, los dos sentimientos que vergonzosamente han dominado a los otros han sido la desafección y una completa ausencia de coraje cívico" anota con acentos de acusación el representante holandés (12).

Si ni el honor ni la caballerosidad se vieron particularmente estimulados a promover un gesto a favor del ex-idolatrado Pontífice, tampoco parece que la urgencia de hacer frente a las duras realidades de la vida material, tanto económica como administrativa, lo fuera tanto en una urbe que después de todo vivía de la burocracia curial: "a pesar de la espantosa miseria que amenaza a una ciudad que vive exclusivamente de la Curia y de los extranjeros, la indiferencia general y la ambición de las clases medias, singularmente los abogados y negociantes, hacen perder del todo las esperanzas de ninguna reacción favorable al restablecimiento del orden" (13).

Si en la Cámara de Diputados sus miembros más radicales preparaban ya la ofensiva esbozando su futuro proyecto republicano, el ejecutivo, paralizado por la

disfuncionalidad de una situación con el Príncipe huído, no resolvió otra cosa, apenas conoció que el destino del prófugo había sido Gaeta, que enviar a la plaza militar al citado Sacchetti quien por su papel de recaudista por designación papal parecía ahora el más apto para establecer el contacto con el Soberano (14). La acogida al modesto servidor fue glacial y como toda respuesta a su función mediadora se le entregó el texto de la Proclama del día 27, proclama que por otro conducto ya era conocida en Roma.

La impresión que dicha Proclama produjo en el seno de la clase política fue profundísima; su contenido desvanecía toda ilusión sobre la legalidad del presente gobierno al cual no le quedaba otra alternativa que presentar inmediatamente la dimisión, como así lo hizo escribiendo para ello una carta al Papa. Pero éste ni siquiera se molestó en responderla, pensando que la simple aceptación de la renuncia hubiera podido acreditar la legalidad de dicho gabinete en las fechas precedentes al gesto actual. ¡Con este rigor jurídico se hilaba ahora en Gaeta de la mano del cardenal Antonelli! Rigor implacable si bien contradictorio y tardío (15) pero de una eficacia real para paralizar la normalidad institucional, dejando a las Cámaras sin poder ejecutivo sobre el que ejercer tanto la prerrogativa de aceptar su dimisión como la capacidad de proposición de los titulares de un nuevo gabinete (16).

#### **Rechazo de comisionados romanos enviados a Gaeta**

En la tarde del 3 de diciembre el presidente del Consejo de Diputados Sturbinetti, asumiendo de algún modo la conciencia del Estado y del interés público, ponía a los parlamentarios ante sus propias responsabilidades constitucionales incitándoles a salir de la situación de

parálisis en la que engañándose a sí mismos pretendían continuar. En vano se volvieron a barajar argucias legales para soslayar el vacío de poder legal; este era evidente y no quedaba otra solución que establecer el diálogo con el Soberano; la propuesta del diputado moderado Pantaleoni de enviar una cualificada comisión parlamentaria a Gaeta a solicitar de Pío IX su retorno a la capital, encontró rápida y tranquilizadora acogida en una Cámara acomodaticia aunque tampoco faltara la oposición a la misma por parte de uno de los líderes democráticos el Príncipe de Canino (17).

La comisión tripartita formada por representantes de las dos Cámaras legislativas y del Municipio Romano partieron para el reino de Nápoles el 5 de diciembre. La comitiva compuesta por personalidades de gran probidad, elegidos por su reputación de moderados e irreprochables en su vida y nombre públicos, eran la última esperanza para restablecer la comunicación e intentar encauzar la situación; bien es verdad que la misión se reducía únicamente a solicitar humildemente del Papa el retorno puro y simple a Roma sin ningún tipo de garantías políticas concretas que ni se habían preparado ni menos estudiado.

Primera desagradable sorpresa al ser interceptados en la frontera napolitana de Portello, donde un inspector de la policía borbónica les comunicó órdenes recién recibidas de cerrar el paso a toda delegación proveniente de Roma. Los comisionados decidieron entonces retirarse a Terracina desde donde enviaron un escrito de súplica al cardenal Antonelli; la segunda sorpresa fue idéntica a la primera ya que el Pro-Secretario de Estado confirmaba la anterior negativa (18).

Evidentemente, este clamoroso rechazo de tan ilustre comisión causó en Roma una sensación en grado muy próximo al pánico pues elevaba la naturaleza del conflicto a

orientaba el futuro papal dando la espalda a sus súbditos. El partido moderado romano, muchos de ellos muy sensibles a la significación histórica y religiosa del Papado, era una vez más el gran perdedor, mientras los patriotas más radicales y los Clubs democráticos más activos veían el camino del poder cada vez más expedito. Nada extraño que la voluntad de ruptura del Papa en esta circunstancia hubiese merecido entonces y haya merecido después juicios muy negativos (19).

#### **Fracaso de la Comisión Gubernativa de Estado**

¿Cabe computar en el haber del espíritu de conciliación de la Corte de Gaeta la creación de la **Comisión Gubernativa de Estado**, dada a conocer en la Proclama del 27 de noviembre? Hay razones fundadas para dudarlo y quienes así piensan no temen atribuir a este organismo un caracter diververso, mero expediente llamado a salvar las apariencias, cuando no un paso de frío maquiavelismo, endosando a los infortunados prelados elegidos para dicha Comisión, su Presidente el cardenal Castracane y Mons. Roberti, una imposible tarea dado el caracter restrictivo con que estaba concebido desde el punto de vista jurídico su cometido y tan irreal resultaba poner en funciones en Roma a un organismo sin fuerza material que lo apoyara y vaciado de toda fuerza moral representativa en la medida que era mandatario de un Soberano que pretendía gobernar desde un exilio que él mismo se lo había buscado (20).

En verdad era difícil ocultar plenamente en Gaeta un cierto sentimiento de responsabilidad por haber abandonado Roma a su suerte; fruto de tales sentimientos nacían las instrucciones dictadas a la citada **Comisión** la cual debería atender "la dirección temporal de los asuntos

públicos" (21), es decir, "deliberar acerca de todos los asuntos ordinarios de Estado" en ausencia del Papa (22). Obsérvese que en la Curia nadie quiere acordarse del marco constitucional del *Statuto Fondamentale* otorgado en marzo y todavía en vigor mientras nada taxativo se dijese en contrario.

Las citadas instrucciones para la Comisión tan prolijas en determinar el carácter temporal y restringido de sus poderes, olvidaban relacionarla con la Constitución y a cualquier jurista le surgía la duda sobre la naturaleza de unos poderes no asentados sobre el marco jurídico de rango superior. El consejero papal Rosmini apenas conoció este texto hizo observar en elevada instancia esta laguna (23) y Mons. Roberti, ya en funciones, en una consulta aclaratoria al respecto resumía así el problema: de los poderes contemplados en el *Statuto Fondamentale* (Cámara Alta, Cámara Baja y Soberano), ¿a cuál de ellas representaba y suplía la Comisión? (24).

La actitud respetuoso o desdeñosa para con el *Statuto Fondamentale* no era a la postre problema de mayor o menor escrúpulo jurídico sino testimonio de la diferente evaluación del clima político de Roma; en Gaeta la firmeza de ruptura con el pasado podía hacerles creer que bastaba con no mentar el sistema constitucional - origen y causa de todos los males acaecidos - para que éste hubiese dejado de existir pero los comisionados debían de habérselas a orillas del Tíber con una oposición muy resuelta a defender las instituciones liberales: "Si la Comisión con hechos o con palabras - sentenciaba Mons. Roberti - hiciese contraer la sospecha de que atenta contra el *Statuto Fondamentale*, una amenaza de revolución pesaría sobre Roma y según todas las apariencias sería de funestísimas consecuencias" (25).

He aquí un ineludible problema que no agotaba el elenco de las cuestiones cuidadosamente silenciadas en las instrucciones a la Comisión pues la segunda grave laguna no era de menor importancia, ¿qué tipo de relaciones deberían trabar los comisionados con el gobierno romano? ¿cómo ignorar la existencia del ejecutivo sobre todo si éste mostraba alguna disponibilidad a colaborar con la nueva Comisión?

La verdad era que vista la elección de los miembros de la Comisión Gubernativa estaba muy lejos de poder satisfacer a la opinión de los Club patrióticos y del gobierno mismo siendo inimaginable pensar que el cada más seguro y engreído Parlamento se pudiese plegar a sus decisiones; pero el hecho de que las tentativas de exploración efectuadas por éstos (primera, la del senador de Roma Príncipe Corsini por encargo del presidente del Consejo de Diputados Sturbinetti y la segunda la del jefe del gabinete Mons. Muzzarelli) sorprendieron al Cardenal Castracane, impreparado, lleno de dudas jurídicas, sin querer exhibir sus poderes al primer interlocutor de los antes citados y, lo que era más grave, totalmente carente de instrucciones y de atribuciones para entablar negociaciones con el gobierno rebelde.

Desde esta posición inerte, resulta comprensible la angustia del pobre cardenal quien a riesgo de ser tachada su conducta de dilatoria e inactiva se decidió a solicitar a Gaeta instrucciones más precisas que tuvieran en cuenta la hipótesis de la colaboración con los ministros romanos siempre que éstos se mostrasen dispuestos a aceptar la Proclama del 27 de noviembre (26).

La respuesta de Gaeta a las dudas y vacilaciones demostraba una vez más, si falta hiciera, hasta qué punto Roma y Gaeta eran dos mundos que se movían en registros distintos: la Comisión, según Antonelli, gozaba de

auténticas prerrogativas ministeriales en todo menos en el campo de la política exterior; se le otorgaban más facultades para cuestiones de menor rango como nuevos nombramientos para la Comisión, etc ... pero sobre la colaboración con el gabinete del 16 de noviembre no se decía ni palabra (27). Prueba fehaciente de que la ruptura con el gobierno era algo tan prioritario que se asumía el riesgo de hacer naufragar a la Comisión aun antes de que se hubiese puesto en funciones.

Nuevas misivas de Castracane del 8 de diciembre solicitando instrucciones más conciliadoras ante la amenaza ya próxima de la constitución de un gobierno provisional romano que iniciase la ruta hacia un horizonte desconocido pero de negras perspectivas, asegurando por su parte que con "un **mandato de amplísima confianza**" esperaba poder diferir tal irreparable paso, ni siquiera mereció la respuesta de Gaeta (28). A partir de tal situación, poco importa el espectáculo de la estéril y fatigante correspondencia entre Castracane y Antonelli determinando recíprocamente culpabilidades y agravios de cada cual (29). El curso de la historia seguiría otros derroteros y la Comisión Gubernativa nacida de la Proclama del 27 de noviembre ni siquiera llegaría a constituirse (30).

Cada gesto de distanciamiento entre la Curia y el gobierno romano fortalecía la audacia de los revolucionarios que se brindaban a sí mismos como alternativa única ante la crisis política con su propuesta de formación de un gobierno provisional que tuviera como meta la organización de una etapa constituyente. Las sesiones de la Cámara del 8 y 11 de diciembre sirvieron para que en el Consejo de Diputados, todavía controlado por una mayoría de liberales moderados, avanzara la idea de que la suprema ley de la salvación de la patria, ante la ausencia del Soberano, obligaban a que el órgano representativo del pueblo, seguramente desbordando sus atribuciones, formara un nuevo organismo sustitutorio.

Era la última maniobra con éxito ideada por los moderados para contener la inflamada oratoria del Príncipe de Canino quien al alimón de los aplausos enardecidos de las tribunas parlamentarias magnificaba el vacío monárquico-constitucional proclamando que ya no había otro detentador de la soberanía nacional que el pueblo (31).

### La Suprema Junta de Estado de Roma

Fruto de tales deliberaciones surgió el 11 de diciembre el decreto que creaba una **Suprema Junta de Estado** compuesta por tres miembros llamados a ejercer de forma colegial las funciones propias de jefe del ejecutivo hasta que el Papa por su retorno o por una eventual delegación decidiera otra cosa (32). En la elección de dichos miembros se quiso evitar toda connotación política; los tres nombrados eran más bien notables, procedentes de la administración local de las tres ciudades más populosas del Estado: un senador de Roma, otro de Bolonia y el Gonfaloniere de Ancona. Tan sólo el día 19 pudo lograrse la aquiescencia por cierto nada entusiasta de los infortunados miembros del triumvirato y el de Bolonia con todo logró "in extremis" que se le exonerara de tan venenosa designación (33). Una institución tan medrosa y vergonzantemente nacida para la cúpula del Estado, ¿qué eficaz acción política podía desplegar ante el desbordamiento de las pasiones?

Apenas se conoció en Gaeta el proyecto de creación de la **Junta de Estado** se redactó un segundo documento público de protesta. Conocemos también en este caso los pormenores de la elaboración del texto, con la particularidad de que esta vez Rosmini, sí fue invitado por Pío IX a preparar un esbozo aunque desgraciadamente no fuera el único (34).

Independientemente de los estilos personales que dejan transpirar los distintos borradores, la comparación contrastada de los mismos sirve para confirmar, una vez más, la línea de imposible retorno político trazada entre rupturistas y conciliadores, entre absolutistas y liberales en el *entourage* del Papa, simbolizados ahora por Antonelli y Rosmini respectivamente: donde el primero sólo habla de la usurpación política del legítimo poder pontificio, el segundo promete reavivar el sistema constitucional supuesto el arrepentimiento de los exaltados (35).

La conclusión de Martina sobre este lance relativamente poco trascendente pero tan significativo ahorra todo comentario: "Rosmini garantizaba la conservación del Statuto, Antonelli subraya que la única legítima autoridad es la Comisión (...), Pío IX desea un milagro que convierta los corazones de los impíos ..." (36).

La línea antonelliana de firmeza no se ceñía exclusivamente a un punto de política interior como pudiera ser el mantenimiento o la eliminación del constitucionalismo; implicaba además otras opciones políticas de paralela importancia como la internacionalización de la cuestión romana y la petición de auxilio a las fuerzas armadas de estados no italianos, algo que, de momento, por ser materia de deliberación cuidadosa en el entorno pontificio no se traslucía en los documentos oficiales. Conviene observar a este respecto, a fin de evitar ingenuas especulaciones, que en la perspectiva de los liberales moderados del talante de Rosmini tampoco se excluía el uso de la fuerza material mediante el recurso a algún ejército protector (37). La evolución de Gioberti en esta misma delicada cuestión ( Cfr. capítulo anterior 3.2 y 3.4.) es asimismo altamente ejemplar y esclarecedor.

## Malogrado el reconocimiento del gobierno romano por el Cuerpo Diplomático

En la medida en que en Gaeta se quiere encomendar la salvación del poder temporal del Papa a las naciones católicas, en esa medida interesa sobremanera medir y evaluar la actitud de las representaciones extranjeras respecto al sedicente poder romano. Tras casi un mes de crisis política, ¿pervivirá la actitud noble y deferente para con el Papa de los embajadores tan gallardamente demostrada el 16 de noviembre? Ciertamente, no. El alineamiento ideológico y político respectivos provocan bien pronto fisuras y deslindes muy superiores a las pueriles disputas iniciales en torno al lugar del exilio; ahora la línea divisoria se desplaza a la conducta a adoptar respecto al gobierno romano.

Mientras Francia y el Piamonte, aquél por la significación revolucionaria de su República y éste por su vocación al liderazgo patriótico en Italia, aspiran a convertirse en árbitros de la reconciliación del Papa con sus súbditos rebeldes. España y Nápoles dando por cancelada jurídicamente la existencia del gobierno romano rompen totalmente con él en coincidencia con la nueva política pontificia.

Fueron las sucesivos comunicados y mensajes del gobierno romano al Cuerpo Diplomático posteriores a la huída papal quienes efectuaron poco a poco la criba de las diferentes posturas políticas de los distintos gobiernos. A la primera de ellas firmada por Galletti, por no haberse incorporado todavía a sus responsabilidades el titular de exterior Mamiani, y que trataba de los azares de la jornada del 16 de noviembre la propia dignidad de los embajadores les impedía recibirla, al menos por quienes habían sido testigos presenciales del grotesco espectáculo del Quirinal y sabían al

respecto a qué versión de los hechos atenerse. La embarazosa situación se resolvió tan sólo tras una prudente consulta reservada a Pío IX, solicitando su parecer sobre qué es lo que procedía; éste tranquilizó a los embajadores aconsejándoles que para evitar males mayores y no prejuzgar el futuro podían responder al escrito con un mero acuse de recibo (38).

La segunda comunicación de Galletti tenía lugar en circunstancias bastante más graves; el Papa ya se había fugado, según comunicaba el texto, con el concurso de algunos embajadores y a espaldas de algunos otros, disgustados éstos últimos, sobre todo el Decano del Cuerpo Diplomático, por tamaña descortesía (39). En esta misiva el ministerio no olvidaba darles parte de la existencia del billete autógrafo del Soberano a Sacchetti del que ya hemos hablado, exhibiéndolo como trofeo de legitimidad, sobre todo, ante la campaña que en sentido contrario se orquestaba desde el periódico napolitano *Il Tempo*.

En la medida que en Roma tras la fuga los representantes de los países de algún modo neutrales o en algún caso como el piemontés, proclives a simpatizar con el gobierno ilegítimo nacido de los tumultos del 16 de noviembre se hacían los distraídos o remolones ante la obligación protocolaria de seguir al Papa al exilio, el gobierno pudo lograr el diálogo con estos pocos, en la medida que el embajador de los Países Bajos, de algún modo en nombre de los demás, pudo argumentar que allí donde pudiera contribuir a salvaguardar el orden de la Ciudad Eterna debía prestarse apoyo siquiera moral al gobierno en ejercicio (40).

Pero llegó a los embajadores la tercera nota ya firmaba por Mamiani comunicándoles su entrada en funciones en la cartera de Relaciones Exteriores. Esta vez el embarazo político de los tales es mayor, no pareciéndoles a los destinatarios de la comunicación aconsejable prolongar un

equivoco que cada día se complicaba más. Es otra vez el embajador Liedekerke quien inclina a la mayoría de sus colegas a que respondan lacónicamente y por última vez al comunicado del gobierno aclarando que para lo sucesivo solicitarían instrucciones a sus respectivos gobiernos (41).

Dato premonitorio del progresivo aislamiento del gobierno romano; los miembros del Cuerpo Diplomático que no había seguido al Papa a Gaeta desde la jornada misma de la fuga, poco a poco inician su marcha a la plaza militar apenas el Papa les manifestó ser ese su deseo, engrosando el círculo de los más celosos en torno al Papa (42).

El enardecido espíritu de Martínez de la Rosa, marcado por su protagonismo de primer plano en la fuga y ajeno a estos titubeos y calculados movimientos de sus colegas embajadores considerados neutrales, manifiesta una resolución mucho más decidida y neta en su alejamiento del gobierno romano. Testigo meramente presencial en la reunión de la que salió el mero acuse de recibo a la primera de las notas de Galletti, la segunda le pilla ya en Gaeta cuando a sus ojos el ministerio romano no tiene otra entidad política que fantasmal, la imaginada por la hipocresía y la mala fe de sus miembros (43). Por ello la pasiva recepción de los documentos romanos, enviados inmediatamente a Madrid a título de mera información, la aprovecha para redactar un *varapalo* dialéctico contra las maniobras de los rebeldes (44).

¿Cómo puede presentarse el billete a Sacchetti - argumenta el embajador - "dictado claramente como se ve en su tenor y contexto por el buen corazón del Santo Padre" como acreditación de la continuidad legítima del Ministerio? ¿Y qué pensar de la importante comunicación del 29 de noviembre de Mamiani al Cuerpo Diplomático, declaración concebida desde luego como autocrítica ya que anatematiza como

asesinato la liquidación del conde de Rossi, pero para inmediatamente tratar de mejor disculpar a sus compañeros de gabinete "diciendo que sólo intervinieron como mediadores" entre el Papa y la chusma en la funesta jornada del 16 de noviembre? (45).

Aserción esta tanto más extraña - prosigue el embajador español - "cuanto se dirige a los que fuimos testigos de lo contrario y oímos de los propios labios del ministro Galletti que correría la sangre en Roma si el Papa no accedía inmediatamente a las condiciones que se le dictaban" (46).

Por encima de esta discusión sobre hechos pasados hay que convenir que la confrontación entre Mamiani y Martínez de la Rosa se sitúa básicamente en los principios políticos inspiradores de la conducta de uno u otro mucho más que en la diversa interpretación de los hechos. De nada vale que Mamiani aclare que la revolución romana siempre ha respetado el suelo sacro del Altar y la autoridad espiritual del Pontífice ya que para el embajador el conflicto personal Mamiani-Pío IX de la primavera pasada se convirtió para el Soberano - por confidencia del mismo Papa al español - en una gravísima cuestión de conciencia cuyo temor a poder volverse a repetir tras la formación del ministerio del 16 de noviembre "probablemente es una de las razones que han hecho temer al Santo Padre, (...) estimulándole a salir de ella a cualquier costa", especula con autoridad de protagonista Martínez de la Rosa (47).

Los dos reproches más graves de Mamiani (a su juicio causantes de la revolución): la resistencia de la administración clerical pontificia a admitir en los hechos la separación del ámbito espiritual-temporal y el temor de los patriotas romanos a que la Curia, según un reflejo secular, pretendiera especular con las rivalidades de los estados

italianos para consolidar sobre las ruinas de Italia su propia existencia (48), poco o casi nada impresionan a nuestro embajador.

El comentario un tanto suficiente de éste asiente únicamente con el primer punto de Mamiani, aunque sea para sacar conclusiones contrarias; en cuanto al fervor patriótico italiano de los romanos como causa legitimadora de la crisis, el desdén de Martínez de la Rosa es manifiesto. Los acontecimientos italianos de 1848-49 no llegaron a doblegar su escepticismo hasta inclinarlo a favor de la legitimidad y viabilidad del proyecto unitario del Risorgimento.

#### Prosigue el incómodo acoso del embajador francés

Que Martínez de la Rosa aplauda la "entereza y previsión (de Pío IX) siguiendo los consejos del entendido cardenal Antonelli", al ser rechazadas las diversas comisiones llegadas desde Roma, confirman lo ya sabido (49). El español es uno de los representantes exteriores más identificados con la involución pontifical ahora programada, a despecho de su colega francés D'Harcourt que se sitúa en los antípodas y ello a pesar de los piadosos deseos del ministro de Estado Pidal que desde Madrid abogaría por una coordinación y concordancia de políticas entre Francia y España en la crisis romana (50).

La herida sensibilidad del embajador francés, disgustado por el fracasado plan de traslado a Francia de Pío IX, hastiado con los reaccionarios medios curiales que daban por concluida la experiencia constitucional romana, le empujaron a arriesgar gestiones oficiosas cuya inspiración no es fácil de interpretar pues igualmente

pudieran atribuirse al celo profesional como verlas desde una calculada escalada de gestos activistas para mostrar la resolución francesa o, en fin, como expedientes para aligerar su mal humor.

Desde su arribada a Gaeta ya había decidido no residir en la plaza sino en la aldea próxima Mola di Gaeta, utilizando la distancia como lenguaje diplomático de disenso; las visitas a la improvisada corte pontificia las redujo al extremo estrictamente imprescindible; Martínez de la Rosa comentando el talante altivo del personaje y como prueba de esta negatividad sumará a estos indicios el más decisivo de dispersar las naves francesas en aguas italianas entre los puertos de Nápoles y Civitavecchia sin la delicadeza de reservar una para las aguas de Gaeta (51).

La entrevista de D'Harcourt con Pío IX del 23 de diciembre, en opinión del embajador sardo Pareto, plenamente identificado con las opiniones y la conducta del embajador francés, debió constituir un punto de referencia fundamental en la fijación de la trayectoria política y criterios de actuación del francés (52).

Este porfía ante Pío IX a fin de que abandone el territorio napolitano, ahora no ya sólo para satisfacer el acariciado sueño del asilo francés sino mucho más haciendo valer la descalificación política que para el Pontificado podría suponer el estar protegido por el reino peninsular italiano más desprestigiado ante Europa y ante los patriotas italianos, comprometiendo en su opinión el futuro de Pío IX al distanciarlo de la opinión de los liberales y dilapidando el capital de adhesión que el infortunio de la fuga le había granjeado en toda Europa (53).

Dolido por la inoperancia de tales requerimientos, D'Harcourt a quien su condición de Decano del

Cuerpo Diplomático le imponía algunas obligaciones protocolarias tal como pronunciar ante el Papa el discurso de felicitación en la audiencia de inicio del Nuevo Año - acto adelantado esta vez al día de Navidad por conveniencia de los embajadores (54) - tras haber asumido el compromiso de efectuarlo, más tarde decide no asistir al solemne acto, pretextando que en la ocasión le resultaría difícil silenciar los males que para el Papa se siguen de su permanencia en Gaeta, inciso que en su opinión sabía por anticipado que no podría ser aceptado por algunos de sus colegas (55).

D'Harcourt brindó a Martínez de la Rosa la oportunidad de sustituirle en tal honroso cometido. Este aceptó gustosísimo el encargo no sin antes confesar a su colega galo la inoportunidad que se hubiese seguido efectivamente de tal pretendida alusión, que naturalmente el español la elimina de su propia intervención, cumpliendo las funciones de Decano en dicho acto, con sus propias palabras, a "plena y general satisfacción" de los presentes (56). La ausencia asimismo del embajador sardo en la misma audiencia, motivada por un pequeño escarceo con el embajador español, también fué objeto de atento comentario de los observadores (57).

El embajador francés sin dar margen al desaliento, conocedor del confiado acceso a Pío IX del que gozaba el abate Antonio Rosmini, hasta dos veces llegó a conferenciar con éste (13 y 28 de diciembre) en un último esfuerzo por invertir el curso de los acontecimientos. En ambas conversaciones, el francés puso sobre la mesa de manera descarnada la cuestión llamada a convertirse a lo largo del año '49 en el nudo gordiano de las azarosas relaciones franco-pontificias: toda protección y ayuda de Francia a Pío IX quedaba condicionada y orientada a la promesa por parte de éste de conservar las instituciones liberales en Roma (58).

Ante la resuelta posición de D'Harcourt de vincular ambas cuestiones, el ilustre confidente de Pío IX al paso que multiplica las seguridades sobre la disponibilidad del Papa para lo segundo, excita a Francia a la generosidad en la obra restauracionista. El abate piemontés tras obligada entrevista con el Papa dándole cuenta de tal conversación podía confirmar por escrito al embajador sus favorables previsiones (59).

Pero la atenta vigilancia del cardenal Antonelli se cernía sobre los pasos del abate filósofo; le desagradaba a aquél que se prodigasen expectativas en nombre del Papa y no estaba dispuesto a dejar pasar inadvertidamente tales infracciones a las reglas tradicionales de una negociación diplomática, al menos por la parte que a él le correspondiese, que era mucha. Conocemos, al menos a través de un duro comentario del Pro-Secretario de Estado al Nuncio en París sus sentimientos sobre este lance, donde con gran instinto político revela la gravedad de la cuestión de fondo, aunque quizás sin la plena percepción de que en tal alternativa habría de encerrarse la suerte futura del pontificado de Pío IX (60).

Por segunda vez y en el breve espacio de pocos días - recuérdese la redacción del borrador del segundo de los manifiestos papales del día 17 - Antonelli y Rosmini chocaban en el punto de la necesaria erradicación o conservación del sistema constitucional en el futuro restauracionista de Roma. El filósofo roveretano perdía definitivamente la batalla ante el máximo responsable de la política piononista y con ello se iniciaba el declive de su estrella como consejero político pontificio con consecuencias gravemente desagradables en el campo de su producción literaria (61).

Hacia una Asamblea  
Constituyente Romana

En la rápida cristalización de los frentes políticos en torno al Papa en el febril mes de diciembre, surgió en fin otra fatal cuestión condenada a ahondar el enfrentamiento político que habría de implicar de manera muy directa y personal a los italianos. En la medida en que se iba abriendo camino la tesis del obligado recurso a la fuerza material para atajar la locura de los romanos (62), ¿cómo podría arbitrarse la organización de los contingentes armados? o más perentoriamente ¿éstos habrían de ser italianos o extranjeros?.

Es obvio imaginar que a los patriotas italianos de cualquier tendencia les espantaba la perspectiva de una internacionalización militar del conflicto romano, medida extrema vitanda con tal de que en las partes en litigio hubiese un adarme de conciliación del catolicismo y su Cabeza Visible con el Risorgimento, posición sostenida sobre todo por los liberales moderados para quienes esta posición conciliatorista, bajo diversas fórmulaciones técnicas, constituía la referencia fundamental.

La primera nueva de una eventual militarización del conflicto romano acaecida cuando el general Cavaignac anunció la preparación de un contingente militar francés dispuesto a auxiliar al Papa, provocó la contrariedad de los moderados de Italia siempre temerosos de que tal método sólo podía servir para fortalecer la tendencias de la población sediciosa más radical de Roma (63).

Por ello en Gaeta desde Rosmini hasta los visitantes excepcionales como Bevilacqua y Ricci, excepcionales por su condición de miembros recién nombrados de

la Comisión Gubernativa , así como la misiva enviada en el mismo sentido por el prestigioso general pontificio Zucchi coincidían en este punto (64). Pero también ahora la batalla estaba a punto de perderse; la opinión mayoritaria contaba con un valedor tan autorizado como Antonelli quien con la frialdad y resolución que pocos le niegan y la autoridad que su cargo y su proximidad al Soberano le otorgaban había determinado las cosas al respecto (65). El propio Pío IX en entrevista al embajador sardo le dejaba entrever sus preferencias por un llamamiento de auxilio al gobierno español (66).

Apenas hacía un mes de la fuga y el deslizamiento de la política pontificia había avanzado a tales peligrosas conclusiones. El vértigo hacia una política de firmeza en Gaeta avanzaba a velocidad simétrica aunque en sentido contrario a la de Roma que también en pocos días veía cambiar su piel política por el progresivo oscurecimiento y hasta desvanecimiento de los liberales moderados en beneficio de los mazzinianos .

La evolución político-social de la ciudad, además del conflicto institucional Papa-gobierno ya descrito, tuvo otros niveles que no podemos más que mencionarlos: en primer lugar, la llegada a Roma de revolucionarios europeos y sobre todo italianos del resto de la Península, en número evaluado en unos 5.000; fermentos de agitación embozados en "el más famoso de todos los agitadores, el comunista Mazzini" y "demás "sans-culottes" de la Giovine Italia", al decir castizo de Conte, segundo secretario de la embajada española y testigo presencial de estos hechos.

La llegada de Garibaldi mereció los honores de un espectacular recibimiento organizado por el Círculo Popular "verdadera autoridad de este pueblo" y cortejado por la Guardia Cívica; ¿deseo de esta última de

adular al mítico guerrillero o más bien de amedrentarlo exhibiendo su propia fuerza disuasoria? El hecho es que la alarma de la población por la presencia del héroe fue extraordinaria, "dos días estuvo la Cívica sobre las armas y lo que no hicieron el 16 de noviembre (por) el respeto a las leyes y el amor al Pontífice se hizo el 19 de diciembre por miedo a Garibaldi" (67).

El deterioro del clima ciudadano en la capital de los Papas es merecedor de crueles observaciones por parte del citado funcionario español, quizás un poco sobrado de suficiencia española al formular juicios generales sobre los romanos: "lo que aquí pasa es tan nuevo y tan extraordinario que es muy difícil comprenderlo por comparación con lo sucedido en otros países de Europa. A lo único que se parece esta sociedad es a lo de Méjico y las otras célebres repúblicas de nuestra América".

Pero retengamos del análisis político-social del observador español otras reflexiones más pertinentes: "La ambición de lo que llaman "mezzoceto" o sea clase media lleva adelante la revolución; el pueblo se compone de ilotas; la nobleza se deja remolcar sin decir una palabra con tal de que conserve su dinero". La clase política cae de lleno en esta inapelable condena: "Las Cámaras son el fiel retrato de la situación del país y para pintarla con pocas palabras le diré que se reducen a unos cuantos propietarios llenos de mucho miedo y unos cuantos abogados devorados de ambición. La Alta (Cámara) está disuelta de hecho por la ausencia de la mayor parte de sus miembros" (68).

El 20 de diciembre la Junta de Estado del poder rebelde asumía en Roma sus funciones supremas "obedientes a la imperiosa llamada de la Patria", poniendo en acción la mecánica del proceso revolucionario desde el poder; considerándose a sí misma como instancia legítima provisional

anunciaba el propósito de convocar una asamblea constituyente. El 23 nacía el nuevo gabinete encargado de plasmar este plan, gabinete cuya mayor sorpresa estribaba en la ausencia, por él mismo reclamada, de Mamiani (69). A pesar de verse presidido este gobierno una vez más por Mons. Muzzarelli, los hombres fuertes del mismo eran el conocido Galletti, ahora miembro del triunvirato de la Junta y Sterbini, en opinión de nuestro Conte, el auténtico "jefe de esta empresa" (70). Dicho gabinete en la sesión parlamentaria del día 26 había presentado formalmente el proyecto de ley de convocatoria de la Asamblea Constituyente del estado Romano (71).

En la tarde del 29, 101 salvas lanzadas desde Castel Sant'Angelo anunciaban a la población romana la gran decisión: elecciones parlamentarias por sufragio universal y directo convocadas para el 21 de enero con la sesión inaugural de los 200 nuevos diputados fijada para el 5 de febrero (72).

El 6 de enero se conocía en Roma el texto de la tercera protesta pontificia emitida desde Gaeta, "más enérgica que las dos precedentes" (73) y fechada el 1 de enero. El Papa - afirma el documento - había esperado que sus intervenciones anteriores podrían provocar el arrepentido remordimiento de sus súbditos; muy al contrario, la respuesta era un nuevo acto de rebelión y felonía que contristaba a la Iglesia universal. Ahora, sin perder la esperanza de que los invitados a esta convocatoria electoral sabrían despreciarla como se debía, a fin de que, no obstante, nadie pudiera ser sorprendido en su ignorancia o buena fe, el Soberano prohibía expresamente, bajo excomunión mayor, tomar parte en reunión preparatoria alguna para dicha Asamblea, dirigida a atentar contra el poder temporal pontificio; por lo demás, los convocantes a la misma y quienes hubieren contribuido a perturbar, violar o usurpar la autoridad papal habrían incurrido ya bajo la sanción excomunicatoria (74).

El día 7 aparecía en la puerta de la Basílica de San Pedro y en las otras tres basílicas papales el texto de la condenación pontificia; la copia clandestinamente fijada en el Campidoglio era inmediatamente arrancada; igual ocurrió en los lugares sagrados antes citados, confirmándose por ulteriores noticias que el partido revolucionario "se ha arrojado con este motivo a nuevos insultos y escándalos" (75).

## NOTAS AL CAPITULO CUARTO

## 4. 1. RUPTURA ENTRE EL PAPA Y EL GOBIERNO ROMANO

- 1 El Manifiesto pontificio fechado el 27 ya estaba listo para el mediodía del 26, es decir, antes de la arribada a Gaeta de los reyes de Nápoles. Quiere esto decir que en su concepción y redacción Pío IX no pudo contar con otra colaboración que la de del omnipresente Antonelli. Este muy interesado en comunicar el texto lo dió a conocer a los representantes de Francia, España Portugal y Baviera apenas pudo verse con éstos en la residencia del rey napolitano: *"En seguida fuimos a la habitación del cardenal Antonelli quien nos leyó el borrador del Manifiesto que pensaba dar el Papa a sus pueblos"*, Gonzalez de Arnao a Martinez de la Rosa, Gaeta 3/12/1848, Anejo a Martinez de la Rosa a Pidal, nº. 1, Gaeta 3/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S./ Sede 1733 (Ap. Doc. nº. 38).
- 2 Que D'Harcourt se disgustara por la rapidísima iniciativa del cardenal nada tiene de extraño: *"el embajador de Francia puso algunas objeciones de poco valor"*, observa el embajador español; más grave era mentar, según nos dice el mismo informante, el funesto Tratado de Viena - funesto para Francia ¡claro!- : *"el embajador (francés) dijo que el tratado de Viena no podía servir de norma, no existiendo por así decirlo"*; los demás diplomáticos separándose netamente de esta opinión *"contestamos que el (tratado) mientras lo reconociesen las Potencias no podía menos de tenerse en consideración"*; D'Harcourt, seguro de su vapor *Ténare* en la bahía, esperaba convertirse en el árbitro de la situación no sólo en su vertiente internacional sino también como mediador ante los rebeldes romanos; por eso, al participarles el cardenal que recibirían una Circular invitándose a los diplomáticos a fijar de momento su sede en Gaeta, el francés quizás descubriendo demasiado pronto sus secretas intenciones preguntó *"si después de recibir la Circular debía darse las órdenes a las respectivas legaciones de bajar las armas (en Roma)"*, a lo cual el cardenal con evidente satisfacción respondió afirmativamente, IBIDEM.
- 3 Las cartas a los jefes de Estado son sustancialmente idénticas como puede colegirse del cotejo de unas cuantas: carta a la Soberana española, Pío IX a Isabel II, Gaeta 4/12/1848 en AMAE, H-Política, S. Sede 2658 (Ap. Doc. nº. 39); copia de la misma carta en Antonelli a Brunelli, Gaeta 6/12/1848 en ASV AN Madrid 313; carta al general Cavaignac en Antonelli a Fornari, Gaeta 7/12/1848 en ASV, AN París 71 (FATICA, I, 401-402). Carta al emperador austriaco en ENGEL-JANOSI, *Die politische Korrespondenz der Päpste mit dem Osterreichischen Kaiserns 1804-1918*, 235-236; copia de la misma en SPELLANZON, V, texto original latino en 1035 y traducción italiana en 1018.

- 4 " ... in eam profecto spem erigimur fore ut ab hoc luctuosissimo tempore a (Nobis) desiderii minime patiaris egregiam Tuam operam in civile ejusdem Apostolicam Sedis principatu tutando", del texto enviado a Isabel II (Ap. Doc. nº. 39).
- 5 Martina nos ofrece sobriamente la diversidad de acentos de cada frase redaccional de la *Proclama*; frente a las invocaciones bíblicas propias de la pluma de Pío IX, aparece la eficacia conceptual y jurídica de Antonelli interponiendo frases como la de "ninguna vigencia y legalidad", así como eliminando toda traza que pudiera dar la impresión de pervivencia de las instituciones liberales otorgadas: v. gr. borrar el nombre de *Diputados* a los miembros de la nueva *Comisión* que ciertamente lo eran o también cuando al fijar las tareas de la nueva *Comisión* se sustituye la cláusula de "ejercitar el poder ejecutivo" por la más vaga de "la dirección temporal de los asuntos públicos" (MARTINA, Apénd. V, 544-545).  
La marginación de individuos capaces, como Rosmini, en esta inicial tarea de análisis de la situación romana es lamentada por los patriotas liberales y también por el mismo Rosmini presente no obstante por aquellos días en Gaeta: " ... io deploro immensamente il vedere che il S. Padre non ha intorno a se un consiglio di persone assennate ... Per me non fui mai interrogato di nulla e se qualche volta osai avanzare qualche consiglio, non fui mai seguito. Il S. Padre mi disse sempre le cose dopo che erano fatte" (Rosmini a Castracane, Gaeta 18/12/1848, cit. por RADICE, *Pío IX e Antonio Rosmini*, 74). Es lo que hizo Rosmini esta vez, dar su opinión *post factum*: "Del proclama ... mi fu parlato dal Papa solo quando l'avea già mandato a Napoli a stampare. Nondimeno io mi avanzai a dire il mio sentimento, sebbene non richiesto, con pericolo di parere temerario", en ROSMINI, *Diario della carità en Scritti autobiografici...*, I, 397-398.
- 6 Es el punto en que Rosmini insistió con mayor claridad y firmeza: "Dissi che la protesta sostanzialmente mi piaceva ma che la commissione governativa era incostituzionale, non si sapeva che cosa era, se una reggenza o un ministero ...", *IBIDEM*. La respuesta del Papa no pudo ser más decepcionante: "A tutto il Pontefice rispondeva sorridendo che lo scopo di quella Commissione non era se non di mostrare al pubblico, che il Papa non lasciava da parte sua lo Stato senza Governo, el che si otteneva anche se la Commissione non avesse potuto aver luogo ...", ROSMINI, *Della missione a Roma*, 95, cit. por RADICE, 74.
- 7 El billete de Pío IX decía así: "Marchese Sacchetti. Affidiamo alla sua nota prudenza ed onestà di prevenire della nostra partenza il Ministro Galletti, impegnandolo con tutti gli altri Ministri non tanto per premunire i palazzi, ma molto più le persone addette a Lei stessa, che ignoravano totalmente la nostra risoluzione. Che se tanto ci è a cuore e lei e i famigliari, perchè, lo ripetiamo, ignari del tutto del Nostro pensiero, molto più ci è a cuore di raccomandare ai detti signori la quiete e l'ordine dell'intera città. 24 novembre 1848. PIUS P.P. IX", texto en FARINA, III, 3-4; SPELLANZON, V, 971 y en MARTINA, 302.
- 8 SPELLANZON, V, 978.
- 9 El ministro Galletti se encargó de magnificar ante los diputados la importancia política del billete: "Io dico che questo è di molta

importanza, perchè determina che il Ministero è nel suo potere, e perchè costituisce dirò quasi una garanzia comune; che se noi quest'oggi, che se noi domani facciamo tutto quello che le circostanze chieggono, lo facciamo non solo perchè in sì solenni momenti non bisogna guardare a sottigliezze ed a scrupolose regolarità, ma lo facciamo ancora perchè ne siamo invitati dallo stesso Svrano", cit. por FARINI, III, 4-5.

- 10 El Manifiesto del Consejo de Diputados a la población denota esta primordial preocupación, el mantenimiento del orden público: "(il Consiglio) aggiunge la propria alla voce di lui (il Governo) per esortare il popolo romano e quelli tutti delle provincie a dare ora più che mai splendida prova di loro civile virtù e saggezza; ricordandosi principalmente, che dalla loro unione e concordia presente dipende in grandissima parte eziandio l'unione, la concordia e la liberazione d'Italia", cit. por FARINI, III, 6.  
Por esta u otra razón el llamamiento tuvo una favorable respuesta por parte de la población: "Jusqu'ici la tranquillité publique de la capitale n'a été troublé en aucune manière, et on doit surtout ce résultat à l'énergique maintien de la Garde Nationale, rivalisant de zèle et d'activité de la troupe de ligne et de la Gendarmerie, pour contenir ceux qui ne demandaient pas mieux que de profiter de la gravité des circonstances pour se livrer aux actes les plus répréhensibles", decía el embajador holandés en carta del día 27, LIEDEKERKE, 121.
- 11 El día 25 Mamiani superando los escrúpulos y las dudas más que justificadas de la regularidad de la constitución del gabinete del 16 de noviembre - para el que había sido designado - comunicaba a Galletti su decisión de incorporarse al equipo ministerial, SPELLANZON, V, 971-072.
- 12 "Le Corse" (Il Corso) naguère si bruyant, a repris sa physonomie habituelle et cessé d'être le 'Forum' où venaient a'agiter tumultueusement les destinés politiques du pays. Les clubs eux-mêmes apportent dans leurs délibérations beaucoup plus de modération et les Trastéverins, que l'on représente toujours comme si dévoués à la cause des Papes, n'ont jusqu'ici fait aucune démonstration en faveur de celui actuel. En un mot, il m'on coûte de le dire, mais le sentiment qui se manifeste le plus généralement parmi la population est celui d'une complète indifférence, et même, sans les avantages matériels que la capitale retire d'un gouvernement religieux qui fixe dans ses murs la plupart des hauts dignitaires de l'église, je crois que la complète suppression de ce gouvernement ne ferait pas naître ici de grands regrets", LIEDEKERKE, 127 y 130.
- 13 El segundo Secretario de la embajada española Augusto Conte que se quedó en la capital en misión de protección de los bienes materiales de la representación española, coincide como se ve en la apreciación de la situación del pueblo romano, Augusto Conte a Antonio Caballero, segundo Secretario del Ministerio de Estado, Roma 12/12/1848, AMAB: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 14 Sacchetti era portador de una carta del gabinete cuyos párrafos fundamentales son: 1º/ "la quiete e l'ordine pubblico non solo sono

*rimasti illesi nella città capitale, ma eziandio in ciascuna provincia"; 29/ "le pregano e la scongiurano a manifestare le ulteriori sue volontà per toglierli della grave e continua agitazione ed angustia in cui vivono"; 30/ "... torna impossibile di tenere in silenzio un voto, il quale tutti i buoni formano in cuore e che la salute di Roma e d'Italia fa di necessità sperare presto venga esaudita"; texto completo de la carta en Anejo a la de Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 13/12/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 415).*

- 15 Tardío porque mientras se estaba en Roma no se había tratado así a los miembros del gobierno ilegítimo; el mismo Papa había despachado asuntos con tales ministros entrevistándose con ellos; como veremos más adelante, fué el mismo Pío IX quien aconsejó al embajador francés se diera acuse de recibo por parte del Cuerpo Diplomático a la nota del gobierno a los representantes extranjeros anunciándoles su constitución (LIEDEKERKE, 122); el mismo billete del Soberano a Sacchetti ¿no era acaso una prueba de una actitud más flexible y condescendiente que la rigidez actual?.
- 16 SPELLANZON, V, 979.
- 17 Texto de las decisiones asumidas por la Cámara en la madrugada del día 4 en SPELLANZON, V, 980.
- 18 las cartas escritas desde Terracina por el senador de Roma Corsini, por Mertel y Paolucci los tres como miembros del *Alto Consiglio* y por Rezzi y Fusconi como enviados del *Consiglio dei deputati* en Anejos H, I, L de la de Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 13/12/1848 en ASV, AN París 71 (FATICA, I, 423-424).
- 19 La rigidez de la posición papal ante los emisarios romanos ha merecido en general juicios condenatorios incluso en autores favorables a la conducta de Pío IX en la coyuntura revolucionaria de 1848-49. Hablando de las consecuencias que tuvo en Roma la noticia del rechazo de la delegación municipal y parlamentaria: *"Non fu al certo favorevole, né per l'uno né per l'altro partito; sdegnò la rivoluzione; intimò gli aderenti al pontificio governo, cui sembrò di ravvisare un rigore eccessivo o tale almeno da suscitare serie represaglie"* (Spada); era un desafío a la situación general de desmoronamiento del Estado: *"Or chi consideri (...) come fossero uomini al principato devoti e studiosi di consiliazione, quei sarà di leggieri inchinato a censurare l'inaspettata repulsa. (...) Ogni prudente uomo, ogni cittadino pietoso alla patria doveva far opera di porre quelle dighe che migliori si potessero. Dove la dignità del Principe non consentisse di accogliere tosto le supplicazioni da' Rappresentanti dello Stato e di Roma, la carità del Pontefice poteva grandeggiare, imagine della carità divina di Lui, che umiliandosi e perdonando riscattava il mondo"* (Farina); sin embargo, el realismo político aconseja también preguntarse por una cuestión en cuyo planteamiento está implícita la respuesta exculpatoria para el Papa: *"(come) sarebbesi indotto a ritornare senza le più positive garanzie che tali violenze non si sarebbero rinnovellate più mai?"* (Gabussi). Polémica resumida en SPELLANZON, V, 994. También Martina en concordancia con Spellanzon y separándose de Aubert pone el acento en la dificultad objetiva de establecer la colaboración entre el

gobierno constitucional y la Curia más bien que en la cerrazón clerical o en el correlativo anticlericalismo revolucionario, MARTINA, 325.

- 20 Estos eran los siete miembros de la *Comisión Gubernativa*: presidente, cardenal Castracane; miembros: Mons. Roberti; príncipes Ruviano y Barberini; marqueses Bevilacqua (diputado por Bolonia) y Ricci (diputado por Macerata) y el teniente general Zucchi.
- 21 Texto de la *Proclama* en Anejo 2º. de la de Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 5, Gaeta 2/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 22 Pío IX a Castracane, Gaeta 27/12/1848, original anejo en carta de Antonelli a Castracane, 28/12/1848 en ASV, SdS *Carte Castracane*, cit. por PASZTOR, *La Segreteria di Stato di Pio IX...*, 341.
- 23 Cfr. nota 6.
- 24 "*Essendo composto di tre supremi poteri il nostro Stato Costituzionale, Consiglio dei Deputati, Alto Consiglio e Monarca, si vuol sapere se la Commissione è surrogata quasi vicaria al Monarca (già s'intende dentro i limiti del mandato) e se deve rappresentare, come sembra indubitato, questo terzo potere soltanto, ossia il Sovrano costituzionale*", Roberti a Antonelli, Roma 4/12/1848 en Anejo B de la de Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 13/12/1848 en ASV, AN Paris 71 (FATICA, I, 416); algunos párrafos en PASZTOR, 341-342.
- 25 IBIDEM. La misiva de Castracane y Roberti del día 6 se esforzaba en hacer comprender a Gaeta las dificultades de la situación de la capital. Los rumores de que el Papa era víctima de una conspiración de los embajadores adquiría por lo visto carta de naturaleza: "*Il Papa ha abbandonato il suo popolo, egli è prigionero sotto gli artigli della diplomazia, nostra implacabile nemica, il popolo è ritornato sotto la natia libertà; egli si difenderà da se stesso (...)* Questi concetti espressi in mille modi, diffusi in mille luoghi, ripetuti da mille accenti, si sono disgraziatamente insinuati sino nello spirito della bassa plebe...", Castracane y Roberti a Antonelli, Roma 6/12/1848 en Anejo G de la de Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta, 13/12/1848, ASV, AN Paris 71 (FATICA, I, 421).
- 26 "*... l'idea che si presenta al nostro spirito, adatta ad arrestare questo funesto contagio, che attacca l'essenza e la vita della monarchia, è stata quella di tentare gli attuali ministri, con la lusinga della conservazione dei loro posti, ad accettare il proclama di Gaeta e consentire di riconoscere del Papa quell'autorità, che ora esercitano in nome delle Camere, e servire il governo sotto la nostra reggenza*", IBIDEM; PASZTOR, 342.
- 27 La respuesta de Antonelli a la consulta de Roberti en Antonelli a Castracane, Gaeta 7/12/1848 en Anejo E de la de Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 13/12/1848, ASV, AN Paris 71 (FATICA, V, 418-419); PASZTOR, 342 cita algún párrafo. Más tarde en otra carta al Pro-Secretario de Estado indirectamente hace ver que la negativa a permitir la colaboración con el gobierno romano estaba justificada a fin de "*non esporre la Commissione governativa a violenze per indurla ad atti sempre più contrarii alle disposizioni, che nella straordinarietà delle*

- circostanze ha dovuto il Santo Padre adottare*", Antonelli a Castracane, Gaeta 9/12/1848 en Anejo R de la de Antonelli a Fornari s. n., 13/12/1848, ASV, AN Paris 71 (FATICA, I, 427).
- 28 Castracane y Roberti a Antonelli, Roma 8/12/1848 en Anejo O de la de Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 13/12/1848, ASV, AN Paris 71 (FATICA, 425-426).
- 29 El cardenal Antonelli explicaba y justificaba así ante el Nuncio en París la conducta de la Curia: 1º/ " *Malgrado ... la rinuncia che il Ministero del 18 novembre ha qua mandato, adducendo l'imponente motivo della cosa pubblica*"; 2º/ " *Il Cardinale si è messo a trattare col medesimo, significando al Santo Padre la necessità di mantenerlo al potere, poichè nelle mani di questo stanno, come egli crede, la pubblica e privata sicurezza, minacciata ora più che mai, essendo giunti in Roma non pochi demagoghi e persone facinerosi. Sua Santità però non ha creduto di accordare il detto mandato di fiducia ed alle ripetute istanze fatte per parte dell'Emmo. medesimo ha sempre fermamente fatto rispondere negativamente*", Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 11/12/1848, ASV AN Paris 71 (FATICA, I, 409-410).
- 30 SPELLANZON, V, 994-995.
- 31 IDEM, 996.
- 32 El texto del proyecto de la *Suprema Junta de Estado* en SPELLANZON, V, 996-997.
- 33 Los nombres de los designados eran: Corsini por Roma, Zucchini por Bolonia y Camerata por Ancona; el bolofés rehusó el cargo siendo sustituido por otro paisano el miembro del gobierno Galletti.
- 34 Martina efectúa un estudio comparativo de la parte más sustancial de tres borradores previos a este documento: el de Rosmini, el del mismo Pío IX y un tercero verosimilmente de Antonelli, MARTINA, Apéndice VI, 546.
- 35 Rosmini introducía este significativo párrafo: " *Vogliamo anzi rimuovere da voi ogni dubbio che versi nell'animo Nostro il pensiero di abbandonare la strada spinosa nella quale Ci siamo inoltrati, che anzi ella è Nostra ferma intenzione di conservare o per dir meglio, di ristabilire e riavviare quelle leggi e quelle libertà che furono da voi conculcate ed infrante in mille guise per colpa de' falsi amici e de falsi maestri ...*", MARTINA, Apéndice, 546; SPELLANZON, V, 1011-1012 y RADICE, 77. La redacción definitiva incluía como más significativas estas palabras: " *Queste Nostre determinazioni, lungi dal fare rientrare nella via del dovere i perturbatori ed autori delle predette sacrileghe violenze, gli hanno anzi spinti ad attentati maggiori ... le obbligazioni indeclinabili della Nostra Sovranità ed i giuramenti solenni con cui abbiamo al cospetto del Signore promesso di conservare il patrimonio della Santa Sede, e trasmetterlo integro ai Nostri successori, ci costringono a levar alto la voce ed a protestare ... Dichiaramo per tanto nulli, di nessun vigore e di nessuna legalità tutti gli atti emanati in seguito delle inferiteci violenze ...*", MARTINA, Apéndice VI, 546; SPELLANZON, V, 1012.

- 36 MARTINA, 323.
- 37 En la entrevista de Rosmini con Pío IX con ocasión de la elaboración del documento pontificio que comentamos, aquél que a su decir se vacía en sinceridad ("*tutto intero il mio pensiero*") exponía otros puntos de vista en capítulos sustanciales para la estrategia diplomática de la Santa Sede; enumeremos algunos de ellos: 1º/ se oponía a que Gaeta fuera lugar de residencia papal; 2º/ se resistía a solicitar armas a país extranjero alguno, dada la guerra virtual entre Piamonte y Austria, tesis como sabemos fundamental para el cumplimiento de los deseos de los liberales italianos y que pronto Gioberti desde el poder la defenderá con gran vigor; 3º/ Rosmini, en fin, se ve obligado a admitir la necesidad objetiva de unas fuerzas armadas para reducir a los romanos y como mal menor arbitra una fórmula alternativa: o soldados suizos reforzados por voluntarios católicos de otros países o simplemente un refuerzo del ejército napolitano en colaboración con la histórica fuerza de protección del Papa mencionada. Desgraciadamente hasta los más dados al compromiso político y al diálogo empezaban a sugerir como solución necesaria el uso de la fuerza, ROSMINI, *Diario della carità*, en *Scritti autobiografici...*, I, 399-400.
- 38 "*Le Pape - comenta el embajador holandés - après avoir daigné manifester à Monsieur l'Ambassadeur combien il était sensible à notre démarche, lui dit que, pour ne pas compliquer davantage une situation qui n'offrait déjà que trop de gravité, il était d'avis qu'il fût répondu à cette circulaire, mais toutefois limitant notre réponse à une simple accusé de réception, formulé en termes polis et dès lors sans aucune portée*", LIEDEKERKE, 122. El texto de la comunicación de Galletti al Cuerpo Diplomático en Anejo a la de Martínez de la Rosa a Pidal Roma, 24/11/1848 AMAE: H- Política, S. Sede 2658,
- 39 Así protestaba el testimonio holandés: "*Monsieur le Duc d'Harcourt à qui sa qualité de notre doyen imposait peut-être, au moins par convenance, l'obligation de nous faire, le lendemain de son propre départ, quelque participation verbale par son premier Secrétaire d'Ambassade, ne le jugea pas non plus à propos*", LIEDEKERKE, 122.
- 40 LIEDEKERKE, 123-124.
- 41 IBIDEM.
- 42 Texto de la invitación pontificia al Cuerpo Diplomático a residir en Gaeta Apéndice nº. 1 de la de Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 5, Gaeta 2/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733.
- 43 "*El Ministerio Mamiani (el presidente del gabinete propiamente dicho era Mons. Muzzarelli) procura por todos los medios imaginables conservar un aspecto de legalidad, afanándose por aparentar que ejercía su autoridad por nombramiento y beneplácito del Santo Padre*", Martínez de la Rosa a Pidal nº. 9, Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 44 Sobre todo el despacho de Martínez de la Rosa a Pidal nº. 7, Gaeta 13/12/1848 con cuatro apéndices en AMAE, H-Política, S. Sede 2658.

- 45 En uno de los Anejos de la carta anterior se contiene la comunicaci3n de Mamiani, Ministro de Negocios Extranjeros del gobierno romano, al embajador espaol; de dicho documento se toman las aseercciones de Mamiani.
- 46 Martinez de la Rosa a Pidal n.º. 7, Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 47 IBIDEM.
- 48 Los párrafos más significativos de la nota de Mamiani eran: 1º/ "*Il Santo Padre mai non ha sostenuto la più minima minaccia*"; 2º/ "... di tutto quello che di più duro e violento e succeduto negli ultimi tempi in Roma e nelle Provincie è stata cagione perpetua il problema difficilissimo di convenientemente accordare il temporale dominio collo spirituale, desiderando i popoli tutti e con unanime voto che fra i due poteri intervenga una divisione profonda e compiuta, salva rimanendo la unità di ambedue nella stessa Augusta Persona; laddove dall'altro lato si è voluto e sperato più che ostinatamente di tenerli come per addietro strettamente congiunti e confussi", en Anejo 3 de IBIDEM.
- 49 Martinez de la Rosa a Pidal n.º. 9, Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 50 Marqués de Pidal al Duque de Sotomayor, Madrid 5/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658 y 2659.
- 51 Martinez de la Rosa a Pidal n.º. 14, Gaeta 22/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.
- 52 Pareto a Gioberti n.º. 10, Gaeta 24/12/1848 cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del Regno di Sardegna*; vol. II: *Relazioni con lo Stato Pontificio ...*, por IDEM, 322-323.
- 53 "*Si cette résidence se prolonge on ne manquera pas de dire qu'il est sous l'influence du Roi de Naples, qu'il associe son sort et sa fortune à ceux du Prince le plus impopulaire de toute l'Italie, qu'il fait cause commune avec ses oppresseurs et trahit ses intérêts en se remettant aux mains de celui qui a perdu la cause de l'indépendance. Non seulement il fournit par là des armes et des pretextes aux anarchistes et aux ennemis de la religion mais il donne encore le droit aux vrais libéraux amis de l'ordre et de l'Eglise de partager in semblable soupçon. Quand on apprend en Europe les mauvais traitements que le Saint Père avait essuyés dans sa capitale et la cruelle ingratitude dont on payait tout ce qu'il avait fait jusqu'ici dans l'intérêt de la liberté, il n'y a en de toutes parts qu'un cri d'indignation et la France en particulier, sans attendre aucune explication ultérieure a, toute de suite, et spontanément mis des troupes à sa disposition, S. Sainteté en profitant de ces premiers moments d'enthousiasme pouvait être assuré qu'il n'y avait guère de nation en Europe qui fut disposé à voler à son secours. Si on la voit au contraire rester plus longtemps chez le Roi de Naples, accepter ses bienfaits et son hospitalité et contracter par là en quelque sorte vis à vis de lui des engagements tout cet enthousiasme sera bientôt refroidi. La cause sacrée de la religion et de son chef ne se présentera plus que comme un succursale de la politique*

*napolitaine et le cas échéant où l'on aurait besoin des étrangers et principalement de la France, qui à bien dire est le seul pays qui puisse secourir utilement et sans inconvénient le Saint Père, on ne trouvera plus que froideur dans les pays libres et on n'aura plus pour appui que les ennemis déclarés de l'Italie".* A continuación el Duque d'Harcourt desarrolló la tesis de las ventajas de elegir Francia como sede provisional para preparar el retorno a Roma: *"En faisant de là le centre de ses négociations, il s'acquirit les simpaties des amis de l'ordre et de la véritable liberté et ôterait à ses ennemis toute prétexte de dire, comme ils le font déjà, qu'il veut suivre une politique réactionnaire et que toutes les institutions libérales qu'il a données jusqu'à aujourd'hui il les a données fort légèrement et avec la volonté de ne pas les accomplir"*, D'Harcourt a Bastide nº. 60, Gaeta 23/12/1848, A-AAEB: ROME Corresp. Polit. 988.

54 LIEDEKERKE, 136.

55 Confesaba el embajador francés a su colega español en la referida carta: *"... j'ai en même temps la conviction que son séjour à Gaète, qui semble se prolonger indéfiniment, serait tout se qu'il y a de plus fâcheux pour obtenir ce résultat et qu'il finirait tôt ou tard par compromettre la position du Saint Père non seulement vis-à-vis de ses sujets, mais encore vis-à-vis d'une grande partie de l'Europe. A ce point de vue il me serait difficile de mettre aux pieds du Saint Père l'hommage de mon respectueux dévouement sans lui dire en même temps se que ce crois une vérité utile à ses intérêts"*, D'Harcourt a Martínez de la Rosa, Mola di Gaeta 23/12/1848, Anejo 1 de la de Antonelli a Fornari s. n. reserv., Gaeta 26/12/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 449).

56 Juicio formulado por el Pro-Secretario de Estado, Antonelli a Fornari s. n. reserv., Gaeta 26/12/1848, ASV AN París 71 (FATICA, I, 448). Las palabras decisivas del discurso de Martínez de la Rosa fueron: *"En souhaitant à Votre Sainteté la paix et le bonheur dont Elle est si digne, nous ne sommes que les interprètes fidèles de vœux de nos gouvernements. Ils prouvent tous les plus vit intérêt au sort du Souverain Pontife, plus grand encore, s'il était possible, sur la terre étrangère que sous les voûtes du Vatican. Sa cause est trop juste, trop sainte pour qu'elle ne soit pas protégé par Celui qui a dans sa main toute puissante la sorte des rois et celui des peuples"*, Anejo 4 de la de Antonelli a Fornari s. n. reserv., Gaeta 26/12/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, V, 451).

57 Aunque Antonelli atribuya al embajador sardo la responsabilidad de haber animado al francés a no asistir a la audiencia (cfr. carta anterior) en la que ciertamente ninguno de los dos estuvo presente, no resulta fácil justificar documentalmente tal sospecha, pues Pareto en principio estaba dispuesto a presentarse a la misma. Si no lo hizo fue porque quería conocer previamente el contenido del texto de Martínez de la Rosa, pero éste se negó a revelárselo; ello no obstante, Pareto reconoce que el discurso del embajador español no ofrecía dificultad alguna para ser aceptado en todos sus términos, Pareto a Gioberti, nº. 10 y 12, Gaeta 24 y 28/12/1848, cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del Regno di Sardegna...*; vol. II; *Relazioni con lo Stato Pontificio...*, por IDEM, 322-323 y 327-328.

- 58 El pensamiento de D'Harcourt está nitidamente expuesto en una de sus comunicaciones a París: "*Si les Puissances s'engageaient à remettre le Pontife dans ses états, il faudrait en même temps qu'elles garantissent au Peuple Romain des réformes et des améliorations que sont depuis longtemps réclamées par les amis de la liberté et de l'ordre public, mais qu'ici on n'accorderait jamais volontairement et sans y être contraint. Il serait peut-être possible dans ce cas de faire sortir de l'état de choses actuel un gouvernement des états de l'Église infiniment meilleur que tout ce qu'on aurait pas attendre sans les événements qui viennent de s'accomplir*", D'Harcourt a Bastide, Gaeta 23/12/1848, A-AEE: ROME, Corresp. Polit. 988, f. 197.
- 59 "*Allorquando il Rosmini informò il Sommo Pontefice de' dubbi che manifestava il Duca d'Harcourt sul ripristinamento dello Statuto del Governo Papale, il Pontefice rispose: 'che era un'ingiuria che gli si faceva col dubitare di questo'. Soggiungendo il Rosmini che non dubitava punto dell'animo de S. Santità, ma si temeva il suo contorno, si temeva che degli altri potessero influire su di lui e rivolgerlo al altri consigli, il Papa replicò che questo non sarebbe mai avvenuto, che prima di dare lo Statuto egli avea radunato tre volte il Sacro Collegio e che unanimemente vi assentirono (cosa che dette poi dal Rosmini ad alcuni Cardinali, montarono in furia, pretendendo d'essere stati moralmente costretti dallo stesso Pontefice), ROSMINI, Della Missione a Roma, 64, cit. per RADICE, 78-79.*
- 60 La crítica de Antonelli acerca de las conversaciones D'Harcourt-Rosmini en carta al Nuncio en París: "*Passo sotto silenzio la inconvenienza di un diplomatico, stimabilissimo sotto ogni rapporto per le sue qualità personali e per la religiosa devozione che profesa al Santo Padre, il quale, anzichè dirigersi a chi doveva, abbia cercato vie del tutto estranee per una tale manifestazione. Stimo però indispensabile di comunicare il tutto a V. S. Illma. perchè ... Ella ne sia intesa e sappia non avere il Rosmini veste diplomatica di sorta alcuna presso il Santo Padre, né potere in conseguenza riguardarsi che come opinione di un semplice privato*", Antonelli a Fornari s.n., Gaeta 30/12/1848, ASV, AN París 71 (FATICA, I, 453).
- 61 En efecto, el protagonismo político de Rosmini unido a su condición de intelectual haría que la involución política de Gaeta se tradujera para él - de manera similar que para Gioberti con *Il Gesuita moderno* - en una persecución de sus escritos. Dos obritas del lúcido eclesiástico y fundador de un Instituto para sacerdotes serán puestas en el *Indice* de libros prohibidos en mayo del '49: *Le cinque piaghe della Chiesa* y *La Costituzione secondo la giustizia sociale*. La inmediata y rendida sumisión del docto filósofo y la devoción y estima de sus seguidores y amigos del instituto religioso promovido, además de la entrañable amistad que le prodigaba el novelista Manzoni suavizaron el dolor y la desilusión de este excepcional hombre de Iglesia y patriota italiano hasta los días de su muerte acaecida en 1855. Antes del último suspiro pudo no obstante conocer la absolución de la *Congregación del Indice* sobre la pretendida heterodoxia de sus obras. Sin embargo, la polémica en torno al pensamiento y a las obras de Rosmini daría lugar a un enojoso y larguísimo contencioso con nuevas intervenciones de la Curia en 1876 y 1888, RADICE, *passim* y muy resumido en BOZZETTI, *ROSMINI SERBATI*, Antonio, art. en *EC*, X, col. 1359-1372.

- 62 Es interesante observar que ambos clérigos juzgaban necesario el recurso a las armas: Rosmini el día 15 de diciembre decía al Papa que: *"In ogni caso era da aspettare ad usar mezzi violenti"* (ROSMINI, Diario della carità en Scritti ..., I, 398). Antonelli a su vez en carta al Nuncio en París dos días después escribía: *"mentre oramai è indubitato che il Santo Padre non è in grado di rientrare ne' suoi Stati per esercitarvi liberamente la piena sua autorità, senza il concorso di forze straniere"*, Antonelli a Fornari s. n. Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 17/12/1848 (FATICA, I, 435).
- 63 En la crisis institucional que se vive en Roma a primeros de diciembre a raíz de la negativa de Gaeta a entrar en diálogo con los romanos, las noticias de que en la Asamblea Nacional de Francia se proyectaba la organización de un contingente militar de 3.500 hombres desde Tolón con destino a Civitavecchia, generó la cohesión patriótica de los diputados romanos. Anulado el envío de tropas francesas, la protesta romana quedó en mero ejercicio de palabras; pero conviene recordarlas para significar cómo Italia avanza hacia la formulación de su conciencia unitaria y sobre todo para subrayar la común hostilidad de los patriotas, sean de la tendencia que fueren, a admitir una intervención extranjera en los Estados Pontificios; tras proclamar la decidida resolución de resistir a la agresión armada decía Mamiani en la comunicación enviada al Delegado Apostólico en Civitavecchia: *"Pasó aquel desgraciadísimo tiempo en que los Príncipes se hacían restaurar en los tronos por medios de las armas extranjeras, es decir, por la más culpable de las violencias"*, tomado del Anejo a la de Martínez de la Rosa a Pidal nº. 9, Gaeta 13/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658). A su vez, en la declaración del gobierno romano leída a los diputados que se asociaron a esta protesta se hacía una síntesis de la opinión patriótica italiana más generalizada acerca de cualquier intervención extranjera: 1º/ *"... è per se medesimo un atto contrario alle massime fondamentali del ius gentis"*; 2º/ *"ricordare al generale Cavaignac le prescrizione dell'articolo 5 della Costituzione nuova repubblicana di Francia, con cui si decreta: che le armi francesi mai non saranno adoperate a detrimento della libertà dei popoli"*; 3º/ *"la differenza insorta fra il Santo Padre e il suo popolo è meramente e unicamente politica. Neppure la calunnia riuscirà mai a dare apparenza di verità a qualunque asserzione contraria"*; *"fatto pure il supposto che il sacerdozio supremo non fosse colla debita libertà e spontaneità esercitato; in modo nessuno potrebbesi consentire che una sola delle nazioni europee si arroghi il diritto di intervenire da sé a armata mano in un paese e lei forestiero"*; 4º/ *"l'intervento armato ... non può succedere senza impedire ed offendere in alcuna guisa le pubbliche libertà e franchigie dei popoli; e d'altra parte non può riuscire durevolmente utile ed efficace"*, extracto del documento *Dichiarazione del governo romano intorno alla deliberazione del generale Cavaignac* ..., hoja suelta en AMAE: H-Política, S. Sede 2658; también en FARINI, III, 53-59.
- 64 A Martínez de la Rosa le disgustaba esta posición del único militar de prestigio de los Estados Pontificios: *"Dichas personas representan un partido que se opone a la intervención extranjera y quisieran que S. Santidad permaneciese en sus Estados arreglando las cosas con el partido moderado. (...) Así se expresa el general Zucchi y dichos sujetos, carta que me ha parecido en lo general poco acertada o cuando*

*menos poco oportuna*", Martínez de la Rosa a Pidal nº. 14, Gaeta 22/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.

65 Cfr. nota 62.

66 "*Sebbene il Papa non mi abbia nominato la potenza cui si dicesse per avere questo materiale soccorso, tutto m'induce a credere essere la Spagna a riguardo della quale S. Santità dimostrasi assai apertamente propensa*", Pareto a Gioberti nº. 12, Gaeta 28/12/1848, cit. por VAUDI DI VESME, *La diplomazia del regno di Sardegna ...*; vol. II: *Relazioni col Stato pontificio ...*, por IDEM, 327-328.

67 Augusto Conte a Antonio Caballero, Roma 12/12/1848 y Roma 23/12/1848, AMAE: H-Correspondencia, S. Sede 1733; IDEM a IDEM en Anejo a carta de Juan Prat, cónsul español en Marsella a Pidal, nº. 394, AMAE: H-Política, S. Sede 2658.

68 IBIDEM.

69 "*Puede Vd. avisar a Madrid la ruptura completa de Mamiani con estas gentes. 'Volla donc un modéré de veille'. Todos creen sin embargo que lo es 'de lendemain'. Las noticias de la elección de Bonaparte han contribuido poderosamente a este cambio si no es que ciertas diferencias tenidas con Lord Napier no lo han convencido de la locura de la empresa*", IBIDEM (Lord Napier colocado en Nápoles como enviado inglés).

70 La severidad del funcionario español Conte a la hora de calificar moral y políticamente a los miembros del nuevo gabinete romano se aleja acaso del lenguaje y estilo redaccionales de los despachos diplomáticos: "... *Sterbini, espantoso de aspecto, hablador y ex-médico, es el alma de esta empresa. Muzzarelli es un monseñor liberal y con esto está dicho todo; empezó por ser militar y luego fue siempre canalla. Campello es un poeta; ha compuesto tres tragedias que le silbaron y ahora ocupa a fuerza audacia el ministerio de la Guerra donde ha colocado a la redacción entera de los periódicos republicanos. Figúrese Vd. la administración de la guerra confiada a poetas y periodistas ... Para las demás carteras ha habido grandes trabajos ...; por fin anoche se arregló que se las repartieran Armellini, Rossi, Mariani y Galleotti. El último es oscurísimo e insignificante. Los dos primeros son una prueba de que la mayor ambición reside en la Curia. Ambos son abogados distinguidísimos ... En cuanto a Mariani nadie dejaría de reirse de su nombramiento a no ser por la circunstancia de ser aquel personaje el compinche y amigo de Canino*", IBIDEM. Adviértase que Muzzarelli a pesar de su condición de clérigo y monseñor no era sacerdote. Sobre la personalidad citada en último lugar *Canino*, es decir, C. Luciano Bonaparte, Príncipe de Canino, hijo de Luciano Bonaparte y primo de Luis Napoleón el nuevo Presidente francés, véase datos biográficos en art. *BONAPARTE, Carlo Luciano* en DBI, vol. XI 549-556.

71 Texto resumido del proyecto de ley en SPELLANZON, V, 1014-1015.

72 Texto de la convocatoria en Anejo de Juan de Prat a Pidal, Marsella 5/1/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2658. Muzzarelli en calidad de ministro de Negocios Extranjeros *ad interim* publicaba una Circular que

a fuer de explicativa de la gravísima decisión resultaba un documento redactado a la defensiva: *"qualunque sia per apparire la gravità di un tale atto, egli è certo però che desso venne dettato soltanto della suprema legge della salute pubblica e perchè el potere di cui lo scrivente e suoi colleghi si trovano, senza loro desiderio e volontà, depositarii, venisse trasmesso, salvi i diritti di chiecclesia, ead una rappresentanza di tutto lo Stato, formata del libero suffragio della maggioranza de' cittadini"*, Muzzarelli a Fornari, nº. 1054, Roma 30/12/1848, ASV, AN Paris 71 (FATICA, I, 453-454).

73 LIEDEKERKE, 137.

74 Texto de la protesta papal en FARINI, III, 118-122 y SPELLANZON, V, 1021.

75 Martinez de la Rosa a Pidal s. n., Nápoles 14/1/1849, AMAB: H-Política, S. Sede 2658.

## 4. 2. DIFÍCIL INSERCIÓN DEL CONGRESO ESPAÑOL EN LA DIPLOMACIA FRANCO-AUSTRIACA

Obvias e inmediatas adhesiones (840) Austria y Francia obligado tránsito de la crisis romana y del Congreso español (850) - La restauración austriaca de la mano de Schwartzenberg (855) - Luis Napoleón Bonaparte Presidente de la República Francesa (861) - Francia solicitada por los gobiernos católicos (876) - Fracaso de la concertación austriaca propuesta a Francia (882) - Acción seductora de Gioberti en París (895) - El obstáculo de la conferencia de Bruselas (904) - Modificaciones napolitanas al plan español del Congreso (913) - La suspirada aceptación del Congreso por Francia (928) - Victoria hispana un tanto pírrica (938) - NOTAS (948).

### Obvias e inmediatas adhesiones

Puestos a estudiar la difícil trayectoria diplomática del Congreso español hasta derivar a través de una trama de otros proyectos en las conferencias de Gaeta de fines de marzo de las cuatro naciones invitadas por el Papa, bueno será que comencemos por dejar constancia de las adhesiones inmediatas y positivas a la idea por parte de los gobiernos más afines e interesados con el plan español, el de la propia Santa Sede, Portugal y Nápoles.

Inútil constatar que la iniciativa del gobierno Narvaez tendría la mejor de las acogidas en Gaeta. Los dos importantes despachos del gobierno español del 21 de diciembre, el de la Circular a siete países y el del envío de la flotilla a Gaeta, los recibía Martínez de la Rosa el 1 de enero en Nápoles - había venido a la ciudad partenopea el 28 de diciembre a bordo del vapor de guerra León aprovechando que éste necesitaba surtirse de carbón -; era tan importante el contenido de las misivas que sin siquiera esperar a que el vapor se abasteciese de combustible le ordenó al día siguiente lo devolviese inmediatamente a la residencia pontificia, utilizando los poderes que para supuestos de emergencia tenía de disponer de los buques suspendiendo las órdenes del

Ministerio de Marina que había indicado a dicha nave retornase a Barcelona (76).

Apenas arribado a Gaeta la tarde del 3 de enero se entrevistaba con el Cardenal Antonelli primero y con el Papa después; al primero le facilitó meramente el contenido de la Circular pero a S. Santidad se lo leyó íntegramente ofreciendo el Pontífice muestras de gran satisfacción (77). El sentimiento fundamental de Pío IX lo recoge el Secretario de Estado en otra carta del mismo día al hablar de "sólido consuelo". El Papa aprobaba completamente la idea de una reunión de plenipotenciarios católicos e indiferente al lugar de la cita no tenía inconveniente alguno en que fuera en un punto de los dominios de España, por ejemplo en el litoral mediterráneo (Barcelona, Valencia, Mallorca,...) siempre que los demás Estados no tuvieran objeción alguna (78).

Esta idea del Congreso de varias naciones fué en realidad la aportación política más original y audaz de España a la crisis de la fuga pontificia; pero su impacto político inmediato, sorprendentemente, apenas rebasó el círculo de la propia élite diplomática a la que estaba dirigida sin impacto alguno en otras esferas de la vida política. Paradójicamente, para la opinión pública de la época fué el hecho de la precocísima presencia de la flotilla española en aguas de Gaeta lo que llamaría la atención, alimentando infundados rumores tanto entre los rebeldes romanos como entre los medios de Curia (79), - nada se diga en Turín, según lo hemos visto - al atribuir al gobierno español unas intenciones de intervencionismo inmediato y solitario en la restauración papal que ni respondía a los deseos de Madrid ni tenía base objetiva alguna.

Era natural que el embajador español ante el Papa se esforzase en objetivar esta concreta y operativa sintonía española con la desgracia del estado

pontificio logrando la colaboración de los representantes de la Santa Sede en cada legación diplomática de los siete países concernidos por la reunión; por eso Martínez de la Rosa solicitaba de primeras a Pío IX manifieste expresamente su aprobación al proyecto mediante un escrito dirigido a los Nuncios. Antonelli apercibido de tal ruego prometía escribir el mismo día a los dichos a Madrid, París, Lisboa y Munich. Extraño silencio sobre las tres legaciones restantes; no somos capaces de intuir si tiene alguna significación el silencio de Martínez de la Rosa sobre el ruego de tal misiva a las representaciones pontificias en las Cortes de Viena, Turín y Florencia (80).

La promesa de Antonelli al español se cumple con puntualidad. El mismo día 3 éste en carta a los Nuncios comentaba ampliamente el contenido de la Circular española eligiendo de la misma como aspectos dignos de mayor ponderación: la grata celeridad con la que había procedido España; el sesgo exclusivamente católico por el que, según Madrid, debía encauzarse la solución de la crisis romana y la situación permanente y libre de cualquier coacción, en que, al igual que durante tantos siglos, había que reponer al Sumo Pontífice en sus Estados (81).

Los elogios que la administración curial prodiga una y otra vez a la largo de estos días a España podría verse empañada a juicio de Antonelli por la precocidad misma del plan que al poner a un país de segundo rango en la primera línea de la diplomacia europea podría originar en las grandes Potencias - desde el punto de vista del peso de sus mayorías católicas, entiéndase Austria y Francia - un instintivo rechazo. El Nuncio en París debería estar muy atento a esta previsible reacción para tratar de contrarrestarla (82).

Ya hemos dicho antes que la Santa Sede no tiene inconveniente en la elección de una ciudad española para

dicho Congreso; con todo, en esta carta a los Nuncios se llega a manifestar algo más: que sería mejor que dicha sede congresual estuviera cerca del Papa aunque se advierte en no insistir demasiado en tal punto. A partir de esta observación, Brunelli, obligado a entrevistarse con Pidal para solicitar audiencia a la Reina en que se agradeciera a ésta en nombre del Santo Padre la feliz iniciativa - audiencia que desde Gaeta se le ordena solicitarla - (83), prefiere reservar para el diálogo personal con el ministro de Estado dos puntos un tanto imprecisos del plan español: la obligada presencia de un representante pontificio en dicho Congreso y el lugar elegido para su celebración.

La entrevista con Pidal no pudo ser al no encontrarse éste disponible por coincidir los días del encuentro con la grave enfermedad de una hija del ministro. A cambio de ello, el día 19 de enero se entrevistó muy detenidamente con el presidente del Consejo Narvaez, alma y vida de la generosa iniciativa sin quitar méritos al resto de los ministros sobre todo a Pidal, según observa Brunelli. El Duque de Valencia accede fácil y afirmativamente a la doble aclaración solicitada desde Gaeta.

Aun antes de que el Nuncio abordara el punto de la necesaria presencia de un enviado papal en dicho Congreso, es el mismo Narvaez el que establece dicha condición, tan natural y obvia le parecía; oportunidad que Brunelli aprovecha para aclarar que tal deseo es premisa demandada por el propio Papa. La observación narvaizina está, arguye el Nuncio, en la lógica de su última intervención parlamentaria del 5 de este mes en contestación dada al diputado progresista Cortina, donde el jefe del Gobierno subrayaba que S. Santidad, "...la autoridad de Vicario de Cristo en la tierra (debe ejercerla) con toda la libertad que exige su sagrado ministerio; (que) esta libertad quien la ha de graduar ha de

ser S. Beatitud y para ello apelaremos al sentimiento religioso de los españoles que está encarnado en sus corazones" (84).

Tratándose de una discusión parlamentaria enmarcada en el debate de la respuesta al discurso de la Corona y ganada ampliamente por el gobierno (Cfr. Cap. II, 32.3. nota 458), Brunelli bien puede prometerse que España se regulará en el tema de auxilio al Papa evitando toda ingerencia en las cuestiones internas de los Estados de la Iglesia, aunque la citada frase de Narvaez no aborde ulteriores matizaciones.

La segunda petición de Gaeta concerniente a que la conferencia se celebrara en un lugar próximo al Papa, las instrucciones descargaban al Nuncio de toda pugnaz insistencia en dicho punto; el gobierno español por el contrario, si bien en la Circular a las siete Estados no se atrevió a sugerir el nombre de ciudad española alguna como sede congresual, Narvaez ahora ponía el énfasis en Palma de Mallorca - premio de consolación para la ciudad destinada meses antes en los planes del Gobierno a recibir al Papa exilado - enalteciendo su clima, su Palacio episcopal y sobre todo su paz "narvaizina" que permitiría a los reunidos estar al abrigo de los revolucionarios italianos y de los manejos de Inglaterra. El ardor de la argumentación no acaba de impresionar al Nuncio quien concluye: España se esforzará en lograr una ciudad suya pero al final se conformará a las miras del Santo Padre (85).

La vecina Portugal fué la administración que más rápidamente reacciona ante el requerimiento español. La adhesión portuguesa en Madrid por supuesto que se daba por descontada; los dos gabinetes liberales peninsulares vivían por estas fechas una cierta luna de miel no sólo por el hecho de la trayectoria política de paralelismo tan sorprendente durante los últimos años, sino también por la gratitud y reconocimiento de la monarquía de la Reina María Gloria para con los moderados

españoles que tan eficaz y decididamente la habían ayudado a salir de un peligroso rebrote revolucionario hacía sólo año y medio (86).

Además, la solidaridad de la Corona portuguesa con Pío IX huído había quedado bien patente cuando la Corte de Lisboa resolvió que la respuesta a la carta pontificia del 4 de diciembre comunicando a los reyes de Europa su triste desgracia, se cumplimentara mediante el envío del texto a través de un emisario extraordinario ad hoc a Gaeta el Conde Peñafiel, presente en la plaza militar napolitana a cumplir este cometido ya para comienzos del nuevo año (87).

La misma diligencia manifestó el gobierno luso en la respuesta a la Circular de Pidal del 21 de diciembre, entregada el 29 de diciembre por el embajador español Conde de Colombí al Ministro de Negocios Extranjeros Vizconde de Castro. Las inequívocas muestras de simpatía que mostró el ministro ante la simple lectura del escrito hecha por el embajador se tradujo en una aceptación oficial inmediata del proyecto por el Consejo de ministros en la tarde del mismo día tras, tras un análisis forzosamente somero de su contenido (88).

El día 30 se enviaba al Encargado de Negocios luso en Madrid Sr. Soares Leal la aceptación oficial portuguesa para entregarla al Marqués de Pidal. El Conde de Colombí a su vez enviaba la copia traducida del mismo texto que él se había procurado en Lisboa. Una idea fundamental preside dicho texto luso: la plena sintonía de sentimientos para con el Papa de España y Portugal; fruto de ello, Portugal se suma al Congreso sin la menor reserva ni subordinación a condición alguna de lugar de celebración, fuera o dentro de España; además, estaría dispuesto a nombrar inmediatamente el correspondiente delegado o plenipotenciario, designación que recayó en el ministro plenipotenciario de Lisboa ante la Santa

Sede Barón Venda da Cruz, nombramiento así mismo inmediato ya que el Conde Colombí podía comunicarlo a Madrid el 7 de enero. Un rasgo de la intimidad de relaciones entre ambas Cortes puede percibirse en el detalle de agradecer a España el que se haya anticipado a las demás Potencias Católicas en los medios de arbitrar una solución en auxilio del Papa (89).

Pidal satisfecho con las noticias de Lisboa puede comunicar el 5 de enero al resto de las seis capitales concernidas por la invitación española, acaso con cierto triunfalismo pero también seguramente por necesidades suasorias, de que ya se cuenta con la adhesión plena de un país, Portugal (90). Cuando mes y medio más tarde la iniciativa española sea transformada por la propia Curia en una llamada a cuatro países y Portugal quede excluido, Madrid se interesará ante Gaeta por la exclusión de su hermana peninsular en razón, se dice, de su condición de "hermana y aliada natural" de España (91).

El tercer país que responde a vuelta de correo es Nápoles. Las relaciones de la diplomacia española con los personalidades del poder en Nápoles, al menos en la fase de gobiernos moderados españoles, son todo lo confiadas y amistosas que pueden suponerse entre dos Cortes de la misma familia borbónica, ligados con parentescos tan antiguos y en el momento presente tan estrechos como lo prueba el interés de la Corte Napolitana en incorporar a España como miembro a las negociaciones de Sicilia promovidas por Inglaterra y Francia (92). Fundado en tal costumbre, Martínez de la Rosa a fines de diciembre tiene oportunidad de conversar tanto con el general napolitano Filangieri, pronto para salir a Messina a proseguir la reconquista de Sicilia, como con el propio Rey de las Dos Sicilias acerca de la crisis pontificia (93).

Monarca y general napolitanos en entrevistas separadas pero previamente entre ellos concertadas,

requieren a Martínez de la Rosa a que sea España la que de inmediato y por sí sola organice una expedición para la recuperación de los Estados Pontificios. Como fórmula de actuación, precisaba el general, bastaría que Pío IX escribiera una carta a la Reina Isabel II solicitando su intervención y que un Delegado Pontificio enviado al efecto a Viena y a París lograra la aquiescencia de estos dos estados para semejante acción. Poco añade el Rey a esta sugerencia como no fuera ponderar que una expedición española sería mejor vista en Italia que la de ninguna otra Potencia, en razón de la carencia de intereses políticos directos.

Fácilmente puede presumirse que la respuesta de Martínez de la Rosa fuera de cerrada negativa. La cuestión romana siendo asunto que concierne a todas las naciones católicas, España nunca obraría sola y un paso aislado en este terreno fácilmente le acarrearía graves complicaciones. Es uno de los límites que el realismo del gobierno narvaizino pone al deseo de manifestar la raigambre pro-pontificia de la Corona española.

Ambas conversaciones del embajador no tienen otra trascendencia que la meramente informativa y jamás se volvería a hablar entre ellos del asunto; bien se encarga de subrayarlo Martínez de la Rosa al puntualizar que esta inspiración tiene origen únicamente napolitano ya que "si bien S. Santidad tiene su mayor confianza en el Gobierno español y desea que nuestras armas contribuyan a restablecerle en sus dominios y sagrada autoridad, no me ha manifestado hasta ahora la idea que llevo hecho mérito" (94).

Esta digresión en cuanto anécdota refleja de una confianza entre ambas Coronas por sí misma nada ayuda a comprender y ni siquiera a sospechar sobre la actitud de fondo del reino napolitano al ideado Congreso católico. La respuesta de Nápoles a la Circular española se dará evidentemente en dos

tiempos y en algún modo uno será contradictoria del otro, no tanto quizás por la oposición de contenidos entre sí cuanto por el contrastado sentimiento que crean en la parte española; satisfacción de satisfacción en el primer caso y de decepción en el segundo contribuyendo por lo menos a retrasar la reunión de los estados católicos, si no es incluso a modificar la naturaleza misma de la iniciativa hispana. En este apartado hablaremos únicamente de la primera reacción napolitana; más abajo analizaremos la segunda.

El mismo día 2 de enero en que Martínez de la Rosa arribando precipitadamente de Nápoles a Gaeta exponía al Papa y a su Secretario de Estado el plan congresual español, inmediatamente después conferenciaba asimismo con el Rey de Nápoles a la sazón en la plaza militar, tras haberse puesto de acuerdo para tal entrevista con el embajador español en la ciudad partenopea Duque de Rivas. Dado que Fernando II desde que Pío IX se hallaba en dicha plaza pasaba jornadas prolongadas junto al Papa hasta ocasionar graves retrasos a los asuntos de gobierno de su propio Estado, el propio Duque de Rivas accede de buen grado a que sea Martínez de la Rosa quien en su nombre habló directamente con el Soberano de tan importante cuestión, al tiempo que él entregaría una copia de la misma Circular al Príncipe Cariati, Presidente del Consejo a la sazón y residente en la capital. En Gaeta podría prepararse el ánimo del Rey favorablemente a la propuesta española antes de que le llegara la comunicación oficial de dicho proyecto de manos de su primer ministro para deliberar en consecuencia (95).

La reacción espontánea de Fernando II es incondicionalmente favorable y en apariencia muy entusiasta: "ha convenido completamente en todas las ideas en él expresadas, anticipándose algunas veces a su mismo contexto". El Soberano, manifestando el deseo de proceder en todo de acuerdo con el gobierno español, está dispuesto a aceptar todas

las cuestiones adyacentes a la reunión misma: el que no se mezclen en ella las cuestiones italianas por tratarse de una cuestión católica, superior por su misma naturaleza; que le es indiferente que la reunión se celebre en las islas Baleares o en cualquier otra ciudad del litoral español y, en fin, que está dispuesto a nombrar inmediatamente al correspondiente plenipotenciario napolitano. Martínez de la Rosa se las promete muy felices, concluyendo el despacho con un toque de euforia al decir que la negociación ha comenzado "bajo favorables auspicios" (96).

La paralela conferencia del Duque de Rivas con el Príncipe de Cariati en la capital es algo más incisiva y le da ocasión al embajador para entrar a fondo en la defensa de alguna ciudad española como sede preferible del Congreso; el argumento se basaba en explotar las mejores condiciones de paz y neutralidad de una ciudad española en comparación con otras de Francia, Austria y Nápoles. Pero el Duque se olvida voluntariamente de tener en cuenta otras cosas. La respuesta del primer ministro napolitano, aunque el embajador pretende entenderla como afirmativa, de hecho es simplemente evasiva ya que remite la respuesta formal y definitiva al retorno del Rey a la capital (97).

Cuando el día 8 llega el Rey a Nápoles y el Duque de Rivas se apresura a plantearle la grave cuestión, aquél aparentando sugerir un deseo nada concretado menciona ya los dos obstáculos que Nápoles interpondrá en la trayectoria del plan español: la ampliación de la convocatoria a países no sociológicamente católicos como Inglaterra, Rusia y Prusia y la fijación como sede sede de la conferencia a alguna ciudad de Nápoles en razón de la proximidad de la actual residencia del Papa (98). Más abajo veremos qué influencia tuvieron las modificaciones napolitanas en el iter de la organización congresual.

la última Corte europea de la que podía presumirse una automática adhesión a la reunión española era Baviera; su representante ante el Papa Conde de Spaur, el caballero romántico que sacó al Papa de Roma llevándolo hasta la frontera napolitana, objeto ahora en Gaeta de las simpatías y homenajes de la Curia, no podía menos de recibir con alborozo la iniciativa española al conocerla de labios de Martínez de la Rosa destinado por su gobierno para hacerle entrega de la comunicación oficial española a la Corte bávara, mediación ésta obligada por carecer España de legación diplomática expresa en Munich (99).

La respuesta de dicha Corte se hizo esperar hasta primeros de marzo sin que la explicación de las dificultades de comunicación exhibida parezca razón convincente. En realidad, la diplomacia del reino de Baviera estaba garantizada por la Corte de Viena que se encargaba de representar sus intereses en el extranjero; la Legación ante el Papa encarnada por Spaur era de hecho una excepción. En cualquier caso, el lector debe suponer que la respuesta del reino bávaro fué favorable a la iniciativa (100).

#### **Austria y Francia obligado tránsito de la crisis romana y del Congreso español**

Aunque la invitación española a concertarse en auxilio del Papa estaba concebida y formulada con cláusulas de igual consideración política a los siete países católicos invitados, se sabía que la suerte definitiva del plan dependería de la aceptación o rechazo, simpatía o desdén con el que fuese acogida en las dos cancillerías consideradas católicas dentro del club convencional de las cinco grandes potencias europeas, Austria y Francia.

No poseyendo España en la actualidad en el concierto europeo de naciones el peso político de épocas pasadas, se comprende muy bien que su reaparición en los foros diplomáticos en un conflicto extrapeninsular, tras tantos años de repliegue, lo hiciese de la mano de uno de los grandes que para Madrid - lástima de la ausencia de Guizot quizás nostálgicamente echado de menos por más de un moderado - no podía ser otro que Francia, a pesar de su condición ahora de país republicano. Así lo entendió Pidal quien apenas supo del angustioso trance de la huida papal lanzó a primeros de diciembre un cable a París solicitando la mutua colaboración en la restauración pontificia.

El proyectado congreso refiriéndose además a un asunto concerniente a Italia abocaba forzosamente a la diplomacia española a encontrarse en el camino con Austria, potencia al margen de la cual nada sucedía en dicha Península desde 1815. Ahora bien, para Madrid Viena era una Corte no sólo geográfica sino psicológicamente distante para la amistad y extraña todavía para una concertación y ello no por la importancia de sus intereses enfrentados ni mucho menos por las diferencias ideológicas actuales cuanto por lo reciente de las heridas de un pasado conflictivo e incluso porque tras la reanudación de las relaciones, apenas si las legaciones recién abiertas en cada capital habían comenzado su regular funcionamiento; al menos por lo que hace a la legación española en Viena, a comienzos del '49, ni siquiera había sido ocupada por su embajador titular. Este handicap técnico privaba al éxito del congreso católico de un soporte fundamental.

Pero hay algo mucho más decisivo y complicado en el iter organizativo de dicha reunión: toda iniciativa española en el ámbito italiano y romano significa en último extremo interferirse como convidado extraño en una especie de dominio reservado de Francia y Austria; convertirse en un testigo incómodo de una historia secular de rivalidades

de ambas potencias en la Península italiana, acostumbradas las dos a compartir victorias y quebrantos y sobre todo a neutralizarse mutuamente. Cualquier nueva fuerza presente en tal forcejeo debería, si no alinearse a favor de una u otra anterior, si al menos verse de algún modo implicada en las opciones políticas de alguna de ellas.

Esta rivalidad saldada en 1815 en hegemonía favorabilísima al absolutismo austriaco, la Monarquía luisfelipista de julio de 1830 la neutralizó en favor de los ideales liberales, aunque en muy modesta medida, a través de los episodios revolucionarios de Italia de 1831-32. Sin embargo, uno de los capítulos de acusación más enérgicos contra Guizot en vísperas del '48 por parte de la oposición orleanista era su excesiva debilidad y condescendencia con Metternich en la política italiana (101).

Cuando llega la explosión revolucionaria del '48 esta dicotomía simbólico-ideológica representada por cada potencia se acrecentó en grado extremo. Para la II República Francesa pocas causas políticas exteriores merecían mayor simpatía que la liberación de Italia de su ocupante austriaco; correlativamente, los patriotas italianos fueran éstos moderados o radicales miraban a los republicanos franceses como a sus aliados objetivos y hermanos mayores (102). Pero a su vez, la monarquía austriaca tras su nueva victoria militar en Italia en 1848, redoraba ante la opinión pública su viejo blasón de símbolo del absolutismo, significación política muy bien entendida por quienes en la Península, apenas implantadas las libertades, soñaban con la vuelta al statu quo ante dirigiendo sus miradas hacia Viena en busca de salvación (103).

Sobre el fondo de tales premisas ¿cómo podría acceder la República Francesa al menor gesto político que significara su colaboración en Italia de la mano de

Austria, siquiera fuera en el caso excepcional de la defensa del Papado, en virtud del común patrimonio católico de ambos pueblos? y por lo que concierne a nuestro tema ¿qué suerte cabía augurar a la propuesta española de un Congreso de restauración del Papa, congreso en la mente del convocante restringido al aspecto católico del problema, con exclusión de su vertiente italiana?

Este escollo franco-austríaco que bien podríamos considerarlo como estructural y que se cierne como grave obstáculo sobre todo el proceso de la iniciativa española, se ve agravado además por un problema coyuntural igualmente importante para cada uno de los dos citados países, al verse inmersos justamente en los días de la huida papal a Gaeta en cambios políticos internos de primerísima magnitud y que afectan a la reorientación fundamental de sus políticas.

Este paralelismo aunque puramente casual conviene subrayarlo no para otorgar a la coincidencia una significación exhaustiva pero sí para ponderar la lentitud y circunspección con que ambas nuevas administraciones de Viena y París se producen en la formulación de su nueva política exterior y consiguientemente en la cuestión romana y en su fórmula salvadora puesta por España sobre la mesa a través del Congreso católico.

En efecto, El 21 de noviembre, en los días mismos de la ejecución de la fuga pontificia, accede a la presidencia del Gobierno austríaco Felix de Schwartzenberg, que será artífice de la enérgica restauración ausbúrguica y el 2 de diciembre se produce el cambio de titular de la Corona Imperial (Fernando I es sustituido por su sobrino, joven de dieciocho años, Francisco José I). A su vez, en París las elecciones del 10 de diciembre elevan ante el pasmo general a la suprema jefatura republicana como primer Presidente electo

por sufragio universal por primera vez en Francia al Príncipe Luis Napoleón Bonaparte.

Ni en uno u otro caso, se trata de un cambio político de mera fachada, sino del comienzo de una etapa política con reformas y operaciones políticas de alcance histórico. En Austria fortaleciendo la monarquía mediante la centralización política y un absolutismo remozado; en Francia neutralizando el republicanismo declinante para afirmarse una praxis presidencialista que en tres años ha de culminar en un poder autocrático bajo el señuelo del Imperio napoleónico.

Ambos acontecimientos comportarán de inmediato el estreno en las tareas de gobierno de nuevos equipos afanados por redefinir una nueva estrategia global y una política exterior coherente con ella; todo lo cual comporta un tour d'horizon general de la situación internacional y para todo ello se requiere tiempo. Por lo mismo, tanto Viena como París tardan un tiempo excepcionalmente largo en la búsqueda de soluciones a la crisis romana e igual excepcional silencio guardan ante la propuesta española, de tal forma que el celo de Pidal lanzando a bote pronto la idea congresual no encuentra el eco esperado ni la consiguiente recompensa de una diligente respuesta de sus partners más decisivos Francia y Austria. Podría decirse irónicamente que la huída papal vista desde el calendario franco-austríaco fué un prodigio de inoportunidad.

A fin de entender con cierta precisión el retraso y la paralización que el conflicto austro-francés inflige a la diplomacia española y valorar las poderosas razones de que esto sucediera así, quisiéramos esbozar por medio de un breve excursus el proceso de nacimiento y la significación política de los nuevos gobiernos de París y de Viena formulando los presupuestos de partida de su política exterior.

La restauración austriaca  
de la mano de Schwartzenberg

El seísmo que ha azotado a la Monarquía de los Habsburgos en 1848 tanto en su propio núcleo vienés como en Hungría e Italia deja huellas muy profundas en el cuerpo social de sus diversos pueblos y aunque la revolución puede darse por globalmente dominada tras la reconquista de la capital a comienzos de noviembre, el estado de sitio y la represión que se prolonga hasta la primavera del '49 encuentra su justificación nacional en la permanencia de la insurrección húngara encabezada por Kossuth que no se lograría doblegarla hasta mayo del mismo año no sin pagar el alto precio político de la ayuda militar rusa (104).

Una situación política tan delicada exigirá larga convalecencia dedicada prioritariamente a la política interior, a la remodelación administrativa y política del pluriétnico estado con una inspiración que si originariamente aparentó ser liberal pronto declinó hacia el absolutismo - la limitada constitución concedida en 1849 jamás fué aplicada y se abolió a fines de 1851 - con una técnica de estado unitario y jacobino, a juicio de Taylor, por primera y última vez en la historia de los Habsburgos (105).

Por ello, la diplomacia vienesa, a pesar de la atención que le exige la complejidad y pluralidad de sus conflictos exteriores e incluso depender su dirección del propio presidente del gabinete que acumulaba ambo cargos - quizás por todo esto - la actividad diplomática aparece como subalterna en comparación con otros asuntos de Estado y sobre todo es defensiva, prudente hasta el securitarismo y sobre todo muy realista. Más tarde veremos en qué se concretaba todo ello;

de momento veamos con detención la entidad de las dificultades internas del Imperio.

En sucesivos momentos de 1848 ¿quién no hubiese pronosticado el fin del Imperio austriaco? (106). La caída y exilio de Metternich en marzo; sigue el territorio lombardo-véneto en llamas y el ataque del ejército piamontés; más tarde siguen las reclamaciones nacionalistas de Praga y Budapest; en mayo la creación en la capital de un Comité Central dirigida por la izquierda radical que exigía una constitución fundada en la soberanía popular y que obligan a la Corte a refugiarse hasta agosto en Innsbruck.

Con ser mucho todo eso, no todo había terminado pues el levantamiento del mes de octubre, tercer y más radical rebrote revolucionario del año con la alianza de los demócratas vieneses y la nobleza magiar pone en cuestión la autoridad imperial con la Corte otra vez en huída - esta vez en Olmütz (Olomouc) en Moravia - y la capital de la monarquía a merced de una minoría de diputados radicales del Reichstag que pretendían nada menos que destruir el Imperio en beneficio de una Alemania nacional. Este enfrentamiento lejos de un conflicto social de clase era una clara lucha de nacionalidades que para fortuna de la Corona o por habilidad de la misma puso a los checos e incluso a los húngaros (siquiera negativamente) del lado de la Corona contra los patriotas alemanes favorables a la asamblea de Frankfurt (107).

La inviabilidad ilusoria de una empresa tan rupturista como la de los radicales de la que las provincias austríacas ni siquiera se habían interesado, permitió a la Corte desde la lejanía de Olmütz pero militarmente bien protegida, recuperar la iniciativa política e invertir el curso de las cosas: tras ordenar a los diputados del Reichstag que se trasladaran a Kremsier (Kromerice) junto al emperador, lográndolo con éxito, se encomendó al mariscal

Windischgrätz, el militar más en boga de la hora, ayudado por un contingente croata encabezado por Jellatchitch (Jellacic), la operación de asedió y asalto de la capital, no sin verse obligados para conquistarla (1 de noviembre) a un arriesgado bombardeo seguido de una terrible represión con un estado de sitio mantenido hasta mayo del '49. El problema húngaro habría de continuar asimismo hasta dichas fechas (108).

De tales dramáticos acontecimientos vieneses arranca la resolución de iniciar una reconstrucción del Imperio austríaco en clave restauracionista y el hombre que personifica esta nueva energía política es el Príncipe Felix de Schwartzenberg (109). No parece demasiado convincente parangonar a este soldado y diplomático de formación, con la gran figura del retirado Metternich; el actual gobernante es un aristócrata austríaco puro, careciendo del cosmopolitismo y del europeísmo ilustrado del predecesor adquirido en la reflexión y en una largísima carrera política (110). Pero sobre todo, ambos gobernaron en momentos muy distintos y los de Schwartzenberg tras la primavera de los pueblos y el reciente desafío a la Corona de los demócratas radicales eran sin duda más difíciles; ya que una vez que la idea dinástica pacífica e inconscientemente vivida durante tanto tiempo, era sustituida por la idea austríaca, perdiendo sin embargo aquélla su halo sagrado, era asimilable al resto de las causas políticas y su vigencia, sometida a la usura de lo contingente, dependería de la justificación intelectual y de la voluntad política impresa en pugna con otras ideas (111).

Ninguna manifestación más convincente y palmaria para desvelar la voluntad de iniciar una nueva época política en Viena que la trascendental medida de sustituir al desprestigiado emperador Fernando I sobre todo con el episodio de su humillante viaje a Budapest accediendo a todas las demandas húngaras (las leyes de abril), que era tanto como legalizar la revolución nacional magiar y reducir el poder del

monarca a una soberanía pro forma. El nuevo jovencísimo Soberano a cuyo nombre tradicional de Francisco se le añade el de José en recuerdo del déspota ilustrado del XVIII el emperador del pueblo, enseña asimismo con suficiente nitidez el horizonte limitado y casi reaccionario del nuevo impulso (112).

Cabe concluir pues que esta restauración neo-absolutista se hace casi *in integrum* en el capítulo de las libertades y que de las reivindicaciones de marzo y junio solo habría de quedar como irreversible la abolición del régimen feudal. El Príncipe de Schwartzenberg tratará de recuperar el terreno político perdido, intentando devolver a la Corona todo el brillo y la ambición de su construcción pluriétnica y aplicando para ello un programa de iniciativas en tres direcciones: a/ reconocimiento de la igualdad nacional y racial de las tres etnias germánica, húngara y eslava; b/ activa presencia en la política alemana para garantizar la primacía de los Ausburgos en el centro de Europa, ahora que en el Parlamento de Frankfurt se plantea el proyecto unitario de la pequeña o gran Alemania; c/ una más moderna y sólida centralización administrativa para compensar las concesiones efectuadas en el reconocimiento de la personalidad nacional de las diversas provincias (113).

La política exterior austríaca en el momento en que en Gaeta comienza a soñarse en su ayuda, queda severamente condicionada a este cuadro general necesitado en los primeros meses de prioritaria atención. La diplomacia de Schwartzenberg estará dirigida desde la primera hora hacia Alemania a fin de subrayar la vocación germánica del Imperio precisamente por los rumores interesadamente esparcidos en sentido contrario. Para las provincias italianas, territorios de indiscutible y legítima soberanía austríaca ratificados por el Congreso de Viena, sería suficiente una atención militar defensiva como sucedió en la última campaña contra el Piamonte y lo será, tras el frágil armisticio de agosto todavía en

vigor, en la segunda campaña bélica de marzo del '49. Eso sí, a través de la inserción de la Monarquía plurinacional en el cuerpo germánico se pensaba que podrían lograrse beneficios sustanciosos para la consolidación de los dominios en Italia y en el caso de que las nacionalidades no germánicas se mostrasen díscolas y turbulentas, cabría solicitar la solidaridad del federalismo germánico (114).

Tras la atención prestada a las cuestiones germánicas, la diplomacia vienesa comienza a cultivar otra veta fundamental de su nueva política exterior, la resistencia a Inglaterra. En efecto, ¿quién sino el bullicioso jefe de la diplomacia inglesa Palmerston podía ser la *bestia negra* (Moscati) del absolutismo austríaco dando alas a todas las aventuras revolucionarias europeas incluídas las de los patriotas italianos? (115). Ahora que la huída del Papa y el caos que en Roma se seguiría eran ejemplos de una Italia entregada a todos los excesos y por ello testimonio claro del fracaso de la política italiana del ministro inglés ¿no habría llegado el momento de abrir una brecha en la bipolar alianza entre ambas orillas de la Mancha, uniéndose a Francia que al hacerse bonapartista avanzaba hacia la moderación? (116).

Que esta nueva ruta hubiera de trazarse colaborando con un régimen republicano tan ardiente como el de París y a mayor abundamiento presidido por un Bonaparte, nombre que a orillas del Danubio no podía evocar sino recuerdos bastante amargos, entraba dentro de los sacrificios impuestos por el realismo político en el que Schwartzenberg sabreale calificadamente (117).

Este novedoso giro no sería nada fácil y por supuesto habría de encontrar la resistencia de los republicanos franceses, nada proclives a colaborar con la Monarquía habsbúrguica; lo importante era lograr el primer punto de sutura; conseguido el primer gesto de colaboración de

París cuya moderación ya se vislumbraba en los resultados de la elección presidencial y contando con la militancia de los católicos franceses dispuestos a ayudar al Papa en su retorno a Roma, podría lograrse tal resultado. Además, aliados a los conservadores franceses, se estaría en condiciones de comenzar a liberarse de la tutela de Rusia (118).

La nueva estrategia de Viena miraba, en fin, a otro horizonte igualmente vital si pensamos en su actual situación de "ni guerra ni paz" con el Piamonte: ¿no podría neutralizarse la alianza anglo-francesa en el Norte de Italia a favor de Cerdeña con otra alianza franco-austríaca en Roma equilibrando y si posible eliminando la primera? Queda, en fin, otra especulación que a modo de ambicioso sueño pudo correr por la mente del estadista vienés: "hacer participar a Francia en una empresa tan claramente conservadora como la restauración papal y asociarla de ese modo a la política austríaca comprometería a Francia ante los liberales italianos y europeos realizando la diplomacia austríaca y demoliendo la influencia francesa a un tiempo" (119).

Queda en pié como observación de fondo que la nueva política austríaca consideraba las cuestiones italianas con una atención no desvaída pero sí un tanto derivada. Ello explica su actitud prudentísima en la actual crisis romana, renunciando de entrada a una intervención prepotente y aislada en favor del Pontífice mera continuidad de la diplomacia hegemónica de 1831 (120). Que muchos cardenales y dignatarios de la Curia gaetana especularan ansiosamente con una intervención solitaria del Emperador creyendo poder asistir a la repetición de episodios pasados (121); que incluso los diplomáticos españoles que gestionan el éxito del Congreso de su gobierno se mostraran preocupados por la hipotética intervención solitaria de Viena, resulta hasta cierto punto explicable y sería el reflejo más fiel del peso histórico del hegemonismo austríaco en Italia (122).

**Luis Napoleón Bonaparte**  
**Presidente de la República Francesa**

Si de Viena pasamos a París, los prolegómenos de una política francesa respecto a la restauración pontificia son mucho más difíciles y tortuosos que en la Corte danubiana y su arranque ha de ser más dubitativo y lento afectando de forma notoriamente negativa al desenlace del Congreso que España promueve. En la medida en que la diplomacia española desea ir de la mano de Francia y la política interna gala está llena de incertidumbres, éstas perjudican a aquella.

Convengamos de entrada que el imbroglío político francés, tras la celebración de las elecciones a la presidencia de la República (10 de diciembre), era objetivamente de envergadura y la trayectoria de Francia aparecía ante la opinión pública interior y exterior, como el equívoco más indescifrable e incierto. La II República motor y aliento de las revoluciones europeas del año, sobre todo de las italianas en las jornadas de febrero, a pesar de las jornadas parisinas de junio que atajaron los extremismos sociales, seguía siendo la gran esperanza y protección de los patriotas italianos y en la medida de su condición de gran potencia europea el último recurso material al que recurrir ante el avance de la reacción en la Península.

Pero junto a este proceso histórico se superpone otro no menos real - la elección de un Napoleón con su poder simbólico-histórico lo magnificaba aun más - : la afirmación republicano de signo antirevolucionario de junio gestionado por la mano dura del general Cavaignac esboza ahora con la elección presidencial una tendencia política claramente conservadora y quizás antirepublicana, coyuntura que los

católicos franceses podrían consolidarla convirtiéndola en apoyo incondicional en favor del Papa.

Si la perplejidad sobre el futuro político francés es suma, por lo que toca a Italia es paradójica ya que todas las miradas de la clase política peninsular convergen hacia París, confiado cada grupo en el indefectible apoyo de su partner ideológico; los patriotas moderados tanto como los revolucionarios; los republicanos romanos tanto como la Curia Pontificia, aunque en ésta, la confianza en la inequívoca fidelidad del catolicismo francés estuviera nublada de cierta aprensión ante lo que el sólo nombre de Napoleón suscitaba en su memoria.

A nosotros sólo nos toca asomarnos a la inmensa bibliografía francesa volcada sin tregua en el estudio y en el análisis de esta página fundamental de su historia: primera experiencia de sufragio electoral directo, episodio tan decisivo para el ocaso de la II República como revelador de la verdadera relación de fuerzas en la sociedad francesa. Afloremos someramente las cuestiones fundamentales (123).

Todo lo que se diga acerca de la sorpresa del resultado electoral de la elección presidencial es poco. Los demás candidatos, protagonistas de primerísimo plano en algún instante de aquel épico año y en el caso del favorito Cavaignac ejerciendo el poder como primer hombre de la República, quedaban barridos por un candidato de quien apenas se sabía nada como no fuera la resonancia de su nombre; la amplitud de su victoria no era otro de los aspectos menos desdeñables ya que el 74% de los votantes le otorgaban la confianza (124).

La sorpresa de los profesionales de la política (prensa y Asamblea Nacional, etc ...) fué tanta que aun siendo comprensivos con la imperfección de los métodos de

escrutinio de la época, es difícilmente excusable la conducta de una Asamblea democrática que trató diez días en decidirse a hacer oficialmente público el veredicto de las urnas ( 20 de diciembre) y proclamar al vencedor recibiendo su juramento (125).

En términos estrictamente políticos la sorprendente elección significaba una humillante derrota del republicanism hasta temer por su supervivencia; la todopoderosa Asamblea Nacional Constituyente, aun antes de coronar la tarea constructora del nuevo régimen, era desautorizada de manera tan inmisericorde al despojársele de hecho de la representación de la voluntad popular. En suma, el poder cambiaba de manos, es decir, pasaba del legislativo al ejecutivo ya que el gobierno que naciera de la nueva situación, aunque prisionero de una constitución muy parlamentaria, al tener a la cabeza a un Presidente investido por el sufragio popular y gozando por ello del sello de la última legitimidad democrática, haría valer su preeminencia ante el legislativo en las duras luchas parlamentarias que se avecinaban.

El presentido nuevo primer ministro Odilón Barrot tenía clara conciencia de que en la incierta y difícil etapa que se abría ésta era la baza fundamental en la que se debería apoyar su gestión (126).

La irrupción del bonapartismo en la escena francesa no encuentra entre los historiadores fácil explicación. De entrada cabe decir que a la fase preparatoria de la elección presidencial no cabe atribuirsele peso decisivo en el resultado hasta tal punto el candidato aparecía para la mayoría como una personalidad desconocida, casi furtivamente llegado al país y a la Asamblea por la puerta discreta de una elección parcial, aunque al final llegara a contar con unos enrolamientos y con una plataforma sin la cual su elección

hubiera sido imposible, pero en la que en verdad muy pocos creyeron (127).

El bonapartismo como organización política no existía en Francia; su campaña electoral habría de reducirse a multiplicar los contactos personales en todas las direcciones - sobre todo familiarizándose con los cuarteles - en búsqueda de esa adhesión popular nacida al margen de las organizaciones políticas, rasgo constitutivo de la utopía bonapartista. Hasta el mismísimo Proudhon invitado a una entrevista con el sobrino del Emperador concluía que en casi todo se habían puesto de acuerdo. Sin duda, el seducido de mayor calibre fué Victor Hugo quien puso a su servicio durante la campaña el periódico *L'Événement* que él lo inspiraba.

Pero el apoyo decisivo al futuro Napoleón III le vino de un avisado núcleo de antiguos orleanistas (Molé, Thiers, Barrot, etc ...) que estaban configurando el parti d'Ordre, el núcleo conservador que Francia necesitaba ante la fragmentación de los republicanos, plataforma conocida como la reunión de la rue de Poitiers. Sobre todo Thiers y Barrot cultivan unas relaciones de convivencia con Luis Napoleón que ellos esperan convertir en tutela política; con todo, la adhesión del grupo a la candidatura no fué oficial y en último extremo cabría calificarla de adhesión negativa ya que la oposición a Cavaignac y la falta de mejor opción tenía al menos tanta parte como las razones positivas (128).

Tanto o más decisivo para la suerte de las elecciones fué el enrolamiento de los católicos a la candidatura bonapartista. El acuerdo tuvo un carácter netamente transaccional y político. Montalembert en nombre de los mismos negoció a dos bandas con Cavaignac y Bonaparte, decidiéndose al fin por éste porque ofreció mejores garantías en las dos cuestiones políticas fundamentales para los católicos: la

enseñanza confesional y sobre todo la defensa del Pontificado (129).

La noticia de la huida de Pío IX a Gaeta cayó sobre el París en plena campaña electoral como un rayo, obligando a los candidatos a definirse en el tema. Cavaignac en el poder, aunque parecía podía ganar la adhesión del voto católico pues se decidió a solicitar de la Asamblea Nacional créditos para el envío inmediato de naves en auxilio de la persona del Papa - votación parlamentaria en la que Napoleón se abstuvo -, el líder católico Montalembert logró de éste último compromisos más sustanciales al respecto; ya que no se trataría únicamente de prestar protección a la persona del Papa sino de defender los derechos de la institución papal (130); además, Luis Napoleón hizo pública una declaración previamente dirigida al Nuncio de Su Santidad en París desaprobando la conducta de su primo Príncipe de Canino, líder revolucionario en Roma (131), gesto que para un revolucionario y amigo de carbonarios como él, no resultaría nada fácil.

Los católicos en cuanto masa de opinión y fuerza social fueron uno de los colectivos franceses que más decididamente giraron en redondo en 1848 desde la lírica libertaria y el socialismo evangélico de la primavera hasta posiciones progresivamente más conservadoras; el miedo al socialismo revolucionario, los excesos de la libertad y el sentimiento de que el catolicismo, a pesar de los flecos liberales de algunas de sus individualidades más brillantes, era un principio de orden, tuvieron que ver tanto o más que las sombrías peripecias de Pío IX en Roma terminadas en fuga (132).

Tópica hasta la saciedad la célebre observación de Marx, preocupado por integrar los hechos en la teoría del materialismo histórico, de que el 10 de diciembre fué el día del golpe de Estado de los campesinos y la revancha

del campo sobre la ciudad . Desde luego no hay lugar a dudas de que el vendaval bonapartista fué menos intenso en las ciudades que en el campo; pero la mera bipolaridad del esquema parece demasiado simple; además todavía quedaría por explicar si el sobresalto debe atribuirse a los notables campesinos en su deseo de imponer el orden o quizás, por el otro extremo del espectro, estemos ante un gesto ácrata de los más desheredados rechazando los impuestos de la República (133).

Minuciosas investigaciones de nuestros días han podido emborronar estas aparentes claridades (134). El reparto del voto bonapartista fué mucho más regular y unánimista a lo largo y ancho de la geografía francesa (en París obtuvo el 58% de los votos) de lo que se pensaba y departamentos de tradición revolucionaria y anticlerical como por ejemplo el Isère le siguieron casi con unanimidad. El bonapartismo recogía en beneficio propio la frustración originada por la II República de tal forma que un mítico nombre colmataba el vacío. Era en cierto modo una victoria de ultratumba del Emperador corso siempre obsesionado por la concepción de fusión, de unión de los franceses no sólo políticamente sino moral y socialmente (135).

El electorado bonapartista del sobrino no será menos, a lo largo de su prolongada trayectoria, una amalgama de votos de la derecha y de la izquierda; un voto muy conservador de notables monárquicos y de campesinos mezclado con un voto popular de aspirantes a un democracia social movidos incluso por intencionalidades golpistas, fenómeno político que, a falta de mejor nombre ha sido calificado no de centrismo consciente pero sí de una posición central de hecho en el espectro político (136).

Las consecuencias políticas de esta inesperada presencia en la magistratura suprema de un Bonaparte con amplios poderes presidenciales son múltiples; las vamos a

circunscribir a tres, a nuestro juicio las más importantes, al menos para la orientación de este trabajo.

En primer lugar, la propia personalidad del nuevo inquilino del Elíseo por ser miembro de la célebre derrocada dinastía, con una niñez y primera juventud marcadas por la desavenencia y separación prácticamente permanentes de sus padres, circunstancia que ante la opinión pública llegaría hasta proyectar una sombra de duda sobre la paternidad real de nuestro protagonista (137).

En la etapa de formación de este joven tiene lugar un proceso muy propio de su generación en Francia: la ascensión del mito de Santa Elena, a la par mito romántico del primer Emperador y mito ideológico de la Revolución (138), ramalazo histórico que impregna de manera obsesiva y quimérica a este vástago quien en virtud de sucesivas muertes de familia quedará constituido por eliminación en heredero del gran corso (139).

Luis Napoleón iniciado en la acción política como revolucionario impregnado de sueños románticos y con escándalo y oposición de sus padres, participa junto a su hermano mayor Napoleón Luis en las revoluciones de Roma y de Las Legaciones pontificias en 1830-31 de las que escapa indemne justamente. Estos escauceos juveniles alimentarían más tarde en su espíritu la vigencia complotista y cesarista del Brumario de su ilustre tío, sobre todo tras entablar amistad con el ex-mariscal Conde de Persigny, que le llevaron a las aventuras golpistas contra la Monarquía de Julio de Strasburgo (1836) y de Boulogne (1840) terminadas en fracaso. Condenado a cadena perpetua por la administración luisfelipista dió con sus huesos en la cárcel de Ham (Picardía) de la que logró huir en 1846 para refugiarse en Inglaterra.

El rasgo más original de la biografía de este hombre radica seguramente en la apasionada convicción con que persigue la traducción de sus ambiciones dinásticas en conquista del poder - conquista en la que él solo cree - mediante la adquisición de conocimientos no sólo de política y de historia sino de economía, finanzas y técnica industrial - preocupaciones en la época inimaginables en pretendiente alguno a un trono cualquiera -; sus diversas estancias en Inglaterra le brindan la ocasión de conocer el pensamiento teórico liberal y las utopías socialistas; todo ello forja en su mente lo que él entiende ser el relanzamiento de "los ideales napoleónicos" a mediados del siglo: síntesis de un poder autoritario, eventualmente dictatorial, adobado en un liberalismo económico; pensamiento que ligado a la fibra populista del poder del César tal como la entendía su tío, le llevan a redactar una obra de talante socialista utópico con el resonante título de *L'Extinction du pauperisme*. Hemos esbozado muy sumariamente lo que será la doctrina oficial del II Imperio a partir de 1851 pero que comienza a ser puesta en práctica con la lentitud y precaución requeridas desde la conquista de la Presidencia de la República (140).

Para los ministros que han de constituir los dos primeros gabinetes tras la jura presidencial, la principal y más espontánea preocupación radicaba en descifrar el carácter secreto y las ocultas intenciones de la personalidad con quien se embarcaban en una incierta aventura. Una rica literatura memorialista nos permite saciar nuestra curiosidad en este punto, aunque sea obligado advertir que la antipatía al hombre del golpe de Estado de 1851 tiene mucho que ver en el retrato de sus perfiles (141).

Acogida cortés pero fría y distante; porte distinguido pero con una mirada ausente; escuchaba con una calma imperturbable, hablaba poco y por añadidura con acento extranjero. Con estas o parecidas pinceladas

caracteriológicas ciertos biógrafos irrumpen en el deslizante mundo introspectivo, presuntuosa tentación de la que no escapan ni siquiera los nombres más prestigiosos (142). Con todo, siendo lo más urgente para sus ministros, antes incluso que vislumbrar su estrategia política a largo plazo, fijar las relaciones cotidianas con él, en esto los cálculos de quienes contribuyeron a promocionarlo fallaron flagrantemente. No iba a ser un hombre manejable a discreción; poseía una preparación mayor que la supuesta y bien pronto dió muestras de una personalidad que entendía hacerla valer (143).

El segundo problema estructural de la política francesa nacía de la nueva experiencia institucional que significaba las relaciones de un Presidente elegido por sufragio universal con su gabinete ministerial. El primer ministro elegido por Luis Napoleón para encauzar esta singular situación, no fué quien la opinión presumía que podría serlo, dada su condición de consejero el más autorizado ante el Príncipe Adolphe Thiers, sino Odilón Barrot, prestigioso parlamentario como jefe de la oposición del régimen recién derrocado, igual que Thiers enrolado en la campaña electoral a favor del nuevo Presidente pero personalidad más aceptable para los republicanos que cualquier otro del partido del Orden. En un prolijo capítulo de sus memorias Barrot nos ha dejado explicado la inspiración política que presidió la formación de su primer gabinete (144).

Un equipo ministerial de coalición compuesto por miembros de las tres sensibilidades políticas de la Asamblea: el partido liberal-constitucional o antigua oposición orleanista de la cual él mismo era un miembro eminente, los legitimistas y los republicanos. En la medida en que los segundos tan sólo tuvieron dos carteras y de los terceros su único representante se retiró del poder a los pocos días, cabe decir que el gobierno coincidía políticamente con la derecha de la Asamblea Nacional que era monárquica de

sentimiento pero que trataría de atraerse a los republicanos más moderados, obligado como estaba a tener en cuenta al bloque más numeroso de la cámara y que en las elecciones había votado a favor del derrotado Cavaignac.

La colaboración entre el Príncipe Presidente y Barrot llegará a durar diez meses (diciembre del '48 a octubre del '49) sucediéndose únicamente dos gabinetes ministeriales, duración que no debe parecer insatisfactoria dado lo transitorio y conflictivo de la situación. El sentimiento común de las responsabilidades de Estado, el trato diario y los peligros políticos que corrían juntos llegaron a establecer relaciones correctas e incluso de afecto entre ellos pero no una ósmosis de ideales ni comunión de convicciones políticas profundas (145). Barrot recién converso al orden a causa de los excesos de la revolución de febrero, era un liberal inspirado en los principios de 1789 y no concebía la acción política más que a través del parlamento uno de cuyos protagonistas más brillantes era él mismo y desde cuya tribuna rendiría los mejores servicios en la actual situación.

Bonaparte en cambio imbuido de una mentalidad cesarista y populista entendía vincular el pueblo francés a su persona y nombre por la vía plebiscitaria del sufragio universal y no había para ello obstáculo mayor que la mediación de las organizaciones políticas y las tareas parlamentarias. La monarquía constitucional le parecía más intolerable incluso que la República misma (146); se llegara a definir esta etapa de la vida política del futuro emperador con la expresión de "ministerio(s) de la cautividad" (Ollivier) (147). Esta contraposición de líneas de fuerza dentro del ejecutivo si tarda en manifestarse al exterior, manteniéndose a pesar de la gravedad de los problemas internos y externos la cohesión suficiente, es a causa de la extrema dureza política con que ambos han de luchar contra la Asamblea Nacional.

Los resultados electorales de la Presidencia en la medida en que habían herido de muerte al republicanism, encrespa febrilmente al Parlamento; encarnación de aquél, obligado ahora a sobrevivir planteando cotidianos obstáculos al ejecutivo (148). La política interior y exterior del primer gabinete Barrot estará condicionadísima por tal hostilidad y la cuestión romana pudiera ser el ejemplo prototípico de este conflicto. Aunque pueda suponerse que al final prevalezca el criterio del gobierno, éste se verá obligado a utilizar toda suerte de tácticas y recursos dialécticos y a la postre las decisiones gubernamentales sufren un notorio retraso cuando no una real paralización.

La negociación diplomática, objeto de nuestro estudio, tiene lugar en este interim y en este clima de recelo parlamentario a las iniciativas gubernamentales a favor del Papa. Los diputados sabiendo que tras la promulgación de la Constitución y la elección presidencial su principal razón de ser se había agotado pretextando defender el régimen republicano por cuya existencia inconfesablemente temían, se aplicaron en la redacción de ciertas leyes orgánicas; pero el gobierno tras algunas transacciones impuso su criterio de dar por acabada la existencia de la Asamblea Constituyente con la convocatoria de nuevas elecciones para el 13 de mayo; no obstante estas cámaras con muerte anunciada funcionaron hasta fines de abril

El punto último del tríptico de cuestiones estructurales de la política francesa que nos hemos propuesto describir en este excursus, se refiere a las ideas de Luis Napoleón sobre Italia y sobre su proyecto patriótica unitario así como las convicciones al respecto de su gabinete, particularmente de sus miembros más directamente interesados en el tema. Sólo entonces habremos puesto las premisas de la diplomacia francesa ante la crisis del Estado pontificio.

En el mundo de las ambiciones políticas de Luis Napoleón Italia ocupaba naturalmente un lugar de elección. El propio origen de la dinastía, el lugar que en su ilustre predecesor ocupó la Península, la tierra de asilo que acogió a la mayor parte de los Bonapartes incluidos a su padre y hermano mayor y sobre todo los devaneos complotistas vividos personalmente en Roma y en las Legaciones en 1830-31 con el doloroso saldo, bien es verdad que no en acción de armas, de la muerte de su hermano Napoleón Luis. Es en Italia en efecto donde adquirió, de joven, experiencia vivida de lo que significan palabras tales como libertad, independencia, pueblo, nación y ahora, desde el poder, no quiere que todo eso quede en un estéril recuerdo romántico (149).

La política napoleónica en la medida que es heredera de su mítico tío debe estar forzosamente inspirada en la destrucción de toda huella establecida en el Congreso de Viena en 1815 que se edificó, según es sabido, sobre la derrota napoleónica y la marginación francesa en Europa. Por dicha lógica la nueva diplomacia francesa deberá oponerse o por lo menos tomar sus distancias de Austria y deberá oponerse netamente al bloque contrarrevolucionario de las Cortes conservadoras de San Petersburgo-Berlín-Viena. La Península italiana podía ser - lo había sido ya en los años precedentes de la Monarquía de julio - el escenario privilegiado de esta confrontación del derecho de las monarquías históricas con el derecho de las nacionalidades, entre las cuales el Príncipe Presidente, poco previsor como la historia se encargará de demostrar, incluía no sólo a los pueblos del Po sino también a los del Rhin, del Danubio y del Vístula (150).

Pero este programa exterior de largo alcance no podía tener de momento demasiado vigencia, primero porque apenas se había tocado el poder con los dedos y segundo porque la actual crisis de los Estados Pontificios planteaban al mundo católico una obligación moral de auxilio al Papa. Luis

Napoleón, también en esto igual que su tío, de fe cristiana poco firme y viva pero de cultura y tradición católicas no era insensible al honor de rendir a la catolicidad y al Pontificado el servicio de la restauración del dominio temporal del Padre común de los fieles (151).

Pero además era consciente de la deuda electoral contraída con la masa católica francesa que tanto contribuyó a llevarle a la presidencia con la esperanza de que defendería incondicionalmente a Pío IX exilado. Para llevar a buen puerto esta iniciativa política había sido incorporado al primer gabinete ministerial como celosísimo vigía de los intereses de la Iglesia el católico legitimista Conde de Falloux en el importantísimo doble puesto de Ministro de Cultos y de Instrucción Pública (152).

Todos los testimonios de época confirman que no fueron motivaciones políticas las que llevaron al poder a dicho monárquico, ideológicamente perdido en un gabinete liberal y extraño en sus hábitos y amistades al resto de sus colegas. Nada cabe oponer a esta constatación confesada sin ambages por el propio interesado (153), a saber, su decidida voluntad de sostener desde el poder los intereses del pontificado romano en estrecha colaboración con la jerarquía eclesiástica (154). Por lo demás, un colega suyo del segundo gabinete Barrot tan fino observador como Tocqueville anota que, a su juicio, Falloux era el ministro más influyente sobre el Presidente y en quien más confiaba éste (155). ¡A fe que tanto en la defensa del Pontificado como en la de la enseñanza privada logró en un breve tiempo de presencia en el ejecutivo resultados nada despreciables!

Prontos a adentrarnos en los entresijos de una negociación diplomática, digamos también una palabra del primer titular de la cartera de Negocios Extranjeros tras la elección presidencial, el diplomático de carrera Drouyn de

Lhuys, quien a lo largo del III Imperio napoleónico iba a ser otras tres veces más promovido a la dirección de la política exterior; esta vez lo fué sin duda porque a su preparación profesional unía la condición de político ligado al partido dominante en el nuevo ministerio Barrot (156).

Ocupaba en la actualidad el prestigioso puesto de presidente de la comisión parlamentaria de Negocios Extranjeros en la Asamblea Nacional; antes de llegar a la cima del cargo había pasado por los escalones inferiores del curriculum diplomático ya que había sido primer secretario de embajada en Madrid y director de asuntos comerciales del ministerio; en discrepancia con la política de Guizot se opuso repetidas veces a su ministerio siendo por ello destituido de su cargo, ocasión que aprovechó la oposición orleanista para recuperarlo a su campo al que ahora pertenecía.

Careciendo de la envergadura política de su colega inglés Palmerston, su gestión en la cuestión romana tejida de pequeños pasos y llevada con insoportable lentitud, seguramente porque así lo exigían lo indefinible de la propia actitud del Presidente y del gabinete mismo, fué bastante acomodaticia y flexible y en definitiva favorable al Papa. Sus convicciones sobre el Papado en cuanto institución temporal se basaban en aquel principio tan clásico y arraigado en la diplomacia europea del tiempo, que el Papado como institución temporal era la cúpula del equilibrio y del orden europeos. Falloux le atribuye esta lapidaria expresión: "Es mejor un buen Papa a uno malo, pero todavía es mejor un mal Papa a ningún Papa" (157).

En la imposibilidad de pasar revista al resto de los miembros del gabinete, digamos que Presidente y gobierno republicanos nacidos de un régimen liberalismo democrático pero alzados al poder con un mandato popular proveniente del sector conservador y católico, eran víctimas

de contradictorias exigencias que se manifestaban no sólo en un enfrentamiento entre unos ministros y otros sino incluso en la conciencia más profunda de algunos de ellos comenzando por el titular (158).

El Presidente estaba obligado a olvidar para algún tiempo sus sueños de propulsor de las nacionalidades oprimidas. El gabinete aunque obstaculizado por una Asamblea favorable a las aspiraciones liberales de los pueblos, sabía que su trayectoria política estaba marcada por el ciclo de restauración del orden y del *statu quo* conservador que vive toda Europa. Aplicado este principio general a la crisis romana no cabía otro camino que el muy estrecho y difícil de "conciliar las aspiraciones de Italia hacia la unidad y la libertad con la existencia del poder temporal de los Papas" (159).

En seguida vamos a ver cómo se suceden diversas iniciativas de reuniones y congresos bien organizados al margen de la crisis pontificia pero que se quería aprovechar para transferir el caso romano bien ideando en la precipitación de la huida papal algo nuevo; también se echara mano de la presión y/o persuasión sobre amigos y adversarios hasta llegar, al fin, a barajar fórmulas de intervención militar en los Estados de la Iglesia, primero dictadas por el nerviosismo y la pánico pero después organizadas por los gobiernos. Francia orquestará con evidente interés toda esta cacofonía bien por la repugnancia a elegir o bien esperando su hora.

Las incógnitas eran múltiples. ¿Cuál habría de ser la receptividad del gobierno francés a las demandas de los patriotas italianos? ¿Pondría en peligro acaso la joven República su amistad con Inglaterra justamente consolidada desde la revolución del '48 invirtiendo alianzas y pasándose al campo de las tres monarquías conservadoras de

Europa de la mano de Austria? Y sobre todo, ¿cómo compaginar el apoyo a la restauración pontificia colaborando con regimenes conservadores sin aparecer ante los liberales de Europa como instrumento de la mencionada política?

### Francia solicitada por los gobiernos católicos

Apenas el 22 de diciembre el nuevo ministro de Negocios Extranjeros Drouyn de Lhuys comunicaba al Cuerpo Diplomático su asunción del cargo, París se convierte en la sede fundamental donde va a librarse la gran batalla de la organización de la restauración pontificia. El nuevo equipo dirigente va a verse de algún modo cortejado por las demandas de gobiernos interesados en la misma como si todos los caminos de la restauración tanto o más que a Gaeta condujeran a París. Asimismo es aquí donde el proyecto español deberá soportar su prueba más difícil mediante una paralización equivalente en la práctica a un bloqueo.

La ofensiva sobre el nuevo ministro la inicia el Nuncio Mons. Fornari el día 23. Las palabras iniciales de Drouyn de Lhuys como correspondía a la circunstancia estaban cuajadas de óptimas intenciones: el nuevo gobierno haría por el Papa más y mejor que el anterior; se accedía con la afirmativa al deseo de la Santa Sede de que el actual representante francés ante Pío IX el Duque d'Harcourt prosiguiera en el cargo, decisión tanto más grata al nuevo ministro cuanto que se honra de haber trabajado juntos en la legación de Madrid, el ministro como secretario a las órdenes del embajador y que ahora por los contragolpes tan típicos de las situaciones revolucionarias se ven uno y otro trastocados en la jerarquía de poder (160).

El día de Navidad Fornari escribe a Gaeta anunciando que el Príncipe Presidente hará llegar al Papa una carta autógrafa comunicándole su exaltación a la magistratura suprema (161). Si bien la primera entrevista de Mons. Fornari con el Presidente es diferida la primera vez que fué solicitada, con todo tiene lugar pocos días después cuando el 1 de enero se acumulan en acto único, con todo el Cuerpo Diplomático invitado al acto, el doble motivo del inicio de las funciones del nuevo Presidente y el comienzo del año. Escuetas palabras protocolarias intercambiadas entre Napoleón y el representante pontificio Decano del Cuerpo Diplomático donde lo que queda en el aire es el interés manifestado por el primer mandatario por la honrosa visita del Papa que Francia la espera con júbilo (162). La pregunta del Nuncio, en un aparte con el ministro de Negocios Extranjeros, sobre los planes del gobierno de responder a la carta latina enviada por el Papa el 4 de diciembre a Cavaignac, descubre que el nuevo ministro ni siquiera su existencia, lo cual da lugar a una entrevista entre ambos al día siguiente.

En esta conversación se entra ya de lleno en al análisis de la cuestión romana. Mons. Fornari suple la falta de información del ministro proveyéndole de la copia de la citada carta pontificia y de otros documentos emanados de Gaeta. A propósito de la citada carta Drouyn de Lhuys preguntó al Nuncio si sabía que el Papa se hubiese dirigido de forma particular a Austria solicitando su socorro; a continuación lanzaba el primer dardo venenoso: "Francia vería con disgusto que el Santo Padre se dirigiera a Austria olvidando dirigirse a ella"; esto haría daño a la causa del Papa haciéndole perder popularidad en Italia y en Francia donde no gusta que Austria sea preferida. Como toma de postura inicial era más que suficiente.

La respuesta de Fornari a falta de más explicaciones del ministro sólo podía estar dictada por el

sentido común: que desconocía tal cosa, que no la creía posible y que lo que a él le constaba solamente era que el Papa había escrito a todos los soberanos de Europa. Por lo demás, Drouyn de Lhuys prodiga buenas palabras y generosas promesas: su gobierno comprendía que la causa del Papa no era equiparable al resto de las cuestiones internacionales; que no habría dificultad en colaborar con Austria y Nápoles y que en cuanto a la conferencia ideada por Madrid de la que el Nuncio se interesa el ministro también creía que una concertación católica previa a la actuación material sería el mejor medio para impedir que la Asamblea Nacional por salvar siquiera el honor de Francia pusiese obstáculos a una intervención contra la rebelión romana (163).

Ya dijimos más arriba que la opción fundamental de la diplomacia española en sus iniciativas sobre la crisis romana y por consiguiente en el lanzamiento del proyecto congresual a las diversas cancillerías católicas estribaba en aparecer de algún modo arropada por la diplomacia francesa. Esta política explica que el gobierno español fuera el primero tras la huida de Pío IX a Gaeta en aproximarse a París al entonces gobierno dirigido por el general Cavaignac solicitando del mismo una concertación hispano-francesa en Roma. Más tarde al decidir el envío de la flotilla a aguas de Gaeta por toda especie de justificación se decía que la decisión se inspiraba en el precedente francés del mes anterior.

Ahora, tras la toma de posesión de Napoleón y la constitución del nuevo gobierno galo el comportamiento español se repite. El que el lanzamiento del Congreso católico se hubiera hecho a iniciativa y cuenta propias nada impide seguir el mismo método de actuación. En la mente de Pidal, París se convertía en la sede fundamental donde la idea del Congreso debería pasar su prueba de fuego y de la que en definitiva dependería su éxito. Gaeta a su vez no

ve las cosas de otro modo. Cuando Martínez de la Rosa encarecía a la administración pontificia que apoyase con sus gestiones el feliz éxito de tal iniciativa, será fundamentalmente al Nuncio en París a quien Antonelli encomiende trabajar el tema (164).

En la primera entrevista entre el Duque de Sotomayor y el nuevo ministro francés que es del 27 de diciembre, aun cuando todavía no hubiese llegado a París la importante Circular de Pidal del día 21 anunciando el proyecto de Congreso, sin embargo el prioritario punto de conversación entre ambos interlocutores se centra en los asuntos de Roma (165). Pesaba sin duda sobre la responsabilidad del embajador el poner al nuevo titular de la cartera de exteriores al corriente de las todavía muy recientes instrucciones de Pidal (5 de diciembre) solicitando una concertación hispano-francesa en el apoyo al Papa.

El día 31 de diciembre, apenas recibida en París la decisiva Circular española, el Duque de Sotomayor se precipita a comunicar la misma a Drouyn de Lhuys. Entregada una copia del texto no pudo abordarse su contenido pues éste último partía para el Consejo de ministros; el embajador pudo al menos arrancarle la promesa de que la idea española fuese tratada en dicha reunión ministerial (166). Al día siguiente nuestro embajador, aprovechando el encuentro con Fornari en la antes citada solemne recepción de felicitaciones al Presidente, le hace partícipe del importante proyecto español; el prelado embajador, a su vez, sin perder tiempo y en la misma recepción comunica las noticias de Madrid al representante lisboeta y le anima a que se ponga de acuerdo con el representante español; el encargado de Negocios de Lisboa Paiva Pereira lo hace de inmediato decidiendo con el Duque de Sotomayor que tras estudio del texto de Pidal se sumará a él interpretando en tal sentido las amplias instrucciones de su gobierno que le marcan la ruta de sumarse a toda iniciativa en favor de la causa pontificia (167).

El celo y la pugnacidad de Fornari, auténtica batuta de dirección del cerco diplomático a la diplomacia francesa por parte de los representantes más interesados en el auxilio al Papa, gana también a su causa la voluntad del representante de Prusia Conde d'Hatzfeld, quien sin representar formalmente a un estado católico pero él mismo de religión católica, pensando que la defensa de la causa del orden sería muy bien vista por su monarca y que los varios millones de católicos de su Reino no le permitían mostrarse indiferente, se suma a la colaboración con los representantes católicos en París (168).

El representante austríaco no estaba por supuesto ausente de esta acción común y solidaria animada por el Nuncio. Pero es fácil comprender que la diplomacia vienesa se desplegara en París con una autonomía y responsabilidad, propias de su condición de gran Potencia que dialoga y negocia en una cuestión como la crisis romana desde una posición de fuerza dada su posición territorial en Italia. Y ello mucho más si consideramos que la conclusión política a la que Schwartzenberg habría de llegar, como lo veremos en seguida, sería que la política austríaca más conveniente en la crisis de los Estados de la Iglesia pasaba por un acuerdo con Francia.

Viena tan convencida estaba de ello que, exceptuada España, es la primera administración que se precipita a dialogar con Francia sobre los asuntos de Roma. Desde la temprana fecha del 20 de diciembre, cuando en Austria difícilmente podía tenerse certeza de la victoria electoral de Napoleón, Schwartzenberg exponía a su Encargado de negocios en París Ludwig von Thom las ideas maestras sobre las que iba a edificarse la política exterior de su gobierno y naturalmente las que deberían guiar su conducta con la República Francesa (169).

Asímismo en fechas casi simultáneas al lanzamiento de la idea pidalina del Congreso, el activo primer ministro Schwartzenberg con fecha del 25 de diciembre dictaba la instrucción fundamental de la conducta austríaca en la crisis romana: la restauración pontificia se haría renunciando a una acción solitaria y recabando la concertación con París. La primera entrevista entre Thom y Drouyn de Lhuys tiene lugar el 31 de diciembre justamente el mismo día en que el Duque de Sotomayor hace entrega de la Circular sobre Congreso católico.

La coincidencia cronológica de la iniciativa de Madrid y la de Viena ante París no tiene más trascendencia que eso, la de la mera coincidencia; el interés y la atención que el gabinete francés consagra a una y otra nada tiene de común; en la negociación con Austria se agota todo un mes de coloquios e intercambio de despachos cruzados entre ambas capitales con la ayuda incluso de un emisario especial, sondeándose en profundidad desde los prejuicios históricos y principios políticos de cada nueva administración hasta las tácticas y ocultas intenciones que cada cual pretende silenciar bajo la proclamada común intención de salvar al Papa.

Junto a este exhaustivo "tour d'horizon" de la situación europea e italiana y de fijación de la posición de cada cual a la que ambas partes recíprocamente se someten, es sobre todo su condición de grandes potencias europeas la que transfiere a esta negociación franco-austríaca su definitiva trascendencia, ya que la solución de la cuestión romana estaba fundamentalmente en sus manos. El eclipse que mientras tanto sufre el Congreso español no puede llevar a engaño a nadie; es la prueba del peso real de España en el concierto de estados aunque éstos sean católicos. Con todo, el plan hispano ni será inútil ni ha de caer en saco roto y al final emerge como una de las fórmulas preparatorias que ayuda a despejar el horizonte ante el fracaso de las negociaciones entre Francia y Austria.

### Fracaso de la concertación austriaca propuesta a Francia

Analizada la crisis de los Estados de la Iglesia en términos de tradición e inercia históricas, fácilmente se podría concluir que Austria por sí sola y sin entrar en el dédalo de una negociación diplomática estaba en las mejores condiciones para devolver al Papa inmediatamente el control de la situación de sus Estados, a poco que el poderoso ejército de Radetzky poco ha victorioso sobre los patriotas italianos y siempre apostado en los límites septentrionales de los Estados Pontificios pasara la frontera y desde Bolonia pusiera en fuga a los promotores de la anarquía romana.

Esta hipotética secuencia de hechos como previsible programa de acción de Schwartzenberg - convengamos que muy añorada e incluso pronosticada sin fundamento por los sectores más filoaustríacos de la Curia gaetana - carecerá ahora de sentido alguno. Austria no estará dispuesta a correr con la responsabilidad de una restauración pontificia en solitario. Dando incluso por olvidada la lacerante herida de los ultrajes inflijidos en el último mes de mayo en Roma a la Legación y a la propia enseña imperial, cuando el embajador hubo de abandonar la Ciudad Eterna, resulta demasiado simple e irrealista y sobre todo muy descontextualizada la hipótesis de que Schwartzenberg tras el gravísimo trance revolucionario vivido en 1848 dentro y fuera de las fronteras vaya a limitarse a repetir en Italia la vieja política metternichiana.

Puesto que la piedra angular de la nueva política en Italia descansaba en neutralizar en la misma el influjo inglés - a juicio de Viena principal causa de la demagogia revolucionaria abatida sobre la Península - en buena lógica dicha tarea habría que proseguirla en París tratando de

distanciar al nuevo poder de la política de Palmerston, según expresiva fórmula contenida en las primeras instrucciones enviadas al Encargado de negocios en París Ludwig von Thom (170).

Se sabía que la tarea sería ardua y que el punto de previsible fricción sería la cuestión romana. La común condición de países católicos ¿sería estímulo suficiente para olvidar antagonismos históricos y diversidades de forma de régimen permitiendo la colaboración entre dos poderes que en Europa encarnaban los principios filosófico-políticos más antagónicos? Claro que en última instancia se trataba de restaurar el honor del Papa humillado contribuyendo a restaurar el orden y la paz social en Europa, tan bien simbolizados con la restauración de los Estados Pontificios. De paso, sería una saludable lección dada a los revolucionarios de Europa entera (171). He aquí el mensaje una y mil veces recitado por los agentes de Schwartzenberg en París.

El 31 de diciembre tenía lugar la primera entrevista entre Drouyn de Lhuys y el Encargado austriaco Thom y con la misma se abre, a partir de las citadas instrucciones de Schwartzenberg, un cauto intercambio de ideas, un sinuoso y difícil forcejeo de propuestas donde el apetito de sondear las intenciones ajenas parece muy superior a la voluntad de tomar decisiones. Thom exponía por primera vez la apertura de su gobierno a Francia en la cuestión romana: Pío IX habiéndose dirigido a la Corte imperial solicitando socorro - gesto papal que en el despacho se presentaba, contra toda verdad, como privativamente efectuado ante Austria - ésta estaba dispuesto a dárselo.

Ahora bien, antes de proceder a la respuesta al Papa se le hacía partícipe a París, dada su condición de gran Potencia católica, de tal demanda en espera de poder conocer la disponibilidad de ésta a la colaboración

en la Península italiana, naturalmente con el deseo de que concurriesen juntas a la restauración pontificia.

Austria de todas formas, decía el mensaje, sola o acompañada estaba dispuesta a trasponer las orillas del Po e introducirse en los dominios de la Iglesia, apenas conocida la actitud de Francia ya que entendía que en este caso la acción debía preceder a toda concertación congresual aunque le parecía justo que, restaurado el Papa en su soberanía, una conferencia de países europeos recompusiese el tablero político de Italia (172).

Las diversas exégesis de este despacho así como las versiones comentadas de la entrevista permiten captar acusadas e interesantes divergencias de matiz en la mayor o menor franqueza y hasta de objetiva dureza exhibida en la misma por ambas partes; lo más sustancial estuvo en la rigidez y firmeza espontáneamente adoptadas por Drouyn de Lhuys a quien produjo estupor la nueva de que el Papa, dirigiéndose únicamente a Austria, se hubiese echado en sus brazos olvidándose de Francia y de que Austria manifestase estar resuelta a intervenir en Roma - con o sin colaboración francesa - sin que mediara negociación diplomática alguna (173)

En espera de las aclaraciones pertinentes acerca de la extraña conducta del Papa para con Francia, la cuestión de una inmediata actuación en el sentir de Drouyn de Lhuys quedaba zanjada ya desde ahora: Francia se opondría frontalmente a toda solitaria intervención austríaca en los Estados Pontificios. ¿Como imaginarse un paseo militar de Radetzky por las Legaciones pontificias ante la pasividad de París teniendo aun presente en la memoria los similares episodios de Ferrara y Bolonia del año ya concluído que tanto revuelo causaron en la Asamblea Nacional francesa?

A la repugnancia francesa a aceptar esta intervención austríaca, en vano Thom se permite recordar que Francia carecía asimismo de derechos para interferirse ahora mismo en los asuntos de Sicilia y que de todas formas lo que Viena perseguía en última instancia no era actuar en solitario sino incorporar a Francia a la empresa de restauración pontificia. A Drouyn de Lhuys toda apelación a las armas como vía de solución le parece rechazable y puesto que concertación solicita el Emperador y se está en vísperas de la celebración de la conferencia de Bruselas, llévase a dicho foro el tema incluyendo la cuestión romana en el marco de los demás problemas italianos. La resistencia del representante austríaco a esta última sugerencia fué total (174). Más abajo lo veremos por qué.

El plan austríaco comunicado a París fué completado con ciertas aclaraciones verbales que sobre el mismo le hiciera Schwartzenberg al Encargado de negocios francés en Viena Mr. De la Cour que puntualmente las transmite a su gobierno (175). En la medida en que estamos ante la iniciativa austríaca reveladora de su voluntad de concertación, no parece un ejercicio inútil la lectura paralela de ambos documentos. Hay en esta misiva del embajador francés mayor énfasis y misterio en las explicaciones prodigadas por Schwartzenberg, sobre la significación de la carta pontificia a Austria solicitando su ayuda; prueba clara de que este truco ideado para impresionar a los franceses tenía una paternidad que no podía venirle de un subalterno cualquiera sino del propio jefe del ejecutivo austríaco ya que la vemos utilizada ante tan decisivo testigo y manejada con una complacencia que no deja de impresionar al interlocutor francés.

De todas formas, observa el canciller austríaco, el que Pío IX desde el primer instante del exilio tornara su mirada hacia Viena era una señal clara de rectificación política del Papado equiparable a una victoria

moral de Austria a la que ésta no podía ser indiferente (176), si se recuerda la humillante retirada del embajador Lützov de la Ciudad Eterna en mayo último; Schwartzenberg (en la misma época embajador en Nápoles había padecido en la ciudad partenopea parecida suerte que su colega) bien podía ahora paladear con cierto ánimo de revancha - "franchement étonné et satisfait à la fois", dice De la Cour - el desamparado y el pánico actuales de la administración pontificia que la petición de protección atestiguaba, recordando las afrentas sufridas en propia carne a causa de la demagogia que ahora padecía el Papa y otorgándole bula de perdón a Pío IX al ponderar ante el representante francés el giro ("revirement") de la Santa Sede (177).

El segundo punto importante del mensaje austríaco en la conversación directa con Schwartzenberg tiene un tono más conminatorio que en las versiones de la conversación de París. Alentado por la demanda de auxilio del Papa, Austria ya había puesto en estado de alerta a las tropas acantonadas en el Po a fin de que ocuparan las Legaciones pontificias; la firmeza de la resolución y el carácter aislado de la iniciativa, siempre por supuesto de naturaleza meramente defensiva, no excluían sin embargo la posibilidad de una colaboración francesa en la misma. La estudiada ambigüedad de la propuesta - intervención armada a la vista por un parte y deseable acuerdo con París por otra - sitúan la negociación en un punto de máxima incerteza y ambigüedad de intenciones, de tal forma que el acercamiento a París parece tener más carácter de presión que de voluntad de concertación.

De todas formas, De la Cour confiesa haber quedado prendado de la persuasiva sinceridad del canciller austríaco quien volverá a repetirle todo el repertorio de consideraciones que aconsejan que París y Viena vayan de la mano en la cuestión romana: la necesidad del mantenimiento del orden en Italia, el papel simbólico del

dominio temporal de los Papas en la paz de Europa, la afinidad de la proposición austríaca con el nuevo giro conservador de la presidencia napoleónica, etc ... (178).

Si la primera confrontación entre el ministro francés y el encargado austríaco cabe suponerla de malograda e incluso de contraproducente, a causa de la prodigalidad de las negativas de uno y otro interlocutor, el hilo no llegó a romperse y la respuesta oficial francesa a la oferta austríaca, analizada en Consejo de Ministros del día 2 y comunicada a Thom el día 5, contra toda previsión, no era frontalmente hostil aunque un largo número de "peros" dejasen las cosas en una nebulosa. Lo sustancial era que París ante la mano tendida de Viena no había vuelto la espalda y que Schwartzemberg ganaba la primera manga al obtener que Francia se vinculara al principio de una acción conjunta en la restauración pontificia (179).

Ahora bien, la aceptación de una entente franco-austríaca en el orden estratégico global de auxilio al Papa quedaba descompensada por la negativa francesa a actuación militar alguna y mucho menos a una acción combinada entre ambas Potencias. La posición francesa en dicho punto no habría de sufrir mutación alguna a lo largo de esta negociación. La obra de la restauración romana debía proceder por la vía de los arreglos políticos y sobre todo por la búsqueda de una reconciliación del Papa con sus súbditos.

La aljaba argumental francesa no estaba vacía de dardos aunque no todos fueran de la misma importancia ni pudieran ser todos ingenuamente exhibidos; al argumento de que dada la ancestral antipatía entre ambas naciones la fraternización de soldados de ambas banderas sería imposible, tenía una respuesta demasiado fácil para Thom: bastaría que los austriacos actuasen por el Norte o el Adriático y los franceses por el Sur o el flanco marítimo de Civitavecchia.

La segunda razón de Drouyn de Lhuys era sin duda la de verdadero peso: siendo cada gobierno símbolo y portavoz de principios políticos antagónicos, es decir, una representando el sistema monárquico y la otra el democrático, el gobierno francés no podía admitir verse confundido o identificado ante su opinión y ante los italianos con la contrarrevolución en Roma (180).

Hay que convenir pues que la objeción francesa a secundar a Viena era de carácter estrictamente político y que a pesar de la consideración religiosa y excepcional con la que prácticamente todos los protagonistas estaban dispuestos a considerar la restauración romana, la negación o la obliteración de su inevitable lado político - la revolución romana estaba en manos demócratas republicanos y radicales - favorecía objetivamente a Austria.

En el pulso dialéctico entre Drouyn de Lhuys y Thom eran demasiados los intereses de la Santa Sede en juego como para que su representante en París no osara interponerse en un sentido favorable a su causa que en la circunstancia se traducía por apoyar la tesis de Viena por lo que ésta significaba de inmediato remedio. Fornari que desde el primer instante de la negociación prevé que junto a las dos razones hasta ahora exhibidas por el gobierno francés hay al menos otras dos silenciadas: el temor a la Asamblea Nacional (181) y la catastrófica situación de las finanzas republicanas, organiza su contraofensiva tratando de colmatar el flanco más perjudicial a la Santa Sede: los pretextos dilatorios de París para no actuar, la instalación de la diplomacia francesa en el "esperar y ver", el método de ganar tiempo hasta que el horizonte se despejara por sí mismo ... (182).

Poco valen las retóricas seguridades de Drouyn de Lhuys asegurando a Fornari una y mil veces que es interés de su gobierno el restaurar al Papa en Roma; éste puede

replicarle con un mentís indiscutible, dada la oportunidad de oro que ahora mismo se está desaprovechando al no aceptar la concertación armada con Austria. Gaeta lucha contra el tiempo y desde el primer instante el blanco de los reproches del Nuncio sobre París queda en punto fijo: " Francia ni se atreve a actuar ni, lo que es peor, deja actuar a otros, acrecentando la osadía de los rebeldes romanos".

Ante cerco dialéctico que pone tan al descubierto la conducta francesa, el ministro de exteriores no tiene otro remedio que recurrir a razones de grueso calibre: las armas sólo saben frenar las revoluciones no apagarlas. Por lo mismo Francia no acepta lecciones de eficacia de los demás y cree que lo mejor para Roma es la negociación con los súbditos rebeldes concertada por cauces diplomáticos (183). Más tarde al término de todo el proceso negociador tendremos ocasionar de descubrir qué grado de cinismo encierra esta apelación francesa a la vía pacífica; de momento, mejor será no precipitarse en juicios de valor sobre Drouyn de Lhuys ya que lo único que ahora pretende es salir del paso.

En efecto, la determinación más sólida del Consejo de Ministros destinado a deliberar acerca de la propuesta austriaca será enviar a Viena a uno de sus agentes diplomáticos más cualificados Mr. Human, ex-secretario de la legación en Berlín, para recabar información complementaria de las reales intenciones de Schwartzenberg. Las instrucciones de su gobierno centran su labor de sondeo en dos cuestiones: ante todo, medir el grado de resolución real y los medios materiales que el canciller austriaco estaba dispuesto a poner en la empresa restauradora del Papa. El emisario debería esforzarse a toda costa en paralizar una intervención austriaca en Italia antes de la celebración de la conferencia de Bruselas (184)

El segundo objetivo pretendía ser la respuesta francesa concreta a la concertación solicitada; ya que Austria había sugerido una acción militar combinada en los Estados de la Iglesia, Francia adelantaba en dicho terreno su propia proposición: mientras Austria intimidaría a los súbditos del Papa desde las fronteras septentrionales pero "sin pasar la frontera", Francia por la costa tirrena asumiría sus responsabilidades operativas llegando desde Civitavecchia a Roma (185).

Es fácil suponer que Austria no pudiera tomar en seria consideración un plan que redujese su contribución militar a un papel tan limitado y subalterno, contando en Italia con un ejército de más de cien mil hombres en pié de guerra y perteneciéndole por añadidura la paternidad de semejante actuación concertada (186).

Pero el quiebro táctico francés no dejaba de ser muy hábil ya que la masiva presencia de soldados austríacos en la península - frente a un contingente militar francés que se suponía habría de ser modesto - Francia lo utilizaba como dato para debilitar el razonamiento austríaco; una demostración más de fuerza por parte de ésta exacerbaría a los patriotas italianos y sería vista como una clara amenaza al equilibrio europeo; en cambio, ningún inconveniente se seguiría con la presencia militar francesa que careciendo de intereses inmediatos en Italia podría retirarse una vez terminada su misión (187).

El forcejeo prosigue con nuevas sugerencias y movimientos tácticos. El despacho quizá más completo y clarificador del planteamiento vienés en esta negociación sea el texto de Schwartzenberg a Thom fechado el 17 de enero que contiene las reflexiones e instrucciones de su gobierno extraídas tras concluída la misión exploratoria del Sr. Human. El valor del documento no reside desde luego

en propuesta concreta y genial alguna, pero desde el punto de vista conceptual y teórico contiene el análisis más explícito y riguroso de la diplomacia del Imperio en este instante que nos ha sido posible conocer y que perfila con más nitidez el sentido del acercamiento a París y, por decirlo todo, de la política romana del gobierno austríaco (188).

Viena se ha prestado sin reticencia alguna, ante el encargado francés De la Cour primero y ante el emisario extraordinario Sr. Human después, puntualiza el documento, a desvelar el fondo de sus intenciones en lo concerniente a la causa del Papa con la clara percepción de ser sondeada y examinada por París. No teme aceptar dicha prueba clarificando su propia posición que se resumiría así: tras reiterar su desacuerdo con los mediadores franco-británicos sobre la conferencia de Bruselas - de la que algo diremos inmediatamente - Schwartzenberg subraya con fuerza que toda consideración global de los problemas italianos y naturalmente de Roma, ya que Francia según parece quiere entender la cuestión romana como una pieza más del tablero italiano, debe basarse sobre las resoluciones del Congreso europeo de 1815, base actual del derecho público europeo.

Dejando caer sutilmente la sospecha de una eventual connivencia de Francia con los revolucionarios romanos, el canciller austríaco formula el lamento que para la Cristiandad toda entera significaría el triunfo de la revolución romana y la humillación que implicaría que el obispo de Roma careciera de la plena libertad para gobernar "la sociedad católica, esta vasta monarquía que cuenta súbditos en todos los lugares de la tierra".

Los países limítrofes de los Estados de la Iglesia tienen además una razón complementaria para seguir con esmerada atención la crisis romana a fin de impedir que desde el núcleo anárquico en cuestión el contagio penetre en

sus propios territorios. La causa del Papa coincidiría con la causa del orden y de la paz y "nadie duda que pertenece a Austria y a Francia en su calidad de Potencias católicas de primer rango" hacer frente a esta situación.

En el capítulo de las medidas concretas la nueva contribución austríaca consiste en asociar a Nápoles a la acción armada, propuesta justificada entre otras razones por su condición de huésped del exilado Pontífice pero donde también se desliza un razonamiento del más descarado monarquismo absolutista y que a un gobierno republicano tenía que irritar profundamente, a saber, por ser el Reino las Dos Sicilias el único estado que en Italia haciendo frente a la revolución había sabido defender el trono.

La combinación conjunta de los tres gobiernos Viena lo entendía así: 1º/ tras previa concertación con el Sumo Pontífice cada gobierno procedería a una declaración simultánea dirigida al gobierno provisional rebelde romano donde se manifestase la decidida voluntad de los susodichos a prestar primero el apoyo moral y si preciso fuere el apoyo material para reponerlo en sede en la plenitud de sus derechos. Quizá esto podría crear dentro de los estados romanos el revulsivo suficiente para desembararse por sí mismos del yugo revolucionario. 2º/ transcurrido cierto tiempo si la declaración no hubiese bastado se pasaría a los hechos procediéndose así: Francia desde Civitavecchia a través de una parada marítima amedrentaría a los romanos; los austríacos atravesarían el Po y los napolitanos desde su propia zona limítrofe entrarían en los Estados Pontificios. Todo lo que a partir de este punto de arrancada sucediese habría que dejarlo a las circunstancias, siempre de acuerdo con el Papa (189).

¿Cómo imaginar que Francia pudiese aceptar dicho plan de acción tripartita, mucho más humillante y comprometedor que el anterior pues reduciendo su participación militar a un mero desfile de exhibición o todo lo más de intimidación, agravaba su complicidad con el absolutismo al incorporar a la operación como aliado de guerra a un compañero de armas tan desprestigiado como el rey de Nápoles? La propuesta no podía tener en París otra consistencia que la meramente dialéctica en el sentido de que Austria devolvía la pelota; a papel de comparsa que un estado había querido atribuir al ejército del otro, éste respondía con la misma moneda... y media como era la presencia de Nápoles en la operación.

No sé si para escapar a este *impasse* o para aumentar la confusión, el Príncipe Presidente en persona imaginó una nueva combinación armada que consistía en fundir en un mismo plan el de Austria y el de su enemigo histórico Cerdeña cuyos agentes diplomáticos, como lo vamos a ver enseguida, también se movían en París activamente como candidatos a intervenir en Roma.

Así pues, fruto de la combinación de planes distintos, el gobierno francés aceptaba con sumo gusto la última propuesta de Schwartzenberg en el punto de la contribución meramente moral e intimidatoria de Austria y Francia desde los puntos fronterizos convenidos para cada uno; en el punto de la intervención material y directa de un ejército italiano, introducía en la misma un "leve" cambio: a Nápoles se le asociaría en la operación el Reino del Piamonte.

Drouyn de Lhuys al exponer este plan al encargado austriaco Thom subrayaba con toda franqueza el significado de simetría política que París pretendería atribuir a esta combinación: mientras las armas de Fernando

II representasen a Austria y sus principios políticos absolutistas y monárquicos, el Piamonte sería como el "agente oficioso" de Francia, el símbolo del liberalismo. Desde el punto de vista moral Francia salvaría así su conciencia compatibilizando catolicismo y liberalismo y desde el punto de vista material la eventual debilidad operacional del nada fiable ejército napolitano quedaría cubierta con el apoyo de las tropas de Carlos Alberto. Al representante austriaco tras rechazar instantáneamente la propuesta francesa le faltó tiempo para replicar que la misma era ofensiva para la dignidad de una potencia que se tuviese por tal (190).

Por lo mismo la maniobra francesa carecía de posibilidades de ser tomada en consideración pero no sólo por Austria, sino también por las demás partes concernidas. Ni por el Piamonte que a partir del discurso parlamentario de su monarca el 1 de febrero no habla ya sino en reabrir las hostilidades con Austria para proseguir la guerra del año anterior (191); ni por Nápoles que justamente en febrero rompe sus relaciones con Turín a causa de una cuestión de personalismos naturalmente sobre un fondo político muy tenso (192) y tampoco por la Santa Sede que para estas fechas tiene excluida la invitación a Cerdeña para intervenir militarmente en la restauración de Roma.

Nos parecía obligado detenernos en esta frustrada negociación franco-austriaca a fin de contextualizar con objetividad la difícil navegación del Congreso católico proyectado por el gabinete Narvaez. La laboriosa digresión - todavía no concluida - podrá servir para no caer en extrapolaciones culpabilizadoras de su modesta presencia en la escena internacional. Nación católica de segundo rango comparada con Austria y Francia, toda contribución española a la causa del Papa debería esperar y supeditarse a lo que resolvieran Viena y París. La Santa Sede también se acomodaría a esta situación de hecho.

La conclusión que arroja la negociación Viena-París es la del fracaso y la frustración; tras más de un mes de consultas, desde el punto de vista de los hechos, todo seguía igual. El recíproco sondeo entre ambos gobiernos les había hecho conocerse un poco mejor pero dejaba las espadas en alto.

Descrito el eje diplomático fundamental del que dependía la restauración romana, nos quedan aún por incorporar a la descripción otras iniciativas que se interfieren en el mismo empeño, retrasando la emergencia a la superficie del plan español. La digresión por larga que haya sido está todavía a mitad de camino. Abordemos pues otras tres realidades que engrosan la madeja: la acción de Gioberti en París, los preparativos del Congreso de Bruselas para resolver el contencioso sardo-austríaco y el cambio de orientación que Nápoles pretende dar al Congreso ideado por España.

#### Acción seductora de Gioberti en París

La descripción casi descarnada con que hemos procedido a exponer las negociaciones franco-austríacas podían crear la impresión de que la inserción del Piamonte en la última combinación militar ideada por París tiene más de *impromptus* de mal humor, o puja dialéctica de Drouyn de Lhuys sin otra significación que la improvisación. La verdad está en lo contrario. La aparición del Piamonte en la concertación franco-austríaca era un triunfo de la activa diplomacia giobertiana cuyo diseño federalista italiano antes estudiado tenía su complemento en la búsqueda de apoyos europeos para su política italiana en la Italia central y en Roma (193).

Es fácil suponer que la preocupación mayor de la diplomacia giobertiana al menos ante Londres y París no estaba centrada en la cuestión romana sino en el contencioso bélico con Austria, ahora paralizado y en manos de los dos poderosos mediadores - lo veremos en el apartado siguiente - ; pero cuando a partir de mediados de enero el republicanismo democrático de Toscana y Roma avanza por la ruta de la Constituyente Italiana y el abate torinés programe la invasión militar de estos dos estados del centro de Italia le es insustituible el apoyo diplomático de Londres y París ante quienes juega la baza de un pacificador de Italia central restaurando la monarquía constitucional y por supuesto devolviendo al Papa los Estados Pontificios (194).

El grandioso plan de Gioberti con la capital sarda como cabeza de la Italia federal mientras Roma siguiera siendo el hogar moral y espiritual no pudo menos de seducir al Príncipe Napoleón, a la mayoría de los miembros del gobierno francés y entre ellos al prudente Drouyn de Lhuys, quien justamente en las mismas fechas en que los emisarios sardos batían el cobre en favor del apoyo a su gobierno - tránsito de enero a febrero - en las negociaciones con Thom introduce la pieza piamontesa en el plan de concertación con Austria (195).

Las ventajas para Francia de encomendar a Gioberti funciones de su agente oficioso en la tarea militar de restauración pontificia era, repitámoslo, una hipótesis muy seductora para Francia porque colmando los deseos de los católicos franceses con una acción rápida, le ahorra al gobierno la previsible oposición de la Asamblea en el caso de una movilización militar en Roma y la antipática función de gendarme del Papa ante los rebeldes romanos; pero el plan era totalmente irreal y "quimérico" (De la Gorce) en virtud de la situación interna de Italia como los acontecimientos se encargarían de confirmarlo (196) y muy poco digno del honor y

de la grandeza de Francia como cierto miembro del gobierno se atrevería a denunciar (197).

El plan era tan seductor para el gabinete Barrot que desde fines de enero hasta la caída del gabinete Gioberti el 20 de febrero, Drouyn de Lhuys otorgará a esta fórmula tan manifiesta preferencia que una vez más quedaron paralizadas otras eventuales combinaciones con lo cual una vez más la idea del Congreso español quedaba de hecho relegada.

Dos agentes diplomáticos sardos enviados a París se empeñarían en la tarea. El abate torinés aprovechó la circunstancia del protocolario envío de un emisario extraordinario a felicitar al recién elegido Presidente en nombre de la Corte de Carlos Alberto, para colocar en París al lombardo Conde Arese, viejo amigo de Luis Napoleón en los años de exilio, con instrucciones secretas de solicitar el apoyo incondicional de Francia contra Austria. El genovés Giovanni Ruffini ocupará la legación sarda a orillas del Sena en tiempos de Gioberti en sustitución del embajador Brignole-Sale retirado porque al parecer no había logrado ganar la confianza del poder republicano francés (198).

Las instrucciones de Turín al Conde Arese le impulsaban a superar de algún modo la barrera del pudor cuando no la de la dignidad al identificar al Napoleón sobrino con las glorias de su ilustre tío: el hombre más grande que jamás existió, decía el texto, y cuya gloria se cimentó antes que en otro lugar en suelo italiano, allí precisamente donde ahora Italia suspiraba por su redención con la ayuda de su vástago ... (199). Tal discurso ante el Napoleón ya seducido por la teoría de las nacionalidades no podía tener de momento la respuesta expansiva y prometedora que él mismo hubiese querido brindarle; todo quedó en pretextos evasivos (recién llegado al poder, prisionero de un

gobierno y de una cámara muy coyunturales, la catastrófica situación de las arcas públicas de la República, ...) dejando claro no obstante que su política trataría de ser útil y favorable a la causa italiana.

Estas demandas en la mente de Gioberti se deberían aplicar de forma prioritaria para el caso de la guerra contra Austria, pero estando Cerdeña asimismo cada vez más comprometido en la Italia central también ampliaba dichos requerimientos al caso toscano y romano. Así, al poco de la protesta giobertiana por la presencia de la flotilla española, cuando a Turín llegó la catastrofista noticia de que el Papa había solicitado una intervención aislada de Austria en los Estados Pontificios, una nota sarda al gobierno francés preguntaba si París haría un casus belli de la presencia de bayonetas austríacas en Roma.

La respuesta oficial del ministerio francés no podía ser sino evasiva haciendo observar que únicamente la Asamblea Nacional tenía atribuciones para tomar una decisión en tal cuestión (200). Vale la pena recordar el modo complicado de confección y presentación de esta nota por las maniobras y sutilezas que revela : el Conde Arese antes de dirigirse al ministro correspondiente habría consultado directamente con Napoleón y a los pocos días (2 de febrero) supo de éste que la nota piamontesa le había dado pié para elaborar con el embajador inglés Lord Normanby un proyecto, que esperaba la respuesta de Londres, según el cual ambos gobiernos facilitarían ayuda material al Piamonte para que interviniese en Roma protegiéndola además de un ataque austríaco (201). Complicados ejercicios de salón que a nada conducirían; la misión Arese ni en la cuestión de la mediación franco-británica ni en la cuestión romana obtuvo nada tangible.

Turín no estableció ningún reparto especializado de materias a negociar entre sus dos enviados a París; por ello las instrucciones enviadas el 16 de enero a Ruffini no diferían sustancialmente de las de Arese. En el punto del contencioso antiaustriaco debería esforzarse en que Francia presionando sobre Viena lograra alguna concesión en el Norte de Italia; para ello se le sugería enfatizar el papel internacional de Francia por la gloria que para su política interior y exterior supondría un incisivo apoyo a favor de la liberalización de Italia, causa que devolvería a París el primer rango político en Europa (202).

La entrevista que el 24 de enero Napoleón acompañado de Drouyn de Lhuys concedía a Ruffini demostraba con creces, a juicio de éste, que la administración francesa estaba herida de parálisis en lo concerniente a respaldar siquiera moralmente al Piamonte en una acción bélica contra Austria. A partir de tales informaciones Gioberti, para fines de enero, podía ya percibir el hundimiento de su ambiciosa y audaz política; sus proyectos e iniciativas tácticas tan febrilmente impulsadas se hundían una tras otra (203).

Una nueva entrevista entre el embajador sardo y el ministro de exteriores el día 28 ofrecía una significativa contrapartida a la negativa anterior de no pequeña satisfacción para Turín. Hablando este último de las fórmulas concretas de Francia para liberar Roma, Gioberti podía descubrir en las mismas, más de una huella de su propia política romana. Las preferencias de París se ordenaban del modo siguiente: como plan ideal que se llegara a la mutua reconciliación sin intervención exterior alguna; si necesaria fuera ésta, la encargada de actuar sería el Piamonte u otra potencia italiana; si tuviese que actuar una potencia no italiana, debería carecer de intereses directos en la

Península; si Austria decidiera actuar, Francia no quedaría paralizada sino que se asomaría por el mar Tirreno (204).

Gioberti que en la formulación de su política italiana y europea se había esforzado con su talante filosófico en construir un todo coherente y arduamente veía cómo Francia diseccionaba su esquema adoptando una actitud doble: inflexible para las demandas de reactivación de la guerra contra Austria y comprensión para el papel hegemónico y confederador de Turín en Italia, sobre todo si este filón debilitaba a Austria en la Península, como efectivamente lo hubiese logrado con un protagonismo sardo de primer plano en la restauración papal (205). En tal caso los intereses de París y Turín en Italia se hubiesen dado la mano.

Así pues la que hemos calificado como acción seductora de Gioberti en París no fué totalmente inútil aunque tuviera que conformarse con su programa mínimo. Con todo, la eventualidad de una intervención piemontesa en territorio pontificio con el apoyo de Francia llegó a adquirir en París la suficiente credibilidad como para que Ledru-Rollin, el líder de la izquierda radical y defensor de la causa de los rebeldes romanos en la cámara interrogara el 20 de febrero a Drouyn de Lhuys sobre la materia. Este no lo desmintió limitándose a observar que según sus conocimientos de geografía no creía que el Piemonte limitase con el territorio pontificio de las *Romagne*. Respuesta en verdad evasiva por no decir despectiva.

Pero la fórmula del apoyo francés a la política de Gioberti en Roma sería mucho más matizada de lo que hubiese querido y soñado Ledru-Rollin. Lo que dos días después el mismo ministro en despacho al embajador D'Harcourt a Gaeta proponía eran estas dos directivas: una, que se lograra de la Curia Pontificia la inclusión del Piemonte en la previsible llamada del Papa a intervenir a ciertas

potencias católicas; segunda, que París hacía suyo el criterio de D'Harcourt de que la mejor combinación militar posible para recuperar Roma era la sardo-napolitana (206).

Hasta la caída de Gioberti del poder (21 de febrero) y mientras no haya apremios invencibles Drouyn de Lhuys se aferrará a esta fórmula, sobre todo tras la proclamación de la República en Roma (9 del mismo mes) (207). Fijados como estamos en el escenario diplomático parisino con varias y simultáneas negociaciones en curso, cabe preguntarse por el eco que de la labor de los agentes de Gioberti y sobre todo, de la importancia de la combinación sardo-napolitana propiciada por Francia se percibe en los despachos del Nuncio a la Secretaría de Estado.

Desde que el gobierno francés se había sumado al Congreso español, las gestiones del Nuncio ante Drouyn de Lhuys se centraban como es lógico en fijar una forma concreta de intervención militar en los Estados Pontificios. Situados a comienzos de febrero ante un ejecutivo debatiéndose a vida o muerte contra la Asamblea Nacional en una crisis que muy bien pudo ser del propio régimen, a raíz de las responsabilidades del ejecutivo en la represión de los tumultos del 29 de enero y su correspondiente voto de censura parlamentaria cuyo debate, que resultaría apasionadísimo, se iniciaba el 5 de febrero, no cabía esperar del prudente ministro grandes audacias: Austria y Francia deberían actuar únicamente con su fuerza moral en una especie de paseo intimidatorio, la primera, en las fronteras septentrionales y la segunda en aguas de Civitavecchia (208).

El intercambio entre ambos interlocutores adquiere mayor profundidad cuando en la siguiente entrevista del 14 de febrero, como prólogo que preside la misma, está la recién conocida y traumatizante noticia del derrocamiento

del poder temporal pontificio. En tal solemne momento el ministro no modifica la posición francesa; la responsabilidad de la ejecución material de la restauración correría a cargo de Nápoles y por supuesto del Piamonte, dado que se suponía que la primera de éstas dos carecía de suficiente capacidad operativa para ello además de que su significación política sugería la reacción antiliberal. Era de algún modo la tesis de Gioberti modulada por el pragmatismo francés

Tan sólo ahora Fornari, se diría que absorto en el logro de las instrucciones recibidas en el sentido de lograr que Francia acepte el Congreso español, da muestras de combatividad contra la fórmula sardo-napolitana. Aun careciendo de directivas formales al respecto, reacciona manifestando dudas de la fiabilidad de Cerdeña en una obra pro-pontificia y lamentando que, si tal sucediese, se habría dado razón a Gioberti quien en la célebre polémica con Madrid restringía la legitimidad intervencionista de los países católicos a los países católicos de Italia.

En vano replica Drouyn de Lhuys al Nuncio haciendo valer que Gioberti habiendo roto cualquier relación con los sediciosos de Roma, ofreciendo ahora muestras de razonable moderación como claramente adscrito al campo conservador; que, de todas formas, actuando como mandataria de los otros se le podrían imponer las condiciones que se quisieran. De todas formas en la misma ciudad del Sena Fornari veía confirmada de labios de Thom su impresión de que la participación armada de Cerdeña en los Estados Pontificios sería sencillamente imposible porque Viena jamás lo aceptaría.

En este punto de la discusión Fornari sugiere al ministro de exteriores una nueva combinación posible: ¿por qué no un contingente hispano-napolitano en el que Cerdeña cediera el puesto a España?; fórmula, según él,

más realista ya que podría a la vez dar satisfacción a las susceptibilidades francesas (excluir la intervención propia, impedir la austriaca, delegar el mandato en un país sin intereses directos en Italia) y no ser rechazada por Austria.

Evidentemente Drouyn de Lhuys nada podía objetar contra tal propuesta. Fornari consciente del nuevo portillo abierto en la brecha de los planes franceses corre a ponerse en contacto con el embajador español Duque de Sotomayor para sondearlo acerca de tal eventualidad; la acogida no podía ser más generosa y eufórica; la disponibilidad de España a una combinación hispano-napolitana estaba tan cantada en sus planes que hacía tiempo había sugerido al ministro de Estado Pidal que se enviasen de doce a quince mil hombres a Italia (209).

Con todo lo periférica y marginal que fué la acción de Gioberti en París para el encauzamiento de la política romana tan sólo plasmada en realidad en este plan sardo-napolitano y ello porque satisfacía intereses franceses, lo paradójico fué que fraguó las premisas de una combinación que ponía a España en la primera línea de las responsabilidades. Pero no adelantemos acontecimientos que tiempo habrá para hablar de ello.

¡Sólo a la lentitud del correo cabe atribuir la responsabilidad de estos académicos devaneos! La aceleración de acontecimientos de este mes de febrero se encargaría de barrer las premisas de una alianza sardo-napolitana: el conflicto sardo-napolitano con ocasión del cambio de embajador piemontés en Nápoles (el caso Plezza); Gioberti a punto de salir de la escena por el asunto de la invasión toscana y la invitación del Papa nominalmente a cuatro naciones a reconquistar Roma.

Con todo lo periférica que se quiera, la influencia de Gioberti en París en la cuestión romana - sólo plasmada parcialmente en la abortada combinación sardo-napolitana - tuvo al menos la paradógica virtualidad de catapultar a España a la primera línea de los planes intervencionistas en Italia, objetivo que con tanta energía había combatido referida a ella Gioberti un mes antes.

Pero es que Francia decidía optar por la alternativa de la combinación hispano-napolitana (de ello hablaremos naturalmente pero un poco después). El 21 de febrero Drouyn de Lhuys hacía partícipe a Fornari de que ya se había comunicado a Viena esta nueva opción francesa. El Duque de Sotomayor confirmaba puntualmente la misma gozosa nueva al Nuncio (210). Cuando a los pocos días de esto llegue a París la solemne demanda pontificia de intervención cuatripartita, Drouyn de Lhuys se parapetará en las excelencias del plan hispano-napolitano recién adoptado, tras superar muchas reticencias (211). Era una manera más - una vez más - de ganar tiempo presionado el gabinete Barrot por la Asamblea Nacional.

#### El obstáculo de la conferencia de Bruselas

En las cautelosas negociaciones de concertación sobre Roma entre Francia y Austria, que tan por menudo hemos descrito, una y otra vez se ha cruzado en como extraño meteorito la mención de una conferencia a celebrarse en Bruselas. El tema aunque tagencial a nuestro propósito no podemos dejarlo pasar en silencio (212).

El proyecto de dicha conferencia, nacido entre los mediadores franco-británicos para solventar las

diferencias entre Austria y Cerdeña tras la campaña militar del '48, tenía la ventaja de su prioridad cronológica sobre el proyectado Congreso español y como éste había sido convocado sin haberse celebrado todavía la anterior, no era fácil ser receptivo al lanzamiento del segundo al considerar vía inútil este método de multiplicación de conferencias.

La verdad es que la inspiración que motivaba una y otra conferencia y los protagonistas invitados a las mismas no eran coincidentes; si una pretendía resolver el contencioso austro-sardo, la Circular de Pidal aspiraba a una reunión de concertación de auxilio al Papa; si en la primera debían encontrarse cuatro países (dos de los contendientes y sus dos poderosos mediadores) en la ideada por España asistirían ocho países católicos más el representante pontificio (Inglaterra quedaba fuera).

Ya se sabe que la nonata conferencia de Bruselas habría de morir por imponderables internos a la misma y al dar origen a otro episodio bélico su no celebración selló el fracaso de la mediación franco-británica. Lo que a nosotros nos interesa recordar de la misma es algo tangencial; el tenaz empeño de franceses e ingleses por salvar del naufragio la misma fué tiempo precioso perdido que prolongó el arrinconamiento hasta la paralización de la iniciativa congresual española, particularmente en el caso de Francia cuya titubeante y contemporalizadora diplomacia de los primeras semanas de gestión de Drouyn de Lhuys, a punto estuvo de traducir las intenciones españolas sobre la restauración papal a una incorporación del tema a la agenda bruselense con alarma y rechazo, como puede suponerse, de España y de la Santa Sede. Expliquemos algunos detalles de este cuadro.

La celebración de una conferencia que diera forma de acuerdo jurídico estable al contencioso

austro-sardo en el Norte de Italia estaba programada desde los días mismos de la guerra del '48 pero no llegó a ser formalizada por ejemplo en un punto tan colateral y secundario como la designación de la sede de su celebración hasta fines de noviembre. Dato que sirve de indicio de sus dificultades, la mayor de las cuales era la fluctuación de las bases de discusión o materia a negociar que habían ido fluctuando al ritmo de la suerte de las armas y de la evolución de la situación interior y exterior de los cuatro países concernidos, tanto protagonistas como mediadores.

Cuando Austria acosada por una revuelta interior en la primavera del '48 ve al mismo tiempo a sus tropas de Italia ceder ante los patriotas italianos dispuestos a arrebatarle Lombardía y Venecia, solicitó la mediación inglesa a través del Memorandum Hummelauer que otorgaba al menos sobre el papel la secesión de la Lombardía en beneficio del Piamonte. Pero cuando la suerte de las armas en el mismo escenario se tornó favorable a Viena y el territorio de Cerdeña temió la invasión austríaca, fué el Reino de Carlos Alberto quien solicitó la tregua (armisticio Salasco) confiando a la mediación franco-británico la defensa de sus intereses.

El canciller austríaco a la sazón, el liberal Wessenberg, a ruegos de Francia aceptó la mediación pero precisando que las bases de concertación se determinarían ulteriormente, es decir, tomaba distancias tácitamente de las bases del Memorandum Hummelauer aunque Cerdeña no lo quisiera comprender así quien se imaginaba que la conferencia en perspectiva sería para formalizar la anexión de Lombardía, que sería tanto como pretender lograr de manos de sus mediadores lo que las armas no lo consiguieron en el campo de batalla (213).

A partir de esta situación cuando Viena superando la grave crisis interna del mes de octubre inicia con Schwartzenberg la ya conocida política de reafirmación del Imperio, si bien éste al entrar en sus funciones de ministro de exteriores no puede menos de guardar las formas otorgando su aquiescencia a la mediación y al congreso - no podía cargar con la responsabilidad de una reapertura de las hostilidades - invertirá toda su energía diplomática en liberarse de tal mediación, aproximándose a Francia y redoblando su resistencia incluso con altanería ante Lord Palmerston (214).

En realidad la nueva política austríaca se vió favorecida además por el creciente clima involucionista europeo de la que la propia Londres se haría el intérprete y defensor. Palmerston para los días mismos de la fijación de la sede congresual ya se había resignado a olvidarse de la reivindicación de Lombardía y a acatar en el Norte de Italia el *statu quo* territorial de 1815, convencida de la necesidad de apagar el incendio europeo cuyo peligro ahora podía venir más bien del otro antagonista, es decir, del Piamonte. Ahora bien, si tan solo se trataba de sancionar lo ya existente ¿no bastaban los medios diplomáticos regulares? ¿para qué mantener la celebración de una conferencia cuya inutilidad parecía manifiesta, según reproche formulado, al parecer, por el Principe consorte inglés Alberto? (215).

Por otra parte, la evolución de la política interior de Francia aconsejaba caminar en la misma dirección pacifista. La República si ni siquiera con Cavaignac en aras del espíritu revolucionaria de febrero se había aventurado a transponer con su ejército los Alpes con su ejército en ayuda del Piamonte cuyo engrandecimiento territorial por otra parte los franceses temían, Londres ya no tenía por qué sentir preocupación por una alianza militar

franco-sarda ni temor por el hegemonismo francés en el Norte de Italia, sobre todo tras la llegada de Luis Napoleón Bonaparte al poder.

Esta previsión resultó plenamente exacta y la diplomacia francesa e inglesa descubrieron en su papel de mediadores del conflicto austro-sardo un privilegiado punto de entente. Por ello, de rechazo, la táctica de Schwartzenberg de aproximarse a Francia era más rentable que el belicismo creciente de Cerdeña. La historiografía italiana reprocha a Drouyn de Lhuys el haber cimentado su diplomacia en el viejo principio conservador de "ni hegemonía austríaca en Italia, ni dominio exclusivo del Piamonte en Italia", principio cuya aplicación actual era incompatible, según la misma interpretación, con la defensa de la nacionalidad italiana.

Lo cierto es que el interés de Francia por acelerar la celebración del Congreso no podía identificarse ni con la promesa de exigir a Austria la cesión de Lombardía ni mucho menos con el apoyo de cualquier orden a los planes de reapertura de las hostilidades; las primerísimas instrucciones de Drouyn de Lhuys al embajador francés en Turín Bois le Comte eran taxativas al respecto (216). El emisario francés enviado a la Corte piamontesa a agradecer las felicitaciones al necelecto Luis Napoleón, general Pelet, bajo el pretexto del protocolario rito, llevaba la misión de prodigar consejos de prudencia y de paz dejando bien claro ante el gobierno sardo que si se lanzaba a la aventura de la guerra no podrían contar con la cooperación francesa (217).

El que tales consejos antibelicistas se encomendaran a un militar, a parte de la intencionalidad del gesto, conllevaba otro mensaje más cruel: París igual que Londres se resignaba al *statu quo* en el Norte de Italia. El

general Pelet espetaba a Gioberti una opinión que en la circunstancia no podía ser sólo personal, a saber, que "privada de sus posesiones italianas, Austria no sería más que una Potencia eslava y oriental".

Otro panel del diseño giobertiano que se venía abajo. El que al llegar al poder, en contra de sus opiniones precedentes, había hecho el sacrificio de aceptar la mediación anglo-francesa con la secreta esperanza de que sus poderosos mediadores lograrían para su Corona el territorio lombardo-véneto y el que al iniciar su ofensiva diplomática en París encomendaba a su embajador Ruffini solicitar ayuda para crear una legión de 4.000 voluntarios franceses mas otra legión formada de emigrantes polacos sufría nuevas decepciones. Su voluntarismo llegó al colomo cuando envió al parlamento de Frankfurt un emisario para coaligar a los nacionalistas antiaustriacos: húngaros, checos, croatas, ... (218).

Quien de partida no había creído ni en la mediación ni en el congreso que debía coronarla tampoco pudo quedar encerrado en la trampa de dicha cita cuyo comienzo se eternizaba porque Austria multiplicaba los pretextos dilatorios para eludirla y, sobre todo, porque el clima de Turín se deslizaba mayoritariamente hacia la reanudación de la guerra, como los resultados electorales del 22 de enero lo confirmaron.

El 29 de enero Gioberti enviaba una larga nota a los embajadores inglés y francés en la Corte torinesa en la que haciendo un resumen histórico de la mediación en sus seis meses de existencia concluía que tal situación sólo había servido para rearmar y fortalecer al enemigo, que lo presente era peor que la misma guerra y que si en breve plazo la conferencia no se abría Cerdeña sintiéndose desligada de sus compromisos recuperaría su libertad de acción (219).

Schwartzenberg por su parte a partir de la aceptación formal de su participación en Bruselas había multiplicado los obstáculos a su celebración: elevando consultas, poniendo objeciones (por ejemplo contra la asistencia de Toscana a la conferencia), acotando el temario preciso de la reunión, sugiriendo que si se quisieran estudiar los problemas generales de Italia se invitase, además de las cuatro gobiernos supuestos, a todas las potencias signatarias del Congreso de 1815, etc ...; todo con el propósito decidido de arrancar a Londres y a París seguridades formales por escrito de que al Imperio austriaco no se le exigiría en Bruselas ningún sacrificio territorial en Italia.

Tales propuestas demostraban cuál era el verdadero objetivo del canciller austriaco: poner fin a la mediación y vaciar el congreso de su razón de ser y a fe que lo consiguió. Explotando al máximo el discurso del Rey Carlos Alberto en la solemne apertura del Parlamento subalpino del 1 de febrero, quien hablaba del Reino de Alta Italia, enviaba a los pocos días al Conde de Colloredo a Bruselas pero no en calidad de plenipotenciario sino de momento como enviado extraordinario a Londres, con un largo despacho destinado al gobierno inglés formulando entre otras tres afirmaciones fundamentales: 1º/ que Viena había dado pruebas de moderación no exigiendo en su victoria de 1848 en Italia anexión territorial alguna conformándose con los tratados de 1815; 2º/ que el gobierno imperial deseaba saber si Londres daba su aquiescencia a la pretensión de Carlos Alberto de atribuirse el territorio de Alta Italia en contra de los tratados que regían el derecho público europeo; 3º/ que careciéndose de la base mínima de acuerdo entre las partes en litigio era mejor suspender la reunión programada.

La entrevista del 24 de febrero entre Colloredo y Palmerston encierra el momento culminante de la

mediación y sella su fin, es decir, el abandono de la partida por parte de Palmerston. El punto dialéctico culminante de la conversación estuvo cuando el aristócrata whig reconoció la intangibilidad de las fronteras del Imperio en Italia, a lo que el representante austriaco no pudo menos de replicar: "pues dígalo por escrito"; ello era imposible pues hubiera significado el reconocimiento de un fracaso, gesto nada propio de los grandes (220).

Para medir la importancia del obstáculo bruselense en el éxito o en el fracaso del Congreso español, bástenos con parar mientes en el seguimiento que Nuncio y embajador español en París prestan a los movimientos de Drouyn de Lhuys a sus gestiones sobre la conferencia de mediación. Las dos veces que éste menciona al Nuncio la conferencia de Bruselas el prelado pontificio la excluye rotundamente como foro apropiado. Una vez, arguyendo que no sabría concebirse una reunión sobre los Estados de la Iglesia dominada por Inglaterra, potencia herética (221). Otra vez replicándole cuán distintas son la cita anglo-francesa y la española en su inspiración y en la adscripción religiosa de los estados convocados, en clara alusión a a la temida Inglaterra (222).

No era pues una fantasía el peligro de una involucración de los asuntos de la Iglesia en las conferencias de Bruselas y la mejor prueba estaba en la confesión del embajador inglés en París lord Normanby a Fornari de que su gobierno estaba interesado en la solución de la crisis romana, trabajando para que dicha materia fuese incluida en la agenda de la conferencia de Bruselas bajo el pretexto de ofrecer a la crisis romana una salida más rápida (223).

El Duque de Sotomayor transmite otro testimonio del sentir de Londres deslizado por idéntico

embajador en comentarios esta vez ante el Encargado de Negocios portugués en París, interlocutor más familiar para el británico y más neutral al mismo tiempo que el Nuncio. Pues bien, el gobierno inglés pensaba que el asunto de Roma no tenía la gravedad que se presumía pues nadie había desconocido la potestad espiritual del Papa; clara distinción de los dos poderes que excluía la hipótesis del poder temporal en cuya defensa "una intervención de extraños en ella sería atentar a los derechos de las Naciones". Ya que en Bruselas se debían negociar los asuntos del Piamonte y de la Lombardía era una ocasión muy oportuna para tratar también los de Roma (224).

La reacción más neta y adversa contra las veleidades no ya de Inglaterra sino de Drouyn de Lhuys en la materia está contenida en un despacho de Pidal al Duque de Sotomayor. Enterado por éste de la eventual instrumentalización parisina de la idea de concertación promovida por Madrid transfiriéndola a Bruselas, intento que el embajador español lo califica justamente de mixtificación, el político moderado echa mano una vez más de su acerada pluma para fijar una formulación que plasme en el orden teórico el pensamiento español de la restauración de la manera más rotunda: "las cuestiones de otros estados de Italia que son el objeto de las conferencias de Bruselas nada deben tener en común con la cuestión de Roma, que no es italiana sino católica. Los pueblos romanos no pueden considerarse como una potencia italiana cualquiera sino también como los estados propios de la Iglesia, sometidos a leyes especiales. Esta es la verdadera consideración de los Estados Pontificios y de la cual es preciso partir para apreciar la situación, si se ha de conservar la admirable estructura de la Iglesia Católica" (225).

**Modificaciones napolitanas  
al plan español del Congreso**

Se podría decir que la actitud napolitana ante la propuesta congresual de Madrid se forjó en dos tiempos con notoria diferencia política de uno al otro. En el instante mismo de conocerse el plan tanto el Rey Fernando II como el primer ministro Príncipe de Cariati mostraron un entusiasmo nada convencional y que por lo ahora vamos a ver podríamos calificarlo de primario y obligado hasta tal punto el rey parecía estar investido de la misión religiosa de proteger la causa del Papa (226). Ya hablamos de ello más arriba al comentar las adhesiones fáciles al plan de Madrid.

La reacción refleja y secundaria de Nápoles será más sinuosa intentar aproximar esta iniciativa española al marco de las preocupaciones generales de la monarquía de las Dos Sicilias insertándola en su estrategia política como un instrumento más que le permitiera sacar partido a su súbita promoción al primer rango de la escena internacional europea como país anfitrión del Papa exilado.

No son pues ni los especiales vínculos familiares con la Corona española ni el peso específico propio del Reino de las Dos Sicilias ni su proyección en el proyecto unitario italiano de hecho ahora inexistente ni mucho menos alguna reminiscencia liberal doctrinaria lo que le mueve al gobierno napolitano a ponerse en la primera fila de esta negociación diplomática sino el peso y la gravedad de su propia situación interna que afectaba incluso a la integridad territorial de la Corona siciliana.

De todos los monarcas de Italia fué ciertamente Fernando II quién vivió de manera más temprana y traumática los avatares del '48. Baste mencionar que la

insurrección siciliana y la revuelta de la propia capital fueron los primeros brotes que obligaron al monarca borbón y tras él al resto de los reyes de la Península a proceder a la concesión de las libertades constitucionales. Pero el reino de Nápoles fué asimismo quien inició el proceso rectificador bien es verdad que al precio de una acción callejera sangrienta (mayo del '48) seguida de una feroz represión que consolidaron la mala opinión del Reino en el resto de Italia y de Europa; ante el patriotismo italiano Fernando II encarnaba las esencias del reaccionarismo y del aislacionismo político más desafiantes y los mejores amigos de Pío IX y la propia Curia pontificia eran conscientes de la hipoteca peligrosa que implicaba la permanencia en el territorio de tal Monarca (227).

Los graves acontecimientos del otoño toscano y romano con el deslizamiento de Florencia hacia el el radicalismo democrático y los sucesos de Roma con el asesinato de Rossi crearon en Nápoles tal inquietud que el 23 de noviembre Fernando II decidió aplazar hasta el febrero siguiente la apertura de las Cámaras alegando el estado general de efervescencia en la Península.

Asimismo ningún soberano italiano antes que Fernando II había pasado por la amarga experiencia de su deposición y del desmembramiento de parte de su territorio (13 de abril siciliano) y aunque ahora a comienzos del '49 el proceso de recuperación de la isla iba por buen camino, la reconquista de Messina *manu militari* en el último septiembre quedaría como una de las páginas más violentas del Risorgimento italiano.

La interposición mediadora de los almirantes de las escuadras inglesa y francesa del Mediterráneo, Parker y Baudin respectivamente, forzaron al rey napolitano y a los rebeldes sicilianos a una tregua cuyas

negociaciones seguían su curso. Es sabido que el resultado final de esta mediación concluye satisfactoriamente para la monarquía borbónica con el retorno al statu quo ante pues Inglaterra y Francia más interesados en la paz general de Europa y en sus intereses mediterráneos que en la causa de los patriotas sicilianos abandonaron a éstos al ver que Nápoles iniciaba una búsqueda de protección en Rusia (228).

Este rápido esbozo de la situación política interna de la Corona Siciliana es obligado recordatorio para entender su actitud de fondo en las negociaciones diplomáticas de la restauración pontificia. Su participación de relumbrón en el primer plano de las conversaciones y negociaciones políticas para auxiliar al Papa no podían traducirse en una contribución material eficaz y potente dada la situación interior de convalecencia revolucionaria y guerra civil. Cabía además un intento, el protagonismo internacional logrado con el hospedaje al Papa ¿no podría rentabilizarse para la consolidación interior de la monarquía?

Lo cierto es que si hemos calificado como temprana la iniciativa madrileña de un Congreso católico del 21 de diciembre, no mucho después, el día 31 está firmado el Memorandum del general napolitano Príncipe di Satriano Carlo Filangieri dirigido a Schwartzenberg y entregado en Viena por el enviado extraordinario general Sabatelli con el doble formal pretexto de felicitar al nuevo Emperador por su ascensión al Trono y de restablecer las relaciones entre las dos Cortes pero, sobre todo, con el preciso encargo de solicitar una intervención armada austríaca a favor del Papa con la ayuda de un contingente napolitano para dicha empresa así como para la recuperación de la rebelde Venecia (229).

Difícil poder dar con un documento del gobierno napolitano tan ilustrativo de la estrategia de

involucrar y fundir en una misma onda la causa propia y la causa pontificia cuando no de supeditar ésta a aquélla; si además, el texto aparece rubricado por el general en jefe que se afana en la reconquista de Sicilia, por mucho que se quiera explicar esta presencia en sus cualidades de experimentado negociador, esta misiva a Viena es un ejemplo patente de la carencia de escrúpulos con que Nápoles procede comprometiendo a la Santa Sede en combinaciones bélicas e identificando su causa doméstica, la pontificia y la austríaca como un bloque ideológico-político conservador.

Por mucha que fuera la satisfacción con que desde la ciudad del Vesubio se saludara la arribada al poder en Viena de Schwartzenberg, antiguo embajador austríaco en la capital partenopea, ostentando ante él un cierto orgullo por haber sido en 1848 el primer monarca que había iniciado la reacción conservadora en Italia (230), el análisis de situación de la Europa del momento subyacente al texto mismo del **Memorandum** era irrealista y por tanto muy endeble. La respuesta de Viena no podría ser la que Nápoles hubiese deseado.

Parece justo que dicho documento comience por poner delante las preocupaciones surgidas con la crisis pontificia, solicitando, en cuanto valedor del Papa ante Austria una respuesta del nuevo Emperador a la carta de Pío IX del 4 de diciembre a los monarcas de Europa; asimismo, el envío de un emisario extraordinario a Gaeta y sobre todo, puesto que se plantea el proyecto de una intervención militar austro-napolitana en el Sur de Italia, que se diera prioridad absoluta a la intervención en los Estados Pontificios respecto respecto a Nápoles.

Lo llamativo y estridente del **Memorandum** radica en que dicha presencia de tropas austríacas se concibe como un acuerdo político que encierre en un todo, el

movimiento de tropas en el territorio pontificio, en la porción continental del reino napolitano, en la isla de Sicilia en abierta guerra secesionista e incluso la guerra contra la república véneta. Lo más significativo de las preocupaciones del Memorandum reside en que olvidándose de hecho de las operaciones militares en los Estados de la Iglesia, al no ofrecer el texto para el caso ningún plan concreto de articulación de ambos ejércitos, mientras que en lo referente a Nápoles y a Sicilia las puntualizaciones son suficientemente, o por lo menos, más precisas.

Por ejemplo, que apenas el Rey se viera obligado a trasladar a la isla su división suiza de élite, al menos 3.000 austríacos serían necesarios para garantizar el orden y tranquilidad del sector continental del Reino y que si soldados napolitanos debieran incorporarse a las austríacas para adentrarse en territorio pontificio - extraña condicional de quien es el promotor de la idea de acción conjunta - algún contingente austríaco debería permanecer en substitución en territorio napolitano con objeto de impedir un golpe de anarquía. En fin, la ayuda naval napolitana en la reconquista de Venecia sólo sería posible en el caso de que las escuadras francesa e inglesa no molestasen a la napolitana, lo cual parece que sólo podría suceder tras la ocupación de Palermo por el general Filangieri.

Sin querer pecar de severidad, no parece exagerado concluir hasta qué punto el Memorandum napolitano, bajo la capa de un pretendido servicio en favor de la Santa Sede, está pensando en el provecho que de la crisis romana puede derivarse para la solución de sus propios problemas ciertamente angustiosos.

Pero la negativa de Viena a este plan no se basa en esta razón, ni siquiera mencionada por demasiado obvia y a la postre humillante para Austria, sino

en dos rasgos muy decisivos de la nueva estrategia de Schwartzenberg en Italia, ya varias veces mencionados y que en este y en casos similares encuentran su aplicación: primero, un realismo en el uso de la fuerza según el cual la acción austríaca en Italia será defensiva, sin aventurarse en empresas de inútil prepotencia; en el caso presente quiere decir que si actuación conjunta hubiere "las fuerzas austríacas y napolitanas actuarían separadamente", cada una desde su punto geográfico natural, es decir, las primeras desde el río Po y las segundas desde la frontera napolitana hasta Roma.

La segunda consideración arranca de otra de las líneas maestras de su estrategia: la aproximación política a Francia para llegar a un entendimiento con ella en Italia o al menos en la causa romana, fundada en las expectativas pacifistas que se abren en París con la ascensión al poder del vástago napoleónico; ahora bien, la nueva administración gala vería con gran inquietud el envío de tropas imperiales al Reino de Nápoles, razón más que suficiente para desechar tal proyecto (231).

Tras la descripción de esta apertura napolitana en Viena cumplida por la misión Sabatelli, estamos mejor preparados para entender la intención última de las dos modificaciones que Nápoles pretende y que a la postre logrará introducir en el plan español: ampliación de los países participantes en el Congreso y fijación de la sede de su celebración en territorio napolitano.

A pesar de la muy favorable acogida mostrada tanto por Fernando II como por el Príncipe de Cariati en el instante mismo de conocer la decisión de Madrid (232), ya en la primera respuesta oficial por escrito entregada al Duque de Rivas el 8 de enero (233), a la actitud anterior meramente pasiva y obsequiosa le había sustituido

el intento de sacar algún partido de la nueva reunión católica en perspectiva, no pudiendo calificarse esta segunda respuesta en modo alguno de desinteresada, expresión napolitana utilizada en alguna de dichas comunicaciones.

Como Nápoles va a defender sus dos modificaciones con notable pugnacidad, los archivos nos han legado diversos textos que muestran la escala e incluso el preciosismo de su argumentación que lejos de ser convincente desvela sin pudor la defensa de intereses borbónicos muy domésticos. Así, tenemos constancia de una segunda nota gubernamental enviada el 13 de enero al Duque de Rivas y de un despacho del mismo día del titular de exteriores Príncipe de Cariati al representante napolitano en Madrid Príncipe de Carini (234).

Nosotros nos vamos a permitir utilizar el texto entregado el 21 de enero en París por el Encargado de negocios de la Corona Siciliana Barón Winspaere para dar razón de la posición napolitana al gobierno de la República, por parecernos un texto mucho más claro en la argumentación, quizás porque al ser más tardío que los otros se han incorporado al mismo nuevos elementos de información y reflexión y quizás también porque a París se le podía expresar con menos pudor que a Madrid lo que de veras se pretendía (235).

Antes que nada habría que partir del hecho de que las nuevas sugerencias de Nápoles no afectan por supuesto al fondo de la decisión del gabinete Narvaez cuya celebración congresual se acepta formalmente. Con tono enfático el gobierno napolitano proclama que los sentimientos de piedad religiosa y los deberes de hospitalidad para con Pío IX contraídos por Nápoles le obligan a una adhesión inmediata al Congreso ideado por España. Pero las dos modificaciones de ampliar el número de

los asistentes al Congreso con la inclusión de Inglaterra, Prusia y Rusia y el optar por otra sede congresual que no fuera una ciudad española sino napolitana, obligaban a nuevas precisiones y consultas que alargarían una iniciativa nacida con el sello de la urgencia. Un nuevo obstáculo que se cernía para la viabilidad y el éxito del plan español.

A primera vista pudiera pensarse que el litigio sobre la ubicación de la conferencia sería un tema menor en comparación con la demanda de inclusión de tres de las grandes Potencias en la mesa negociadora. De hecho ambas cuestiones estaban íntimamente trabadas aunque no lo estuvieran del mismo modo para la Corona de Isabel II y de Fernando II.

Si para España las razones del alejamiento de la reunión del solar propio eran más importantes que el alejamiento mismo, pues desplazaban el principio católico en el que se inspiraba la convocatoria, para Nápoles era todo lo contrario; pretextando la conveniencia de una amplia consulta internacional en la tarea de una más sólida restauración pontificia, abrigaba la esperanza de que la presencia en el Congreso de algunos estados con quienes España no tenía relaciones oficiales hiciera imposible que se celebrara en ésta y que por ende recalaría en la sede partenopea, objetivo no confesado pero a todas luces prioritario de su batalla (236).

Las razones de conveniencia exhibidas por Nápoles para ampliar la conferencia a las tres grandes Potencias citadas son irreprochables desde un punto de vista abstracto y general. Las tres ejercen una notable influencia en los destinos de Europa; las tres han tomado parte demasiado importante en las delimitaciones de los distintos Estados de Europa para dejarlos ahora al margen en una reunión que quiere resolver de forma permanente la cuestión

romana, cuestión del más alto interés para la paz del mundo; por añadidura, las tres tienen demostrada una trayectoria de gran respeto a los derechos legítimamente adquiridos, su fidelidad a los tratados está garantizada y los principios de orden y de conservación que rigen sus instituciones internas son garantía de que aportarían una opinión conforme a los deseos de los países católicos. Junto a todo esto, el que sus familias reinantes no estén adscritas al Catolicismo aunque teniendo bajo su jurisdicción importantes minorías obedientes al obispo de Roma, se convierte, en opinión de Nápoles, en una objeción menor.

Esta argumentación en sí misma no podía resultar extraña ni molesta a España cuyo liberalismo moderado se acomodaba cada vez más a consideraciones de orden, de autoridad y de mantenimiento del statu quo y bien que lo entendió así un atento exégeta de la correspondencia cruzada en esta negociación como Mons. Fornari (237). El razonamiento de Pidal en su circular del 21 de diciembre era muy similar al actual de Nápoles pero allí se había optado por el método de una convocatoria circunscrita al ámbito confesional católico, entendido éste, según lo hemos dicho, en su forma más restrictiva.

Por otra parte la superioridad operativa de la convocatoria española radicaba en su mayor sencillez y por lo mismo en su mayor eficacia en la carrera de obstáculos contra el reloj. Así argumentaba de primeras el Duque de Rivas en su respuesta al Príncipe de Cariati: "(se trataría de) buscar un remedio inmediato a las tribulaciones de la Iglesia ya que los incalculables males... si se prolongase el estado ..." (238).

En rigor no era esta mayor operatividad la intención principal que había inspirado a la Circular pidalina ni conferido su sello de originalidad sino el

principio de que la crisis pontificia debía resolverse en el ámbito y con la sola intervención de los países católicos, punto éste de máxima coincidencia entre el gobierno de Narvaez y la Santa Sede y lo que da una superioridad cualitativa al plan español sobre todo cuando Gaeta en el mes de febrero, al decidir cortar por lo sano este debate dubitativo y estéril, terció de hecho más bien por la fórmula más próxima a la hispana.

Un interesante ejemplo de la debilidad dialéctica de Nápoles está justamente en que la conveniencia de la inclusión de los tres grandes países no católicos lo fundamenta en consideraciones de política exterior inspirados en el espíritu de 1815 y no en el principio de la confesionalidad católica. Con tal argumentación aplicada en este caso a Inglaterra sentaba a esta primerísima potencia en la mesa de la negociación sobre Roma en oposición a los deseos de la Santa Sede.

Olvidémonos de momento que a la altura de 1849 no era de recibo considerar a la Inglaterra de Palmerston como un defensor de la Europa de 1815 - Nápoles más que ningún otro país tenía pruebas sobradas de ello por el papel de la diplomacia inglesa en Sicilia -; pero contribuir a incorporar a Londres al Congreso católico es un perfecto disparate sobre cuando se exhibe a diario una sintonía de ideas con el Papa en función de las responsabilidades de ser su anfitrión. Bastaría recordar la enérgica reacción del Nuncio Fornari protestando de que la causa pontificia se pretendiera llevar a la mesa de Bruselas con una nación herética como Inglaterra de organizadora para probarlo.

Así pues el desfase constatado en este caso entre las proclamaciones pro-pontificias del Reino siciliano (" el rey de las Dos Sicilias el primero entre

todos en el deseo de ver al Papa restituido a sus Estados", como fórmula estereotipada) y su distanciamiento de hecho de la línea política seguida por la Santa Sede, nos permite detectar cierta picaresca en las maneras de la diplomacia napolitana. Toda vez que en la comunicación dirigida al gobierno francés sobre el Congreso español, tanto debía ser el deseo de dar la mayor autoridad posible al articulado argumental e inclinar a su tesis a la República Francesa que se advierte en la introducción que el gobierno de S. Majestad Siciliana ha redactado dicha nota tras consulta al Papa (239).

Ahora bien, que en lo concerniente al cambio de sede congresual hubiese mediado alguna consulta a la Curia podría admitirse como verosímil; pero que en lo de la ampliación de la conferencia a Prusia, Rusia e Inglaterra lo hubiese resulta de una inverosimilitud para nosotros rayana en la falsedad ¿quién puede creer que la inclusión de Inglaterra entre los candidatos al Congreso católico contara con el visto bueno de la Santa Sede? Pero es que ni en el punto de la determinación de una ciudad napolitana como sede está claro el peso decisivo de la Curia aunque el despacho napolitano que comentamos se empeñe en atribuírselo al Nuncio en Madrid Mons. Brunelli.

También en el punto del rechazo de una sede congresual española para su traslado a suelo napolitano, se suceden argumentos que aun destinados a ser nueva cortina de humo son en su mayor parte aceptables aunque no todos en igual rango: a/ aislamiento geográfico de España y acceso nada fácil a sus ciudades; razón después de todo bastante frágil a partir de la elección de ciudades españolas costeras; b/ mejor celebrarla allí donde la Santa Sede ha fijado su residencia provisional ya que sería un gesto de deferencia para con el Papa; el que fuera en Gaeta o en Nápoles dependería de la posibilidad de obviar las

estrecheces de lugar e incomodidades de la plaza militar ; c/ la cercanía de Roma punto neurálgico del conflicto permitiría no aislarse totalmente de lo que allí aconteciera; d/ la mayor parte de los cardenales y romanos distinguidos que le siguieron al Papa al exilio residían en territorio napolitano; e/ las garantías de estabilidad y de orden del reino napolitano añadida a la proximidad de la sede papal facilitaban la celebración; esta razón podría provocar un sobresalto de contrariedad y de escepticismo con sólo recordar que en este preciso instante Fernando II hacía frente a una guerra civil y que su imagen exterior en Europa le era muy desfavorable; f/ en fin, las relaciones de Nápoles con los demás estados; aspecto éste que le daba clara ventaja sobre España en razón de la situación de ésta con Rusia e Inglaterra "la primera por no haber todavía reconocido al Reino de Isabel II y la segunda por el actual estado de las relaciones entre ambas Cortes" (240).

Concluyendo con estas puntualizaciones vayamos a los datos concretos sobre qué reacciones suscitó la intentona modificatoria del plan español sobre todo en la Corte de Madrid la más concernida sin duda. En cuanto a la ampliación del cupo de convocantes, la de Mons. Brunelli es muy neta y nos parece absolutamente perspicaz ya que apunta hacia los problemas internos del Reino de Nápoles: "No fiándose de Rusia y temiendo a Inglaterra por la cuestión siciliana quiere valerse de la oportunidad del Congreso para darle un fin pacífico y estable" (241). Es decir, el Congreso español instrumentalizado al servicio de los intereses napolitanos.

En cuanto al cambio de sede del Congreso, Brunelli es informado por el representante napolitano Carini de forma confidencial que lo que su gobierno primariamente busca en todo esto es que el Congreso se celebre en suelo napolitano por las ventajas políticas que de ello pudieran

derivarse; que en este momento parecía imposible imaginar otra importante ciudad italiana para lo mismo y que con la ampliación de miembros se pretendía impedir que la sede recayese sobre España pues ésta se vería en la imposibilidad de formular invitación alguna a Rusia e Inglaterra y de ninguna forma éstas se prestarían a enviar delegados a España.

No nos consta que Brunelli hiciera nada para defender la opción española ante el napolitano Carini, en rigor ni podía hacerlo; aunque sí se queja en carta al cardenal Pro-Secretario de Estado de la forma un tanto humillante como Nápoles había tratado de desbancar a España. El Nuncio todo lo más que hace es sortear este lance con una enorme prudencia a fin de evitar un incidente en ciernes, de alguna manera provocada por su propia conducta.

Cuando los despachos napolitanos afirman que a Brunelli ya se le había ordenado comunicara al gobierno español la preferencia del Papa por la sede napolitana, Nápoles no dice ninguna falsedad; pero tampoco el Marqués de Pidal cuando replica a esto que a él hasta la fecha nadie - ni el Nuncio ni Martínez de la Rosa desde Gaeta - le ha hablado de los sentimientos del Papa en este sentido. ¿Dónde está la clave de lo que Brunelli llama "antilogia" y a punto estuvo de convertirse en incidente diplomático?

En que Antonelli, al comunicar al Nuncio de Madrid la aquiescencia al Congreso, si bien manifestaba el deseo de que dicha reunión se celebrase cerca del Papa, se le pedía silenciara este punto en la fase inicial de la negociación, pues quizás resultara poco grato a España; instrucción que Brunelli cumplió puntualmente. Ahora que Pidal le pedía ayuda para aclarar el asunto, el Nuncio le confirma en la exactitud de sus recuerdos, pero sin ayudarle a despejar la incógnita de la aparente contradicción para

Brunelli bien fácil de desmadejarla, prefiriendo dejarle al ministro en su tranquila conciencia o, a lo más, recurriendo al socorrido expediente de las anomalías del correo (242). En realidad, Brunelli nunca había dudado de que España se plegaría al deseo del Papa en lo concerniente a la sede congresual (243).

Un último punto interesante en lo concerniente a la aceptación napolitana del plan español al ser comunicada ésta a la Corte de Turín. Puede preverse fácilmente la respuesta negativa de Gioberti a lo que sobre el Congreso católico llegue de Nápoles. Quien ha rechazado la matriz originaria del plan español ha de rechazar forzosamente la variable napolitana. Lo curioso de este documento de réplica a Nápoles está en el tono extremadamente virulento empleado - ¿transposición de otras muchas rivalidades entre ambas Coronas? - contra la participación de las tres Potencias separadas religiosamente del seno de Roma, hecho que sería, al decir del abate filósofo, poco decoroso para la religión y el catolicismo. Oposición que en el caso de una eventual presencia rusa enardece la pluma del clérigo hasta hablar de escándalo y sacrilegio habida cuenta de la conducta cruel del Zar para con los católicos polacos. El tradicional celo y acatamiento de la Monarquía de Saboya para con la Santa Sede jamás admitiría semejante despropósito.

Gioberti se opone además a la variante napolitana por el mismo principio que se ha opuesto al plan español: la imposibilidad de separar en el caso romano la cuestión religiosa de la política; el contencioso romano, a su juicio, no es sólo religioso sino religioso-político; la presencia de Austria en una conferencia sobre asuntos de Roma eleva el debate al más alto rango político. La conclusión sarda por lo demás nos es conocida de sobra: el conflicto

romano debe resolverse en el marco exclusivo de los Príncipes italianos todos ellos católicos (244).

El fin de este largo comentario acerca de la comunicación napolitana al gobierno republicano francés sobre el Congreso español, debe terminar dando cuenta de la correspondiente respuesta francesa a Nápoles. Esta sería afirmativa y lo interesante es anotar que se hizo en la misma fecha que se respondía a España dando también el asentimiento al plan de Madrid. Esto equivale a decir que desde la óptica francesa se aceptaba el plan español con las variantes napolitanas "fundadas, dice la nota de París, en consideraciones políticas de indiscutible gravedad"; si bien añadiendo, como conviene a la diplomacia precavida de Drouyn de Lhuys, que su gobierno se reservaba el derecho de apreciar las objeciones que dichas variantes pudieran crear; perífrasis que significaba en claro que Francia no se ataba las manos a compromiso alguno ni con España ni con Nápoles. La táctica dilatoria y paralizante de Francia quedaba confirmada, incluyendo ella por su parte como nuevo candidato a las reuniones a otro país, hasta ahora no mencionado por nadie en la presente ronda negociadora, Bélgica, país sociológicamente católico pero cuyo titular coronado no lo era (245).

Madrid no ofreció dificultad particular en aceptar que Gaeta o alguna otra ciudad napolitana abrigasen la sede del Congreso; ningún interés especial le había movido en la anticipación de alguna ciudad suya, pretendiendo con ello únicamente abreviar los preliminares de la reunión como creía era su deber (246). Por lo que respecta a la participación de Prusia y Bélgica, países con los que mantiene relaciones oficiales, Madrid está dispuesta a extenderles ella misma de inmediato la invitación cursada a los ocho primeros gobiernos en el mes diciembre; respecto a Rusia e Inglaterra deja en manos de Francia o de Nápoles el

dar curso a dicho trámite. Como prueba de diligencia plena en el rápido auxilio al Papa, el ministerio de Estado se dispone a redactar las instrucciones al plenipotenciario español en dicho Congreso (247).

### La suspirada aceptación del Congreso por Francia

Por fin, el 5 de febrero llegó a Madrid el telegrama de París con la suspirada respuesta afirmativa de Francia al Congreso católico propuesto (248). El día 31 habían partido simultáneamente de París los despachos de Drouyn de Lhuys a los representantes franceses de Nápoles y Madrid con idéntica respuesta para ambos gobiernos. Hay razón fundada para la sorpresa en esta equiparación cronológica de ambas respuestas por lo que tiene de discriminación negativa contra España.

Recuérdese que el gobierno de Narvaez había iniciado su aproximación a París solicitando una concertación recíproca en los asuntos de Roma en tiempos de la presidencia del general Cavaignac apenas se conocieron los sucesos de Roma y la fuga del Papa a Gaeta, es decir, antes que cualquier otro estado católico. Aun admitido que el cambio de gobierno provocado por la elección presidencial de Luis Napoleón invalidaba en parte la eficacia de esta oferta, la Circular de Pidal del 21 de diciembre proponiendo la celebración del Congreso mantenía en cierto sentido esta prioridad adquirida pues el despacho de Madrid estaba en manos del nuevo titular de exteriores francés en el mismo día en que el encargado austriaco Thom comunicaba a Drouyn de Lhuys la iniciativa de una acción concertada entre París y Viena en los Estados de la Iglesia (249).

¿Por qué París tardó un mes (31/XII/'48 - 31/I/1849) en responder a Madrid, actitud después de todo bastante inamistosa? Todo lo que antecede a estas líneas en el presente apartado del capítulo cuarto está tratando de explicarlo; recapitularlo ahoraa podría ser útil para mejor entender la actividad en favor del Congreso español: primero, la difícil armonización interna del equipo ministerial de Barrot, entre sí y sobre todo con el nuevo Presidente; segundo, la mayoría republicana de la Asamblea Nacional, ultrasensible a los cambios dictados por la nueva Presidencia y con un filo-italianismo diverso del nuevo gobierno; tercero, la atención prestada a las negociaciones con Viena que ofreciendo concertarse con Francia en la causa romana; cuarto, la mediación anglo-francesa con la pendiente conferencia de Bruselas y al fin las modificaciones alegadas por Nápoles al Congreso ideado por España. Podrían recordarse también las cuestiones conflictivas menores con la Curia pontificia, como el prometido viaje papal a Francia o la elucidación de lo sucedido con la carta de Pío IX a los jefes de Estado en el mes de diciembre.

La explicación de la tardanza francesa podría resumirse de entrada en una sola expresión: ganar tiempo, instalarse en una táctica evasiva y dilatoria. Evasiva en la adopción de compromisos concretos; proclamar el principio general de voluntad de auxilio al Papa pero sin querer ligarse a fórmula operativa alguna. Dilatoria en el tiempo; pidiendo aclaraciones, esperando adhesiones ajenas, priorizando iniciativas anteriores en curso, antes de la llegada del nuevo ministerio Barrot al poder; en fin, pulsar dentro de la Asamblea Nacional el equilibrio de fuerzas entre una mayoría proclive a una solución liberal o católica a la crisis romana, otean las filias y fobias en el delicado tema de unos y otros.

Disponemos de seguras y variadas fuentes informativas para explicar los orígenes de la adhesión francesa al Congreso católico español. Además del cruce habitual de despachos entre embajadores y titulares de la cartera de exteriores, los dos Nuncios de París y Madrid, activos colaboradores de la aceptación por Francia de la propuesta española, reconstruyen con gran rigor los pasos y reacciones de unos u otros negociadores directos.

El más directo responsable y primer protagonista de la negociación es naturalmente nuestro embajador a orillas del Sena el Duque de Sotomayor. Su conducta en el asedio a Drouyn de Lhuys puede calificarse de diligente y profesionalmente ajustada; los despachos enviados a Pidal durante estas fechas anotan no menos de cuatro entrevistas dedicadas en gran parte a nuestra materia (27/XII; 31/XII; 8/1; 10/1); asimismo se esfuerza en rodearse de un frente de amigos que le secunden en la tarea (el embajador de Portugal, Nápoles, Prusia y naturalmente antes que todos el Nuncio Apostólico Fornari).

Pero quizás le falten a sus rapport(s) cierta perspectiva de conjunto y a su actividad negociadora más mordiente, al menos si comparamos el análisis de la situación de sus despachos con el de los enviados a Gaeta en idénticas fechas y sobre la misma negociación por el Nuncio en París, valedor del Congreso español ante Francia mucho más pugnaz y resuelto que el español en la obtención de la aquiescencia francesa, aunque convenga puntualizar que tal conducta no era sólo debida a su celo personal de auxilio al embajador de Madrid sino a los requerimientos e instrucciones de sus superiores en tal sentido (250).

La impresión que transmiten las entrevistas entre Drouyn de Lhuys y el Duque de Sotomayor son las de un ministro que prodiga generosamente elogios al

catolicismo español pero quiere frenar las pretensiones de protagonismo de Madrid en la escena romana; una brillante retórica parece querer olvidar la propuesta concreta hispana de un Congreso católico, solicitando una y otra vez de España la confianza en las iniciativas francesas en favor del Papa con promesas que a nada comprometen. Las reacciones del embajador son demasiado conformistas, contentándose suficientemente con hacer gala y ostentación de la tradición católica de la Monarquía española que en este caso además puede presumir de promover una iniciativa internacional con un desinterés político que tanto honran a la Reina y a su país.

Ya desde la primera de las entrevistas antes citadas - 27 de diciembre -, primer contacto personal entre ambos interlocutores pues el ministro hacía sólo cinco días que se había posesionado del cargo, el tour d'horizon obligado pone en el primer plano el asunto romano, desplazando en importancia a otros temas de indudable interés, al menos para España, como eran su papel en el conflicto siciliano-napolitano y sus reclamaciones acerca de la excesiva tolerancia de la policía fronteriza francesa en los departamentos pirenaicos con los refugiados españoles huídos tras las intentonas revolucionarias del '48. Adviértase que la Circular de Pidal del 21 de diciembre promotora del Congreso no podía figurar en el diálogo pues ni la noticia ni el texto habían llegado todavía a París.

La ofensiva dialéctica de Sotomayor aúna hábilmente en una misma consideración la penosa impresión que los acontecimientos romanos han producido en España con la compensatoria satisfacción de la conducta de la República Francesa enviando desde noviembre sus buques y soldados para proteger al Papa; se refiere naturalmente al contingente naval enviado por Cavaignac cuando Pío IX huído de Roma se sospechaba bogaba en rumbo desconocido por el Mediterráneo

quizás camino de Francia (cfr. supra Cap. II). Esta paridad de sentimientos de España y Francia respecto al Papa - que Madrid desde comienzos de diciembre había manifestado al anterior gobierno francés - podía servir de punto de arranque para que también ahora marchasen juntos en un tema que afectaba a toda la Cristiandad (251).

Todas las consideraciones del Ministro francés son sumamente lenificantes y tranquilizadoras: el problema no parecía exigir medidas inmediatas ya que ningún incidente grave había ocurrido últimamente en Roma o en Gaeta. Francia reconocía de entrada que el asunto era muy difícil y complicado para su gobierno, en razón de las dos Potestades que concurrían en el Papa; alusión que transfería a la otra parte la verdadera naturaleza de la dificultad, en vez de referirse a la distinta y entremezclada sensibilidad de la sociedad francesa, la católica y la liberal; pero, añadía Drouyn de Lhuys, Francia no perdía la esperanza de dar con una fórmula práctica de solución. Después vienen las promesas: Francia por supuesto contaría con el gobierno español en todo lo que hubiera de decidirse en torno al Papado y a los estados romanos teniéndole puntualmente informado. El embajador queda muy favorablemente impresionado de la elocuencia convincente del nuevo ministro en este primer encuentro (252).

El 31 de diciembre ponía el Duque de Sotomayor en manos de Drouyn de Lhuys la copia de la Circular de Pidal promotora del Congreso católico tras habérsela leído previamente; éste promete estudiarla y darle una respuesta tras preceptiva deliberación sobre el tema en el Consejo de Ministros (253).

El Duque de Sotomayor vive con cierta expectación los preliminares de la primera reacción francesa, pero esta tardará en llegar; el día 8 de enero en que ambos

interlocutores vuelven sobre el tema, ante la demanda del español de que se sirviese darle "una respuesta tan explícita y perentoria como fuese posible", el francés responde con un mutis cerrado. Invocando las dificultades prácticas de la solución, siempre pródigo en elogios para con España y su iniciativa pero obligado a tomar en consideración el parecer de los colegas de gabinete, le emplaza para la entrevista del día 10. El embajador, con todo, sigue creyendo que el ministro está inclinado a aceptar la sugestión española.

Mientras tanto, éste tendrá tiempo de conocer de labios de su colega el representante austriaco De Thom los entresijos de la oferta de concertación austro-francesa en favor del Papa hecha por Viena y la rotunda negativa de Francia al respecto. Además de las razones de la hostilidad francesa a tal proposición ya expuestas arriba, el Duque de Sotomayor pondera como obstáculo mayor a la propuesta austriaca el uso de la fuerza en la solución del problema; "es de presumir que el gobierno francés prefiera cualquier otro medio más templado y perentorio ... para llegar a un desenlace pacífico" en los asuntos italianos, al menos mientras le sea posible.

¿No reunía acaso el Congreso español justamente este requisito de medio pacífico y civilizado digno del asentimiento francés? Pero el embajador no se deja arrastrar por la ilusión; cree que Drouyn de Lhuys al pensar en soluciones pacíficas, está pensando en la conferencia de Bruselas, conferencia de la que no se sabe bien qué hacer con ella. Por lo mismo que la madeja comienza a complicarse, la nueva entrevista del día 10, destinada según promesa de Drouyn de Lhuys a dar a conocer la primera reacción oficial del gobierno francés, reunía todos los ingredientes de la expectación para el embajador.

Pues bien, la respuesta francesa fué en términos generales negativa: la propuesta española había sido estudiada detenidamente por el Consejo de Ministros y era digna de aplauso por su generosidad para con el Papado; Francia a lo sumo vería con gusto que las demás naciones católicas invitadas la acogiesen favorablemente; sólo entonces ella también se sumaría a la misma, pero ahora no podía expresarse en términos afirmativos pues estaba comprometida con la cita de Bruselas y "parecería incoherente negociar sobre un mismo asunto en dos puntos distintos".

La reacción de nuestro embajador en su comunicación a Madrid es visiblemente malhumorada, acentuando las contradicciones que acosan al gabinete francés e implícitamente acusatoria contra el gabinete Barrot; lo que antes de recibir la respuesta, era juzgada como conducta francesa dilatoria y expectante ("ganar algún tiempo que sin duda considera provechoso"), conocida ésta, calificada como ("manifestación ambigua"), se interpreta la actitud de París como la de quien quiere humillar a España, negándole el derecho a participar, antes en el asunto siciliano y ahora en el asunto de Roma (254).

En conclusión, la conferencia de Bruselas como pretexto de la aceptación de la reunión española es poco serio y de ningún crédito, dado que la argumentación española del Congreso católico respondía por su objetivo e intenciones a unas ordenadas que nada tenían que ver con la mediación franco-británica tras la guerra austro-piamontesa. Con razón podrá replicar inmediatamente Pidal, lógicamente preocupado, de que presentar la conferencia de Bruselas como una alternativa al Congreso español es desnaturalizarlo todo. Por ello, el embajador debería esforzarse en clarificar la posición española casi de cero: en Bruselas ni habían de reunirse exclusivamente las Potencias católicas ni las cuestiones italianas que allá se debatiesen tenían nada que

ver con la cuestión romana, cuestión "que no es italiana sino católica", expresión que en su ruda simplicidad quiere sentar con fuerza la naturaleza propia del caso pontificio y de la orientación española al eventual Congreso por ella ideado. Impaciente Pidal por el malentendido y alentado al propio tiempo por la adhesión al Congreso de Portugal, Nápoles y sobre todo la Santa Sede, ordena al embajador solicite por escrito al gobierno de la República Francesa una respuesta oficial a su Circular (255).

Gesto éste quizás un tanto impetuoso y colérico por parte del Ministro que el embajador prefiere no cumplirlo y que a la postre no fué necesario, pues al fin París accede a sumarse al Congreso católico. Ya dijimos antes que el texto oficial francés llega al gobierno español de la mano del embajador en Madrid Lesseps. Respuesta oficial francesa a la invitación congresual, sobria en la forma pero un tanto alambicada en el fondo, que se arranca con dos elogios, uno al tradicional sentimiento religioso del pueblo español, esta vez representado además por un gobierno "constituído en la senda de la libertad constitucional" y el otro a la idea del Congreso, propuesta concreta "de una naturaleza propia para conciliar los diversos intereses que complican" la cuestión romana (256). Sorprende que en la respuesta a Madrid no se incorpore un matiz laudatorio para España expresado en la respuesta del gobierno y el mismo día a Nápoles, a saber, que Francia había visto con buenos ojos esta iniciativa "desde el primer momento" (257).

Después vienen como adiciones llamémoslas reticentes e incluso obstruccionistas, las ya citadas al estudiar la proposición napolitana y que Francia las hace suyas (ampliación de los miembros participantes y sede no española de la reunión); pero la reticencia mayor que en la circunstancia es muy preocupante y hasta humillante es el reconocimiento implícito de que el motivo de la adhesión al

Congreso estriba en la aceptación del mismo por otros estados católicos, es decir, que Francia se suma a ella para no quedar aislada.

El circumloquio francés utilizado para indicarlo de no muy satisfactoria traducción ("no consistirá en nosotros que las demás Potencias a quienes se ha dirigido igualmente el Gabinete de Madrid no se adhieran todavía a la invitación") (258), se entiende mejor con la certera glosa de nuestro embajador en París: " el gobierno francés ha entrado en la vía que positivamente más conviene a su política, ... pues no pudiendo desentenderse de la grave cuestión que afecta a la Cabeza de la Iglesia Católica cuya religión profesa la mayoría de esa nación, salva la responsabilidad con el partido religioso de este país".

La aceptación del Congreso podía ser un medio más para evitar que Austria actuase por sí sola en los Estados Pontificios, objetivo prioritario de la diplomacia francesa en el centro de Italia y la iniciativa española en la medida que priorizaba la celebración de una conferencia antes de la intervención armada, a bien poca cosa comprometía de inmediato, simplemente por el hecho de haberla aceptado y prometer su presencia en la misma; por añadidura, el espectro de una inmediata solución militar a la cuestión romana que tanto hubiera enconado las relaciones del gabinete con la Asamblea Nacional quedaba excluida.

Según el análisis del Duque de Sotomayor, estamos ante una adición de ventajas para Francia aceptando el plan español nada despreciables, que le hacían exclamar con cierta euforia y autosatisfacción: "No se concibe pues cómo (Francia) haya podido vacilar un sólo momento en aceptar la sugestión de España que en realidad ha venido a sacarle de un verdadero conflicto".

A la hora de este desbordamiento a causa de una justa satisfacción porque Francia hubiese optado por el "partido" español, Sotomayor recuerda el apoyo encontrado en muchos ministros y otras personalidades influyentes del mundo político parisino, otorgando una importancia especial a su encuentro con Luis Napoleón Bonaparte, que le permite afirmar rotundo: "esta conferencia con el Presidente creo que ha influido favorablemente en el Gabinete" (259).

En carta personal al general Narvaez no se pretende capitalizar el éxito de forma tan clara como en el despacho oficial, pero sí se aclara que Napoleón estaba a favor de la tesis propontificia. Cuando tuvo ocasión de abordarlo en un aparte, " el Presidente aunque ordinariamente reservado por la difícil posición en que se encuentra, estuvo comunicativo conmigo; me escuchó con mucha atención y después de enumerar las dificultades de que se hallaba rodeado, me dijo en un tono confidencial que deseaba sinceramente ver al Papa restablecido en sus dominios" (260).

El Duque de Sotomayor se excusa de no haber seguido el requerimiento de Pidal de solicitar una respuesta por escrito, infracción administrativa decidida a ciencia y conciencia por mejor conocimiento del terreno y justificable a posteriori dado el feliz resultado final de la negociación (261). También quiere hacer partícipes del éxito español a los representantes de los estados católicos, en concreto a los de Portugal, Prusia, Nápoles y Austria y entre todos al de la Santa Sede (262).

Tenemos posibilidades de describir con mayor minucia aún que la hasta ahora prodigada, esta misma decisión del gobierno francés, a través de los despachos mucho más puntuales y perspicaces, obra del recién citado representante pontificio Mons. Fornari, sobre quien después de todo recae a lo largo de estos meses la responsabilidad

no sólo de enrolar a Francia a favor de esta iniciativa española sino, lo que es más importante, de lograr arrancar a París unos compromisos trascendentales que, tras vicisitudes inimaginables en el momento presente, han de ligar a Napoleón durante veintiun años en la defensa con sus tropas del dominio temporal pontificio.

La narración más pormenorizada de Fornari del conjunto de los problemas del gabinete Barrot nos adentra asimismo en una consideración de la adhesión francesa al Congreso español mucho más fragil y problemática y en general en una visión más tortuosa y preocupante de las intenciones franceses sobre la restauración pontificia, de tal forma que no puede menos de quedar atenuada la alegría satisfactoria del embajador español en París antes mencionada.

Victoria hispana  
un tanto pírrica

Cuando el Nuncio el 15 de enero, tras instrucciones de su Corte apremiándole a secundar el buen éxito de la iniciativa española, deba iniciar sus gestiones en dicho sentido, el prelado estaba empeñado en una doble apretada batalla con el nuevo gobierno francés, la primera, neutralizar la todavía no abandonada pretensión de Francia de un viaje pontificio a Francia y que Pío IX la acababa de zanjar con una carta en sentido negativo a Napoleón y la segunda, dilucidar una desagradable reclamación de París acerca de si este gobierno había sido excluido por la Santa Sede como destinatario de la carta pontificia a los Soberanos del 4 de diciembre. Un cúmulo de desafortunadas casualidades presentaban la apariencia de una hipotética desatención de la Curia con Francia que por supuesto no era tal y que se hubiera podido solventar con un poco de buen sentido (263).

Los esfuerzos iniciales de Fornari se centrarían en arrancar a Francia de su pasividad y parsimonia ante la invitación de Madrid y en general ante la grave crisis romana. En la entrevista con Drouyn de Lhuys del día 15 tan sólo podemos ratificar lo que el mismo día se dirá al embajador español: elogios para la generosa iniciativa española a la que Francia en principio se muestra dispuestísima, pero imposibilidad de hacer público dicho sentimiento en razón de los compromisos internacionales de Francia (conferencia de Bruselas) y porque el asentimiento a tal Congreso hispano le dejaría con las manos atadas para una solución militar (sugerencia austríaca) hasta que ésta se celebrara (264). O por Londres o por Viena, Francia no quiere comprometerse ante España y a la postre ante el Papa. Ante el Duque de Sotomayor se presume de pacifismo; ante el Nuncio se quiere dar la impresión de disponibilidad propontificia y de eficacia. A cada interlocutor se le trata de cautivar con la música que más le gusta.

Casualmente la prensa gala del mismo día 15 anunciaba preparativos militares de la armada del Mediterráneo en la base naval de Tolón (265). ¿Temor ante una sorpresiva expedición aislada de Austria a los Estados Pontificios por el mar Adriático? Ciertamente. ¿Guerra psicológica contra la Asamblea Nacional o gestos para contentar al sector católico que reclamaba una pronta ayuda al Papa? Sin duda. El ministro de exteriores sólo reconocía la vertiente antiaustríaca del gesto, de lo cual Fornari deducía que si Austria traspasase la frontera pontificia del Po, Francia de inmediato desembarcaría en un punto pontificio de la costa tirrena (266).

La relación de Fornari acerca de la entrevista del día 24 con el mismo interlocutor en la medida en que es muy puntual y precisa es altamente reveladora; procuremos resumirla. El cerco del Nuncio se abre con un

lamento ya conocido: Francia con sus dilaciones e inmovilismo, ni actúa ni deja actuar, paralizando la dinámica de auxilio al Papa y defraudando grandemente las esperanzas puestas por el Pontificado en la católica Francia. Drouyn de Lhuys replica con contundencia de que su gobierno no es merecedor de tal acusación; que lo que ocurre es que un nuevo gobierno estaba estudiando *ex novo* todas las hipótesis, sobre todo la naturaleza e intenciones de la propuesta austríaca de acción militar conjunta, a la que Francia sin rechazarla de plano ponía graves reparos.

Instante que aprovecha el ministro francés para a su vez contratacar: pero en realidad ¿qué es lo que quiere el Papa? puesto que lo que a Francia se le brinda, por una parte, es la actuación militar por parte de Austria y una conferencia de concertación entre estados católicos por parte de España, ¿sabemos por cuál de las dos fórmulas se inclina la Santa Sede ¿por la vía militar o por la diplomática?

Fornari carecía de instrucciones precisas para zanjar tan perentoria alternativa y lo único que replica es que lo que el Papa pedía en la carta a los Soberanos era auxilio; que puesto que España había traducido dicho sentimiento en una fórmula concreta y positiva, esto era sin duda lo más efectivo que hasta la fecha había; que convenía por ello que se reuniera cuanto antes y si de ella saliera la resolución de una acción armada, la misma tendría la ventaja de no estar adscrita a un color político determinado, sino gozaría del carácter representativo del mundo católico. El Nuncio parece persuadido de que Drouyn de Lhuys es un hombre ganado para la causa de la conferencia española, pues promete al prelado que en el Consejo de Ministros del mismo día plantearía la cuestión. Bajo pretexto de la consulta ministerial ¿una treta dilatoria más ya utilizada desde el día 8 con el Duque de Sotomayor?

En absoluto. Esta vez la resolución del gabinete francés sería al menos formalmente clara y pública: Francia haciendo causa común con el resto de los países católicos adheridos a la propuesta española, se sumaba también a ella, eso sí, añadiendo la cláusula restrictiva de que lo hacía meramente por seguir el camino trazado por las demás naciones católicas; el decoro francés sufriría grave deterioro si se estuviera ausente de dicha cita católica; aclaración que podríamos calificarla de asentimiento negativo y muy reticente (267).

La obligada satisfacción de Fornari por lo que la decisión significaba de comenzar a salir de la parálisis, no puede ocultar en sus pormenorizada descripción zonas de grave preocupación y desencanto: era una adhesión obligada por las circunstancias; al ver que las naciones católicas de segundo rango se mueven - téngase en cuenta que Austria todavía no había manifestado su sentimiento sobre el Congreso español - Francia teme la marginación optando por la causa común católica, marginación que iría contra la tradición e historia de Francia en la causa del Papado y contra el actual sentimiento de la mayoría de los franceses.

La víspera de esta resolución (el día 24) el representante napolitano Barón de Winspeare le comunicaba a Drouyn de Lhuys la definitiva adhesión de esta monarquía borbónica al plan español; este texto hablaba de millones de católicos suspirando por un auxilio eficaz a Pío IX; Nápoles, además, según sabemos, ampliaba el cupo de los invitados a la reunión al resto de las tres grandes potencias (Prusia, Rusia e Inglaterra). Lo hacía en la secreta esperanza de acrecentar el número de los estados sensibles a la defensa del orden y del legitimismo (San Petersburgo y Berlín frente a Londres) pero el ministro francés en su comentario al Nuncio silencia este aspecto, resaltando únicamente los beneficios que se seguirían de una conferencia que resolviera

actuar en nombre del "catolicismo entero" (quintaesencia de la tesis española). Otra prueba de la 'conversión' francesa a la tesis española podía cifrarse en la respuesta del ministro francés a la demanda de Fornari sobre qué opinión le merecía la reciente polémica hispano-sarda sobre la flotilla; Drouyn confiesa que le parece escandalosa e indigna de un gabinete católico como el del Piamonte (268)

El sí francés al Congreso conocido por el Nuncio directamente de labios del Ministro va siendo ya confirmado en todos los niveles y a todas las representaciones extranjeras interesadas en la materia. Un banquete del día 29 ofrecido por el primer ministro Barrot al Presidente de la República, al equipo ministerial y al Cuerpo Diplomático - circunstancia un tanto increíble para quien sabe que en dicha jornada las tropas hicieron una demostración de fuerza en la capital y a punto se estuvo de que estallara un golpe de estado (269) - permite una oportunidad de oro para intercambiar impresiones sobre la decisión con el propio Luis Bonaparte, el jefe de gobierno y varios ministros.

Todos los interlocutores de Fornari se muestran unánimes en reconocer que ya es hora de pasar a la acción en favor del Papa y puesto que Francia no podría actuar sola y no quiere ir de la mano de Austria, conferenciará en Nápoles o en Gaeta en un marco de estados católicos entre los cuales querría ver también a Austria y Prusia. El carácter de universalidad del proyecto quita hierro a los adversarios de la Asamblea Nacional y como el plan español se cibe a promover unas conversaciones, para ello el gabinete francés se siente más cómodo pues no está necesitado de una autorización de la Cámara; no así si se tratara de una intervención militar (270).

Tras el principio de acuerdo ¿Pasaría Francia inmediatamente a la acción? Las impresiones del Nuncio están mezcladas entre la satisfacción por la solidaridad frente 'católico' creado entre los embajadores "todos ellos, excepto el austriaco, excelentes católicos y verdaderamente devotos del Supremo Jefe de la Iglesia", las esperanzas de una aceleración de las cosas (271) y la zozobra por las ocultas intenciones de Francia que parecen estar más cerca de una adhesión que le ayude a ganar tiempo sin compromiso inmediato alguno que acelere el curso de los acontecimientos; de momento, en espera de la adhesión al Congreso de Austria, en virtud de los nuevos convocantes introducidos por Nápoles, hay que esperar también a lo que Rusia diga (272). ¡Hay que seguir esperando!

En Madrid la adhesión francesa a la propia iniciativa se vive desde otra perspectiva. Ya hemos comentado más arriba el contenido del escrito de adhesión francesa entregado por Lesseps al Marqués de Pidal (273). ¿Qué sentimientos y reflexiones le merece al ministro de Estado español este éxito diplomático? Es fácil responder desde la mera presunción que el sentimiento fundamental era de gran satisfacción; es por ello que aunque el Congreso deba adaptarse a las modificaciones queridas por Nápoles, Pidal sabiendo distinguir perfectamente entre lo fundamental y lo accidental, en este aspecto secundario se muestra flexible y contemporizador.

En realidad los sentimientos del ministro asturiano nos son conocidos únicamente a través del requerimiento de Lesseps quien por encargo de su gobierno y queriendo éste como excusarse por las modificaciones introducidas a instancia de Nápoles, desea conocer la opinión que a Pidal merecen estas variables a las que París ha juzgado debía adherirse. Pidal valora las modificaciones con desigual gravedad: la de la sede congresual apenas la toma en

consideración: "el gobierno español no había tenido empeño en que las conferencias se reuniesen en España ...; había creído que esta designación previa facilitaba la ejecución del proyecto, obviando toda duda sobre la elección...; si el gobierno francés consideraba preferible el punto de Gaeta o Nápoles y mandaba allí desde luego sus Plenipotenciarios, el de S. Majestad se apresuraría a mandar el suyo sin ningún reparo ...".

Otra cosa era el nuevo abanico de países invitados que planteaba indudablemente cuestiones de otra muy grave naturaleza. En principio, si Madrid que no desconocía la importancia de una solución de los Estados Pontificios avalada por todos los estados europeos, había circunscrito su invitación al marco únicamente católico, lo hacía por razón de eficacia y de homogeneidad de criterios, más fácil de lograrlo entre "aquellos más íntimamente interesados en el catolicismo". "Para ser eficaces las gestiones en favor del Papa, era preciso que en la esencia y en la forma fueran rigurosamente religiosas, pues la mezcla de cualquier otro interés político, aunque no existiese sino en apariencia, sería bastante para envolver la cuestión de Roma en el confuso laberinto en que por desgracia se encuentran otros muchos de Europa".

El espíritu constructivo de Pidal y el interés en eliminar todo obstáculo a una iniciativa congresual nacida en España le obligan gustosamente a la condescendencia: España no se opone a que Inglaterra, Rusia, Prusia y Bélgica se sumen a la reunión y dado que sus relaciones con Londres y San Petersburgo no le permiten comunicarse directamente con ellas, no le repugna que "la gestiones sobre este punto se practiquen por los gobierno de Francia y de Nápoles de quienes procede la indicación".

(274).

Quizás la versión más negativa y restrictiva de lo que significa la adhesión francesa al Congreso la registra el Nuncio en Madrid Mons. Brunelli. Al conocer la propuesta francesa por una lectura que del despacho de Drouyn de Lhuys al gobierno de Madrid se la hace Lesseps en persona, a ruegos del propio prelado, no pudiendo retener de esta simple primera audición los matices apreciables a través de un atento análisis del texto, se le escapó un significativo detalle que más tarde descubre al conocer el despacho mismo que el embajador francés entregó a Pidal y que para el Nuncio es objeto de alarma, a saber, que entre las razones de encomio que Francia cree descubrir en la iniciativa congresual española, se subraya aquella de que la iniciativa procede de un gobierno ganado de la libertad constitucional.

Por lo demás, lo que hace del encuentro del preocupado Nuncio con el asimismo inquieto ministro de Estado ("grandemente inquieto") por la modificación del primer plan salido de Madrid, es el común pesimismo por haber sugerido la presencia británica en el Congreso. Además de los intereses particulares de París y de Nápoles en tal adición, según Pidal, estamos ante un paso fruto de las "diabólicas intrigas" de Gioberti, logrando que en una conferencia sobre los asuntos de Roma haya una mayoría de gobiernos de régimen constitucional para discutir del dominio temporal pontificio. Llegados a este punto de frustración, concluye exagerada y malhumoradamente Brunelli, sería preferible, a pesar de la complicación y del retraso que hubiera de seguirse, que tampoco se prescindiera en la cita de la presencia de Rusia.

Con todo, lo importante de todo ello es que España, gracias según Brunelli a sus molestas exigencias, haya aceptado lealmente las correcciones napolitanas proponiendo que sean París y Nápoles las que inviten a Rusia e Inglaterra bien conjunta o bien separadamente. Además, como

prueba de que no tiene reserva alguna a las modificaciones de la sede congresual, ordena proceder a la redacción y envió de los plenos poderes para Gaeta a Martínez de la Rosa (275).

Una vacilación no explicada por nadie y anotada por el Nuncio hace que Madrid quiera replantear ante París la cuestión de la sede del Congreso, motivo por el que los poderes plenipotenciarios no se terminan de expedir inmediatamente, ya que en la hipótesis del replanteamiento de la sede, ésta no estaría todavía determinada. Vacilaciones y retrasos que afectan al fondo de la cuestión, es decir, al fatal retraso que se va acumulando en la búsqueda de la fórmula salvadora de Roma, a la que tan sensible es el Nuncio, haciéndole exclamar: "aquel gobierno (el napolitano) con todas sus buenas intenciones respecto al Santo Padre y de sus sagrados derechos es sin embargo la causa de dichas imprevistas dificultades" (276).

Cualquiera que sea el valor de las limitaciones y del lado negro con que Brunelli comente las perspectivas del Congreso ideado por el gabinete Narvaez, la iniciativa tenía el mérito de existir y la diplomacia española se imponía con una propuesta concreta en el concierto de naciones europeas aunque fuera únicamente desde la perspectiva católica. Si el 21 de enero Pidal podía comunicar a Martínez de la Rosa y por su mediación a Pío IX la adhesión al Congreso de Portugal y Nápoles, el 9 de febrero podía añadir a la lista los nombres de Francia y Nápoles (versión corregida), segunda comunicación que asimismo se envió a los representantes de la Corona católica en Bruselas, Berlín, La Haya, Dinamarca y Suecia para que se pusieran en confidencial comunicación con dichos gobiernos notificándoles sobre la próxima celebración de dicha conferencia católica (277).

Los comentarios de algunos historiadores  
se derraman en consideraciones de que en torno al Congreso  
español se jugó una batalla más bien académica, simplemente  
por su condición de nación de segundo orden y protagonista  
muy marginal de los problemas italianos; el carácter católico  
del conflicto romano es claro que para muchos era marginal y  
que "los intereses particulares se alzaron contra el interés  
general del Papado" (278).

Pero en la medida en que España carecía  
de intereses concretos en Italia era un incómodo testimonio  
de la perspectiva católica en que ésta cuestión podía  
resolverse. El foguero dialéctico entre gobiernos que acabamos  
de describir sirvió al menos para madurar una "entente"  
preliminar de concertación entre los distintos estados  
interventores que muy pronto serán invitados por el Papa  
(279).

## NOTAS DEL CAPITULO CUARTO

## 4. 2. DIFÍCIL INSERCIÓN DEL CONGRESO ESPAÑOL EN LA DIPLOMACIA FRANCO-AUSTRIACA

- 76 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 23, Gaeta 2/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 77 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 22, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659. Obsérvese que este despacho con fecha de un día posterior al de la nota precedente, tiene sin embargo una numeración anterior, razón de urgencia de correo u otra insignificancia de oficina.
- 78 Antonelli a Brunelli, s. n., Gaeta 3/1/1849, ASV, AN Madrid, 313 (Ap. Doc. nº. 44). También en FATICA, I, 459-460.
- 79 El embajador sardo Pareto de la conversación habida entre el embajador sardo Pareto y Pío IX el 27 de diciembre en que éste le comentaba haber solicitado de una Potencia extranjera auxilio material en la forma de algún millar de soldados- según nuestros datos se debe referir a la petición del verano hecha al general Cavaignac (Cfr. en cap. 2º. el 2.2.) - si embargo, el torinés deduce más bien que las inclinaciones del Papa se dirigen hacia España: "*Sebbene il Papa non mi abbia nominata la Potenza cui si direbbe per avere questo materiale soccorso, tutto m'induce a credere essere la Spagna a riguardo della quale S. Santità dimostrasi assai apertamente propensa*" (Pareto a Gioberti, n.º. 12, Gaeta 28/12/1848 en VAUDI DI VESME, II, 328).

En Gaeta los secretos corren al parecer muy veloces; la comunicación de Martínez de la Rosa anunciándole el envío de la flotilla hecha al Papa el día 3 pronto es conocida por Pareto: "*Si attende tra poco in questo porto una Flotiglia Spagnola composta di sette bastimenti ed avente a suo bordo mille uomini di truppa di sbarco. Questi saranno seguitati tra breve ed a prima richiesta del Papa da altri ottomila*", información como sabemos fundamentalmente correcta aunque un poco alarmista en su prontitud de llegada (Pareto a Gioberti, nº. 13, Gaeta 5/1/1849, VAUDI DI VESME, II, 330).

El secretario de la embajada sarda en Roma Della Minerva al recibir los despachos de Pareto para transmitirlos a Turín con el rumor sobre soldados españoles minimiza la importancia del rumor: "*la notizia della possibilità di un intervento spagnolo circola anche in Roma; ma non gli si presta seria fede malgrado i discorsi della Regina alle Cortes*" (Della Minerva a Gioberti, nº. 549, Roma 2/1/1849, VAUDI DI VESME, II, 360). Pero a mediados de enero el gobierno romano toma en más seria consideración los rumores concernientes a la llegada de los

- españoles; refiriéndose a los mismos comenta el mismo secretario piemontés: "Per l'intervento poi, aumentando i sospetti che possa esser fatto degli Spagnoli ed anche in numero non molto grande, si stanno già dando le disposizioni per resistere e si fanno a tale oggetto venire delle truppe delle Romagne per avviarle, sia a Civitavecchia sia verso il confine di Napoli" Della Minerva a Gioberti, nº. 559, Roma 15/1/1849, VAUDI DI VESME, II, 367.
- 80 Martinez de la Rosa a Pidal, nº. 22, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S, Sede 2659.
- 81 Antonelli a Brunelli s. n., Gaeta 3/1/1849, ASV An Madrid 313 (Ap. Doc. nº. 44).
- 82 Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 6/1/1849, ASV AN París 74 (FATICA, I, 473-475).
- 83 La solicitud de audiencia en Brunelli a Pidal, Madrid 18/1/1849, ASV, AN Madrid 313. La orden de pedirla en Antonelli a Brunelli cfr. nota 81.
- 84 Así resume el Nuncio las palabras de Narvaez en el debate parlamentario sobre la política exterior española, Brunelli a Antonelli, nº. 158, Madrid 21/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 21-22v. Referencia a este debate parlamentario, cfr. más arriba Cap. 2º, 2.3. nota 458.
- 85 IBIDEM.
- 86 En las historias generales del siglo XIX en el apartado correspondiente hay una descripción de la crisis portuguesa de 1846-47 y la participación militar española tras mandato recibido del resto de los miembros de la Cuádruple Alianza; por ejemplo, VALERA en el vol. XXIII de la *Historia general de España* de M. LAFUENTE, 60-63; el planteamiento diplomático del problema, BECKER, *Historia de las relaciones exteriores ...*, vol. II, 115-130; CASTAÑON, *Tensión diplomática hispano-inglesa en Portugal (1847-1847)*, en Cuadernos de Historia Diplomática, II, (1955), 3-61. Bibliografía de la cuestión en CORTADA, 241 y VILAR, *Las relaciones internacionales ...*, 62 (fr. en la Bibliografía 3. 1.).
- 87 Testimonio de la presencia de Peñafiel en Gaeta, Martinez de la Rosa a Pidal, nº. 15, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S, Sede 2659. También hay una referencia a esta temprana reacción portuguesa en el despacho de Antonelli a Fornari, s. n., 4/1/1849 ASV, AN París 74 (FATICA, I, 463).
- 88 Conde de Colombí a Pidal, nº. 347, Lisboa 30/12/1848, AMAE: H-Política, S, Sede 2659.
- 89 Tanto el texto enviado por el embajador español a su gobierno como el entregado por el Encargado portugués de Negocios en Madrid Soares Leal a Pidal, el primero traducido al español y el otro en su original portugués en Conde de Colombí a Pidal, nº. 348, Lisboa 1/1/1849, AMAE:

- Política, S. Sede 2659 (Ap. Doc. nº. 43). También IDEM a IDEM, nº. 401, Lisboa 7/2/1849 AMAE: H-Política., S. Sede 2659.
- 90 Pidal a los agentes diplomáticos (españoles) de París, Turín, etc ..., Circular, Madrid 5/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 91 Pidal a Martínez de la Rosa, Instrucciones, Madrid 23/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659 (Ap. Doc. nº. 77) y Pidal a Conde Colombí, Madrid 25/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 92 España el 29 de diciembre del '48 presentaba un *Memorandum* al gobierno napolitano y francés recabando su derecho a tomar parte en el contencioso siciliano en virtud de Estado firmante de los tratados de 1815 que garantizaban la integridad del reino de las Dos Sicilias; asimismo, como país mediterráneo interesado en la defensa de sus intereses de zona y, en fin, como monarquía borbónica vinculada por parentesco con el Reino de Nápoles ( Texto del Memorandum en francés en A-AAEE: Corresp. Polit., Espagne 834, ff. 255-256v). Inglaterra opuso resistencia a tal idea; su embajador inglés en Nápoles Lord Temple se manifestó en contra de la participación del Duque de Rivas en el arreglo del asunto siciliano argumentando que no era necesario, pues el trabajo de Francia e Inglaterra era de mediación entre la isla y el continente y no de estar procurando una secesión y además porque estando interrumpidas las relaciones entre Madrid y Londres, Lord Temple se vería obligado a pedir instrucciones a Lord Palmerston para dar satisfacción al gobierno de Madrid (Cfr. Lord Temple al Príncipe de Cariati, Nápoles 29/1/1849, anejo al Nº. 57 de Rayneval a Drouyn de Lhuys, ff. 31-33v y Rayneval a Drouyn de Lhuys, nº. 58, Nápoles 7/2/1849, 34ss, en A-AAEE: Corresp. polit., Naples 177).
- 93 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 24, muy reservado, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 94 IBIDEM.
- 95 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 22, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 96 IBIDEM.
- 97 Duque de Rivas a Martínez de la Rosa, nº. 678, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 98 Duque de Rivas a Martínez de la Rosa, nº. 681, Nápoles 14/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659. Aneja la respuesta oficial del gobierno napolitano del 8 de enero.
- 99 Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 22, Gaeta 3/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 100 Conde Spaur a Martínez de la Rosa, Gaeta 6/3/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659 (Ap. Doc. nº. 87).
- 101 En un ejercicio de oposición política implacable, la falta de iniciativas de Guizot para tratar de controlar la efervescencia

patriótica de Italia de 1847 se convirtió para la oposición de la izquierda orleanista en un arma de política interior más, interpretando esta inactividad del gobierno francés, debida en gran parte a las dificultades interiores, como una complicidad con Metternich. Exposición de ambas perspectivas de la política interior y exterior francesas en DEBIDOUR, *Histoire Diplomatique de l'Europe*, I, 447-456.

- 102 Pocos gestos podrían mejor significar las simpatías de la revolución de febrero por la causa patriótica de Italia que las palabras de Lamartine, responsable de la política exterior en el primer gobierno provisional de la República de febrero, a la primera delegación italiana que desde el 27 de febrero acudió a felicitarle: "*Votre cause est la nôtre... Eh bien! puisque la France et l'Italie ne font qu'un seul nom dans nos sentiments communs par sa régénération libérale, allez à dire à l'Italie qu'elle a des enfants aussi de ce côté des Alpes!*". En los meses precedentes Lamartine se había distinguido en los ataques a la política estrecha de Guizot en Italia y el 28 de octubre último había escrito: "*Il ne doit pas y avoir un soupir de liberté en Italie qui ne soit entendu de la France! Il n'y a pas besoin entre les deux peuples ni de protocoles, ni de traité, ni de serment d'alliance: ce sont les instincts qui jurent pour eux!*", cit por HENRY, *La France et les nationalités en 1848, d'après les correspondances diplomatiques*, *Revue historique*, año LXIV, tomo 186 (1939) 50-51.
- 103 De esta forma la rivalidad geoestratégica franco-austriaca en Italia ahora se doblaba más que nunca de la rivalidad ideológica: la reacción italiana se identificará tras el '48 con Austria y os revolucionarios con Francia, con la agravante de que Inglaterra también intentará colarse en Italia tratando de debilitar a Austria en connivencia con Francia, pero no de común acuerdo con ésta sino en lucha recíproca para mejor controlar el expansionismo francés en el área mediterránea, VALSECCHI, *L'évolution politique ... en L'Europe du XIXe. et XX siècle. Vol. I: Problèmes et interprétations historiques (1815-1870)*, 285-286.
- 104 Además de la bibliografía italiana que se interesa de la evolución interna de Austria tanto por su tradicional hegemonía sobre el bloque de los estados conservadores italianos como por la confrontación con el Piamonte (obras de Moscati, Valsecchi, Vaudi di Vesme, etc ...) conviene recurrir a algunos títulos de la historiografía austriaca que nos introducen en las perspectivas de la situación interna vienesa (Bach, Hartig, J. Marx, Rath, Kramer, Engel-Janosi, etc); nosotros nos limitamos a seguir las síntesis francesas de TAPIE, *La Révolution de 1848 dans l'Empire d'Autriche 1848-1851*, passim y GODECHOT, *Les révolutions de 1848*, passim y las obras generales traducidas al castellano, SIGMANN, *1848, Las revoluciones románticas y democráticas de Europa* passim y TAYLOR, *La Monarquía de los Habsburgos 1809-1918* passim.
- 105 Para conocer la nueva construcción política absolutista edificada por Schwartzenberg y Bach a partir de fines de 1848, véase, la obra clásica, CZÖRNIG, Carl von, *Österreich Neugestaltung 1848-1858* y FRIEDJUNG, Heinrich, *Österreich 1848-1860; sumariamente recogida la nueva orientación en las fuentes diplomáticas por MOSCATI, Austria, Napoli e gli stati conservatori...*, 13ss y TAYLOR, *La monarquía de los Habsburgos...*, 86ss, quien describiendo el nuevo intento de

absolutismo centralizado estampa la siguiente solemne afirmación: "Por primera y última vez el Imperio austriaco se convirtió en una estado completamente unitario. Hubo un único sistema de administración gestionado por funcionarios alemanes a las órdenes de Viena, un único código de leyes, un único sistema tributario", op. cit. 88.

- 106 MOSCATI, op. cit. 13.
- 107 Descripción sumaria pero suficiente del octubre vienés y húngaro en SIGMANN, 1848, *las revoluciones románticas y democráticas en Europa*, , 242-249. A modo de ejemplo acerca de la relación de la revolución vienesa con la asamblea alemana de Frankfurt, valga citar por comúnmente conocidas las airadas críticas de Marx contra dicha asamblea por la nula ayuda ofrecida al pueblo revolucionario de la capital del Imperio en su lucha contra la reacción monárquica; observaciones de Marx contenidas en un trabajo escrito en inglés y titulado *Revolución y contrarrevolución en Alemania* y que al no haberlo podido localizar en castellano la citamos en francés por la referencia de Godechot, *Les révolutions de 1848* en el Apéndice 413-433; censurando la timidez y connivencia de los asamblearios con las monarquía germánicas dice: "Le Parlement de Francfort et le bâtard qu'il avait mis au monde - suite de ces rapports incestueux avec la vieille Diète allemand - le soi-disant pouvoir central, profitèrent du mouvement viennois pour faire étalage de leur parfaite nullité. Cette méprisable assemblée avait, depuis longtemps, nous l'avons vu, sacrifié sa virginité; et toute jeune qu'elle était, elle commençait déjà à grisonner et à être experte dans tous les roueries de la prostitution hâbleuse et pseudo-diplomatiques". Más adelante apostrofa contra la misma asamblea por el hecho de su débil reacción ante la muerte en las barricadas de Viena de uno de sus emisarios oficiales adelantados a dicha capital Robert Blum y que una vez aquí sumándose a la revuelta popular, tras el fracaso de la misma, terminó por ser ejecutado: "L'Assemblée de Francfort, quoique frappée d'horreur, accepta cependant ce sanglant outrage avec une bonne grâce apparente. Elle vota une résolution qui, par la mansuétude et la décence diplomatique de la forme, était bien plutôt un outrage à la tombe du martyr assassiné qu'une flétrissure mortelle infligée à l'Autriche", op. cit. 433.
- 108 El aplastamiento de la insurrección húngara sumariamente en SIGMANN, 1848, *Las revoluciones ...*, 263-267; GODECHOT, *Les révolutions ...*, 265-266.
- 109 El 21 de noviembre antes de que se designara al nuevo titular de la Corona, fue nombrado como Primer ministro el Príncipe Schwartzemberg, nacido en Krumau (Bohemia) en 1800, oficial agregado a las embajadas de San Petersburgo, Londres, París y Berlín; ascendido en 1842 al grado de mayor general, fué ministro plenipotenciario en Turín y Parma y en 1848 estaba de embajador en Nápoles, cargo que abandonó para integrarse a la guerra en el Norte de Italia participando activamente en las batallas de Curtatone y Custozza, esta última, definitivo episodio que forjó el armisticio. Como se ve, una doble y logradísima carrera de soldado y diplomático que ahora, ante la peligrosa crisis institucional de la monarquía, debe dar la medida de su energía. Su política neo-restauracionista y sobre todo su diplomacia va a merecer naturalmente juicios muy contrastados; la historiografía austriaca contemporánea y

en general la opinión conservadora le es muy favorable. Su política restauracionista po a salvo a la Monarquía y la integridad territorial del Imperio en un momento gravísimo y crucial de fines del '48. Su obra política no logrará una consolidación definitiva, entre otras cosas por la prematura desaparición del estadista en 1852. La literatura inglesa le acusa por su enérgica posición antibritánica y lo conceptúa como supeditado a los intereses militares del Imperio; los italianos condicionaron en su día la valoración de su obra política a su posición en la cuestión nacional; hay quien le ha descrito como uno de los primeros promotores de la contrucción de un estado fuerte de una *Mittleuropa* (Fr. BERGEN, *Felix fürst su Schwartzenberg, ...* y HELLER, *Fürst Felix zu Schwartzenberg, Mittleuropas Vorkämpfer, ...*). Taylor es bastante severo en su juicio histórico: "*Schwartzenberg estuvo dominado por la teoría política de que la base del gobierno no eran las ideas sino la fuerza*", op. cit. 82. Moscati es más matizado en su apreciación, distinguiendo entre su gestión exterior e interior: "*Schwartzenberg poteve essere ed è stato buon diplomatico ed eccellente ministro di Affari esterí, ma non certamente altrettanto come Presidente del Consiglio*", op. cit. 13-20.

- 110 HERRE, *Kaiser Frantz Joseph von österreich. Sein Leben, seine Zeit*; seguimos y citamos la obra en trad. italiana, *Francesco Giuseppe*, 75-77.
- 111 La restauración *in integrum* no parecía posible ahora como tantas otras veces a pesar de las formulaciones retóricas y el deseo de adhesión al pasado: "*La idea dinástica fué puesta en cuestión y una vez desafiada nunca más volvería a tener aquella inconsistente seguridad del pasado. La 'idea austríaca' se convirtió en una idea como cualquiera otra que podía competir para recibir apoyo intelectual. La dinastía no sobrevivió sobre la base de su prpopia fuerza, sino manejando las fuerzas de naciones y clases rivales. El año 1848 marcó la transición de un modo de vida inconsciente a la búsqueda consciente de otro...*", TAYLOR, op. cit. 61.
- 112 HERRE, *Francesco Giuseppe ...*, 61 y 78. El nuevo titular de la Corona Francisco José que sustituía al emperador Fernando, era sobrino del dimisionario en cuanto hijo del Archiduque Francisco Carlos, a quien se solicitó su dimisión en favor de su hijo, trámite obligado por ser el padre de hecho el heredero legítimo de la Corona.
- 113 POUTHAS, *Démocratie et capitalisme (1848-1860)*, 52-54 y 137-141.
- 114 IBIDEM.
- 115 Apenas instalado en sus funciones Schwartzenberg comunicaba con fecha del 4 de diciembre al Barón Werner, jefe del ministerio de asuntos exteriores de su Gabinete, los criterios que guiarían la conducta del ministerio con Inglaterra y que deberían ser comunicados de inmediato al representante inglés en Viena Lord Ponsomby. En primer lugar y por encima de todo, el criterio de la legalidad o validez de los tratados internacionales establecidos en 1815: "*Nous nous maintendrons sur le terrain des traités, nous ne cederons une pouce de terrain!*". Tras unas observaciones de gallarda ironía se condena el intrusismo de

Londres: "Lord Palmerston se croit un peu trop l'arbitre des destinées de l'Europe. Pour notre part nous ne sommes nullement disposés à lui décerner, chez nous, le rôle de la providence. Nous ne lui imposerons jamais nos conseils sur les affaires de l'Irlande; qu'il s'épargne la peine de nous en donner au sujet de la Lombardie. A en croire les notes, dépêches et communications verbales qu'il nous prodigue, on dirait que rien ne l'occupe plus que le bonheur et le bien-être de notre Empire". Al fin, constatando el distanciamiento entre Inglaterra y la Casa de Austria, acepta resignado esta situación cualesquiera sean las consecuencias: "Les liens qui depuis des siècles avaient uni les deux Cours sont, si non brisés, du moins tellement relâchés que même les rapports de simple courtoisie sont devenus pour ainsi dire impossibles ... Vous me direz que c'est la guerre qu'il y a au bout de ma plume. C'est possible mais ce n'est pas de notre faute. L'Europe jugera entre nous et l'Angleterre", cit. por MOSCATI, 26-27. El representante francés en Viena de La Cour no comunica otra cosa a París al referirse a su análisis sobre la situación italiana: " L'éventualité d'un arrangement des Affaires Italiennes sur d'autres bases et suivant d'autres vues que celles attribuées généralement à la politique de Lord Palmerston et que le Cabinet de Vienne surtout reproche amèrement à ce Ministre de chercher à faire prévaloirs au risque de compromettre la Paix Générale est évidemment un objet de préoccupation pour les agents anglais. Le jugement qu'il n'est pas rare d'entendre porter ici sur la conduit du Secrétaire d'état Britanique, qu'on accuse d'avoir fait défection à l'antique alliance de l'Autriche; la manière dont le Comte Schwartzenberg s'exprime parfois sans beaucoup de ménagement sur le même sujet, ne peuvent qu'ajouter à la valeur de su supposition", De la Cour a Drouyn de Lhuys, nº. 113, Viena 25/12/1848, A-AAEE: Corresp. Polit. Autriche 437, f. 197.

- 116 Conforme a los criterios enunciados, las primeras instrucciones de Viena a su representante en París eran taxativas en este sentido: "Quant à la question d'Italie, le but constant de vos efforts éclairés doit être de détacher, autant que possible, le gouvernement français de la politique de Lord Palmerston. L'avènement du nouveau pouvoir nous facilitera, si tout ne me trompe, cette tâche importante", Schwartzenberg a Thom, nº. 1, Olmütz 20/12/1848, cit. por MOSCATI, 29.
- 117 Sobre la repugnancia que los Habsburgos podían sentir por un descendiente de Napoleón, cfr. TAYLOR, 81.
- 118 No obstante este obstáculo inicial, Valsecchi ha subrayado con fuerza la importancia de las investigaciones de nuestros días demostrando el realismo político del planteamiento de Schwartzenberg en sus relaciones con París: "A Viena si è più realista. Felice di Schwartzenberg non condivide gli scrupoli e le repugnanze di Pietroburgo e di Berlino. Ragiona in termini di politica pura. La situazione a Parigi - pensa - è quella che è, e non è in nostro potere modificarla. Quel che importa è trarne profitto. Luigi Napoleone, il restauratore dell'ordine in Francia deve essere attirato nel campo conservatore: bisogna aprirgli le braccia per impedire che passi nell'altro campo, che si getti nelle braccia dell'Inghilterra ... Portare la Francia nei ranghi delle Potenze conservatrici!. Assorbire la Francia nel corso della politica conservatrice! Sarebbe stato un colpo maestro: non soltanto si sarebbe assicurata la stabilità dell'ordine europeo, ma anche - ciò che non

meno importava a Vienna - si sarebbe tolto allo Zar il monopolio della difesa dell'ordine che con tanta invadenza si arrogava", VALSECCHI, *Il problema italiano nella politica europea (1849-1856)* en *Atti del XXV Congresso di Storia del Risorgimento ...*, 11.

- 119 DI NOLFO, VII, 272 (traducción española nuestra).
- 120 MOSCATI, 20-26.
- 121 Opinión de muchos cardenales creyendo que Austria sería la misma de antes del '48.
- 122 Así se expresan los embajadores españoles en París y en Gaeta, Duque de Sotomayor a Pidal, nº. 15, París 10/1/1849 y Martínez de la Rosa a Pidal, nº. 29, Gaeta 22/1/1849, ambos despachos en AMAE: H-Política S. Sede 2659.
- 123 Bibliografía básica seleccionada únicamente con vistas a las necesidades de esta reconstrucción, es decir, prescindiendo del estudio del fenómeno revolucionario en cuanto tal y de sus orígenes en febrero; como obras fundamentales que tratan nuestro corto período cronológico con gran amplitud, LA GORCE, P. *Histoire de la Second République Française*; lo citaremos por su traducción española incorporada a la *Historia general de Francia*, vol. X, de la que hay que advertir que algunos capítulos del original están resumidos; SEIGNOBOS, *La Révolution de 1848 y le Second Empire (1848-1859)*, vol. VI de la *Histoire contemporaine* de LAVISSE; STERNE (condesa d'Agoult), *Histoire de la Révolution de 1848*, 3. vols.; obras más recientes y sintéticas: VIGIER, *La Second République*; GIRARD, *La Iie. République*; AGULHON, *1848 ou l'apprentissage de la République*; MURAT, *La Iie. République*; obras concernientes a Napoleón, GIRARD, *Napoleon III*; DANSETTE, *Louis-Napoleon à la conquête du pouvoir; Napoleon III, man of destiny, Enlightened Statesman or Proto-fascist?* (Editado por Brisson D. GOOCH); BLUCHE, *Le Bonapartisme*; TUDESQ, A. *J.L'élection présidentielle de Louis Napoléon Bonaparte, 10 décembre 1848*; TUDESQ, H., *La légende napoléonienne en France en 1848*, *Revue Historique*, septiembre de 1957.
- 124 Los resultados electorales en cifras fueron los siguientes: Votos emitidos; 7.327.345 que se repartieron así: Luis Bonaparte, 5.587.759; general Cavaignac (candidato oficial) 1.474.687; Ledru-Rollin (representando la izquierda radical) 381.026; Raspail (idem tendencia) 37.121; Lamartine (símbolo de la primera hora de febrero) 21.032, siguen los votos perdidos, MURAT, *La Iie. République*, 337 y LA GORCE, 455 (en trad. españ.). Mapas electorales según regiones y estadísticas según normas de la sociología electoral contemporánea en TUDESQ, *passim*.
- 125 La estupefacción e incredulidad ante los resultados fué tan grande que se temió cualquier movimiento extraño en una Asamblea constituyente que se sabía condenada, por no representar a partir de este resultado de las urnas al país real; todo ello obligó a que la proclamación oficial del nuevo presidente ante la Cámara se hiciera deliberadamente de forma imprevista, MURAT, 337-338.

- 126 La formulación de la nueva situación que el propio Barrot nos ofrece en sus Memorias es impecable: "*L'Assemblée avait eu jusqu'alors pour dépositaires du pouvoir exécutif des clients dont elle disposait; elle avait désormais en face d'elle un pouvoir qui avait sa force en dehors d'elle et qui était destiné à lui succéder. Par ces diverses raisons, nous ne pouvons guère compter sur ses bonnes dispositions à notre égard*", BARROT, *Mémoires*, III, 48.
- 127 En tal hipótesis cabe decir que ahora como otras tantas veces los políticos en activo y los observadores profesionales se equivocan, aunque no todos. A este respecto no deja de ser muy meritorio el análisis que de las posibilidades y del éxito de Luis Bonaparte hacía el recién instalado embajador español en París, el Duque de Sotomayor en fechas excepcionalmente tempranas, sobre todo porque descubre dos de las razones sociológicas que han de contribuir al sorprendente resultado: el sufragio universal ejercido por el campesinado unido al mito del nombre napoleónico: "*Todas las probabilidades están por Luis Bonaparte que cuenta con una gran mayoría en la población rural por el recuerdo de su tío el Emperador Napoleón cuya memoria subsiste todavía con gran prestigio en los campos. A esto se añada un sentimiento que se revela aun en las clases más elevadas de la necesidad de que empulle las riendas del gobierno una mano fuerte y de alguna manera autorizada que pueda salvar a la Francia de los eminentes peligros que le amenazan. Nada hay posible en este momento más que el General Cavaignac o Luis Napoleón*", Duque de Sotomayor a Pidal, nº. 51, París 31/10/1848, AMAB: H-Correspondencia, Francia 1502.
- 128 Análisis pertinente de esta fase preparatoria en MURAT, 329-333.
- 129 Sobre las negociaciones de los católicos con Luis Napoleón, TRANNOY, *Notes et Lettres de Montalembert* en *Revue Historique* (1941) oct.-décemb.; el noble dirigente de la fracción parlamentaria católica nos ha dejado testimonios muy precisos de las transacciones de aquellos días; en primer, lugar que la personalidad del candidato no era tan insignificante como algunos lo retrataban: "*ses manières et sa conversation me plaisent beaucoup et je ne conçois pas d'où lui vient sa réputation d'incapacité*"; en el manifiesto del 29 de noviembre el vástago napoleónico afirmaba taxativamente: "*La protection de la religion entraîne comme conséquence la liberté d'enseignement*"; por lo demás, la potenciación de este hombre, extraño al sistema político nacido en febrero del '48, satisfacía al tribuno: "*je veux Louis Bonaparte d'abord comme démenti donné au fait de Février par la voix de la France et ensuite comme le seul moyen de rendre la République si non acceptable du moins tolérable aux honnêtes gens. (...) Il ne sera pas la créature de ces misérables vainqueurs. Il ne leur devra rien, ni son pouvoir, si ses idées, ni ses appuis*", LECANUET, *Montalembert*, II, 414-419.
- 130 En la carrera por ganar el favor de los católicos, ambos candidatos preferidos se emplearon a fondo; cuando Cavaignac prometió proteger la persona del Papa, el periodista católico Veuillot que trabajaba por Napoleón pudo invalidar hasta cierto punto la oferta replicando: "*Il ne s'agit pas du Saint-Père; il s'agit des droits du Saint-Siège*"; Napoleón para no decepcionar a sus aliados electorales hubo de adoptar un nuevo compromiso, MURAT, 334-335.

- 131 En la carta de Luis Napoleón escrita el 7 de diciembre al Nuncio Fornari y publicada por algunos periódicos el día 8 decía de su primo romano: "*Je déplore de toute mon âme qu'il n'ait point senti que le maintien de la souveraineté temporelle du Chef vénérable de l'Église était intimement lié à l'éclat du catholicisme comme à la liberté et à l'indépendance de l'Italie*", expresión ambigua en la que el antiguo militante del Risorgimento al afirmar defender la soberanía temporal de los Papas no renuncia al proyecto nacional italiano, en Fornari a Antonelli, nº. 1468, París 8/12/1848, ASV SdS 165 (1848-50) fas. 28, ff. 18-19 (FATICA, I, 405-407).
- 132 POUTHAS, *Le pontificat de Pie IX*, 86.
- 133 El comentario crítico de Marx apunta contra los liquidadores de la jornada revolucionaria del 13 de junio que para él tuvo una significación no de jornada meramente republicana como las de febrero sino de revolución contra la burguesía; la victoria arrastrada por su lógica propia se tragaba a sus vencedores y las elecciones del 10 de diciembre no eran otra cosa que el desvelamiento de una lógica calamitosa; el texto rezuma un tono de amargura y sarcasmo para con los republicanos moderados de Cavaignac, aplastados por las urnas en un auténtico "coup d'état": "*El primer día en que se puso en práctica la Constitución fué el último día de la dominación de la Constituyente. En el fondo de la urna electoral estaba su sentencia de muerte. (...) El 10 de diciembre de 1848 fue el día de la 'insurrección de los campesinos'. Hasta este día no empezó Febrero para los campesinos franceses. (...) La República se había presentado ante esta clase con el 'recaudador de impuestos'; ella se presentó ante la República con el 'emperador'. Para los campesinos Napoleón no era una persona sino un programa. Con música y banderas fueron a las urnas al grito de "Plus d'impôts, à bas les riches, à bas la République, Vive l'Empereur!"*, MARX, K, *Las luchas de clases en Francia*, 146. El tipo de explicación de Marx entendido como esfuerzo de racionalización, aparte de ser demasiado sumario, apenas será tenido en cuenta en la larga época del Imperio napoleónico; los comentaristas preferirán adherirse cómodamente a la tesis de un movimiento de opinión irracional en que el bonapartismo como estilo y tendencia se identificará con el analfabetismo político, AGULHON, *1848 ou l'apprentissage de la République*, 85.
- 134 Trabajos monográficos de sociología electoral actual citados por Murat, proyectados bien para toda Francia bien para alguna de las regiones o departamentos, ofrecen conclusiones mucho más matizadas; por ejemplo, la más arriba citada obra de TUDESQ, A.-J. "*L'élection présidentielle ...*, passim y BOIS, *Paysans d'Ouest; des structures économiques et sociales aux options politiques, depuis l'époque révolutionnaire, dans la Sarthe*, cit. por MURAT, 344 y 346 y 514.
- 135 Guizot desde el exilio y con el poder perdido lo comentará en sus *Mémoires* con su acostumbrada brillantez no exento de cierta maligna satisfacción: "*L'expérience a révélé la force du parti bonapartiste, ou pour dire plus vrai, du nom de Napoléon. C'est beaucoup d'être à la fois une gloire nationale, une garantie révolutionnaire et un principe d'autorité. Il y a de quoi survivre à de grandes fautes et à de longs revers*". Montalembert a su vez en una fórmula célebre y expresiva

dirá: " *la défaite du rationalisme démocratique par un nom*", que el autor a quien seguimos lo parafrasea así: la idea de una República por una gran historia, MURAT, 341 y 357.

136 Buen análisis de los aspectos más conservadores e inaprensibles del bonapartismo y del carácter fundamentalmente centrista de su electorado en BLUCHE, *Le bonapartisme*, 68-72.

137 Luis Napoleón Bonaparte era hijo de Luis rey de Holanda, el benjamín de los hermanos del gran corso y de Hortensia de Beauharnais, hija de la emperatriz Josefina. Obligada referencia de los historiadores constituye el aludir a las dudas sobre la legítima filiación del nuevo vástago napoleónico. De todas las lecturas a nuestro alcance quien se detiene con mayor interés en dicha cuestión es Dansette concluyendo en favor de la indudable legitimidad, según la cual en el caso presente se cumpliría con certeza: "*Le père est celui qui désignent les justes noces*", DANSETTE, *Louis-Napoléon à la conquête du pouvoir*, 23-35.

De todas formas el tema fué objeto de comentarios en los días de haber conquistado el poder e incluso podía constituir un recurso de insulto y afrenta en conflictos dentro de la propia familia napoleónica. El Duque de Sotomayor a raíz del nombramiento de Jerónimo Napoleón, primo de Luis, para embajador de España tras la retirada de Lesseps en la primavera del '49 y su inmediata destitución a causa de un discurso pronunciado por Jerónimo en Burdeos, nuestro embajador, decimos, refería a Madrid una acalorada discusión habida en el palacio del Elíseo entre ambos primos en el cual el destituido reprochó al Presidente que: "*no era extraño tuviera tales 'procederes' un bastardo por cuyas venas ninguna sangre de Napoleón corría*"; el Presidente indignado apenas pudiendo soportar el insulto, retó a su primo a duelo, situación que fué neutralizada por los ministros que disuadieron al Presidente de tal propósito, Duque de Sotomayor a Pidal, nº. 220, París 1/5/1849, AMAE: H-Corresp. Francia 1733.

138 Cuando al impulso del mito de Santa Elena que en los años de la monarquía orleanista adquiere verdadero furor, se procede en diciembre de 1840 a trasladar los despojos del primer Napoleón a París, el sobrino, condenado a perpetuidad en aquel mismo año tras la aventurada acción de Boulogne y prisionero ahora en la cárcel de Ham, en un esfuerzo por apropiarse el mito del tío y fundiendo su drama con el del ilustre exilado para abrazarlos en un mismo proyecto político, redacta un patético llamamiento dirigido al primero de los Napoleones: "*Sire, voi ritornate nella vostra capitale e il popolo in folla saluta il vostro ritorno. Io, dal fondo della mia prigione, non posso scorgere che un raggio di sole, che illumina il vostro feretro... In mezzo al sontuoso corteo che accompagna, voi avete un istante gettato lo sguardo sulla mia tetra dimora, e memore delle carezze che mi avete prodigato nell'infanzia, voi mi avete detto: tu soffrì per me, amico mio, sono contento di te*", cit. por VALSECCHI, F., *Italia ed Europa nel 1859*, 24. Lamentablemente no hemos podido disponer de este texto en su original francés.

139 Efectivamente Luis Napoleón fué quedando sin posibles competidores en la apropiación de la herencia política familiar; en 1831 muere su hermano mayor Napoleón-Luis, enfermo de sarampión cuando juntos ambos

hermanos tomaban parte en la insurrección de las *Romagne*, acción por la cual fueron desautorizados por sus predecesores Jerónimo y Luis tío y padre respectivamente. Al año siguiente muere el duque de Reichstadt Napoleón II; el tío José habiendo muerto en 1844 y su padre en 1846, Luis Napoleón se convertía en el pretendiente legítimo a la sucesión, MURAT, 362-368.

140 VALSECCI, 22-30 y MURAT, 361-368.

141 Utilizamos una literatura memorialista muy restringida de los siguientes personajes, todos ellos protagonistas de los aspectos fundamentales de la crisis romana en la cúpula del poder parisino: BARROT, *Mémoires posthumes* en Vol. III; FALLOUX, *Mémoires d'un royaliste*, 2 vols; TOCQUEVILLE, *Souvenirs*, citados por trad. española, *Recuerdos de la revolución de 1848*; V. HUGO, *Choses vues. Souvenirs, ... 1847-1848* e IDEM, *Choses vues. Souvenirs ... 1849-1869*, passim.

142 Difícil elegir un nombre tan prestigioso como el de Tocqueville quien pone sobrada ironía y no demasiado afecto al describir afecto al personaje con estas palabras: "*Su capacidad de disimulo, notable en un hombre, como él que se pasó la vida entre complots, se apoyaba especialmente en la inmovilidad de sus rasgos y en la inexpresividad de su mirada porque sus ojos eran poco brillantes y opacos como esos cristales gruesos destinados a iluminar los camarotes de los barcos, que dejan pasar la luz pero a través de los cuales no se ve nada*", en *Recuerdos ...*, 246.

143 Los errores de juicio sobre su capacidad y talento, motivados ante todo por prejuicios, pues apenas le conocían, es reconocido y aceptado por el testigo anterior: "*Era muy superior a lo que su vida pasada y sus locas empresas habrían podido hacer pensar razonablemente de él. (...) Lo eligieron ... no por su valor sino por su supuesta mediocridad; creyeron encontrar en él un instrumento que podrían utilizar a discreción y que siempre les sería fácil romper cuando quisieran y se equivocaron profundamente*", IDEM, 245. Los conflictos con el gabinete fueron inmediatos; el más grave con Mr. de Maleville, ministro del Interior a quien le solicitó le pasara la documentación existente en los establecimientos policiales sobre su participación en los complots contra el poder y le facilitara inmediatamente los 'rapports' de la prefectura de policía sobre los asuntos de Italia; como el ministro se mostrara remiso y hasta reticente a cumplir tal misión, le escribió a éste una carta que el ministerio la consideró ofensiva, por lo que todos en bloque presentaron su dimisión, recordándole al Presidente el carácter parlamentario de la República. La dimisión no fué aceptada y las aguas volvieron a su cauce; el presidente del Consejo de ministros Barrot podrá escribir: "*Cet excellent jeune homme, est autant à plaindre qu'à blâmer. Son éducation ne l'a point préparé aux devoirs parlementaires*"; tras este incidente las líneas entre unos y otro quedaban bien marcadas; de todas formas el citado Maleville no aceptó la rectificación, ni tampoco otro de los ministros Bixio, un republicano ardiente, que se mantuvieron firmes en su resolución y dimitieron definitivamente, siendo sustituidos por dos orleanistas, LAVISSE, *Histoire de la France contemporaine...*, vol. VI, 129.

- 144 BARROT, *Mémoires ...*, III, 39-45. Datos fundamentales del jefe del ejecutivo francés relacionado con nuestra materia: Odilón Barrot (1791-1873) abogado de casos clamorosos en el orden civil y político-social en la época de la Restauración, fué uno de los fundadores de la Monarquía de julio de 1830 pero será el jefe de la oposición dinástica sobre todo en su lucha contra Guizot. En la Asamblea Republicana de abril del '48 se situó a la derecha y Luis Napoleón lo elige como primer ministro que lo será hasta octubre del '49 a través de dos gabinetes ministeriales, *DBF*, vol. VI, col. 624-626.
- 145 Las Memorias de Barrot abundan en confesiones en tal sentido; ante todo, la diferencia de pensamiento y dirección política entre ambos: "... je sentais qu'il y avait un abîme entre les idées du Président et les miennes..."; el control no siempre total de la doble y contradictoria alma y proyecto que en él residía: "il lui arrivait quelquefois de trahir sa pensée par des jets soudains; mais à la première résistance, il la repliait dans le secret de son âme et paraissait se rendre aux raisons de ses conseillers, alors qu'il ne faisait qu'ajourner et attendre"; por fin, el fragil aunque logrado equilibrio en que se sustentaba la conjunta dirección de los asuntos del país: "Il ne me fut pas difficile de deviner tout de suite ce caractère tout à la fois entreprenant et réservé et de pressentir que si nous pouvions traverser ensemble et en bon accord des temps de crise, pendant lesquels combattre c'était gouverner, cet accord cesserait aussitôt que le danger ne ferait plus diversion à la contrariété si profonde de nos sentiments et de nos opinions", BARROT, *Mémoires ...*, III 39-40.
- 146 Tocqueville es taxativo y extremadamente duro juzgando sus convicciones políticas: "En materia política el rasgo característico y fundamental de su espíritu era el odio y el desprecio de las asambleas. El régimen de la monarquía constitucional le parecía más intolerable incluso que el de la República. El orgullo ilimitado que le daba su nombre se inclinaba gustosamente ante la nación pero se revolvía contra la idea de sufrir la influencia de un parlamento", TOCQUEVILLE, *Recuerdos ...*, 247.
- 147 Cit. por MURAT, 377.
- 148 El estado de ánimo de la mayoría de la Asamblea Nacional derrotada en las elecciones y herida de muerte políticamente, era hacer fuego de cualquier astilla: "Le parti républicain, même dans ses nuances les plus modérées, commençait à craindre sérieusement pour l'existence de la République; (...) avait eu pour dépositaire de pouvoir exécutif des clients dont elle disposait; elle avait désormais en face d'elle un pouvoir qui avait sa force en dehors d'elle et qui était destiné à lui succéder", BARROT, *Mémoires ...*, III, 48.
- 149 VALSECCHI, *Italia ed Europa nel 1859*, 22-23 y 3032.
- 150 IBIDEM.
- 151 Barrot percibió pronto esta vertiente de la sensibilidad del Presidente: "Le Président de la République n'était pas insensible à l'honneur de rendre à la catholicité son Chef aimé et révééré. Il ne

*manquait pas d'ailleurs de conseillers qui faisaient ressortir à ses yeux combien ce rôle de protecteur de la foi catholique pouvait profiter à son ambition et à ses vues d'avenir ...*", BARROT, III, 145, cit. por BOURGEOIS-CLERMONT, *Rome et Napoléon III (1849-1870)*, 6.

152 En la historiografía francesa el nombre de este católico liberal aparece ligado sobre todo a la ley de la reforma de la enseñanza de 1850 por él promovida a partir de la presencia actual en el gabinete y muy combatida por la izquierda y en general por la tradición laica francesa; de ahí más que por otra razón cualquiera, su consideración de ministro clerical "*c'est un chartreux déguisé en laïque*", en *Grand. Diction. Univ. du XIX*. LAROUSSE, vol. XI, 1566. Un resumen claro y conciso de su actividad como ministro de educación e impulsor de la reforma educativa en LAVISSE, *Histoire de la France ...*, vol. VI, 140-143; 147-150. Sobre la acción política del Vizconde como defensor del Papado en el ministerio presente, ante todo su obra autobiográfica: DE FALLOUX, *Mémoires d'un royaliste*, sobre todo, I, 389ss.; también BARROT, op. cit. III, 41; LEBEY, *Louis Napoléon Bonaparte et la ministère Odilon Barrot*, 12-22.

153 Rectificando en parte a Barrot quien en sus Memorias se atribuía el mérito de haber enrolado a Falloux en el ministerio, éste sin embargo puntualiza en las suyas: "*M. Odilon Barrot se trompe; c'est bien lui, en effet, qui m'a proposé le ministère, mais c'est l'abbé Dupanloup qui me l'a fait accepter*", I, 391. Así es en efecto. Lebey utilizando una biografía del obispo de Orléans Mons. Dupanloup que en la época todavía era sólo presbítero, recompone con gran esmero la gestación de la elección de este representante del partido católico en el ministerio como personalidad de segunda final, menos brillante que su jefe indiscutible Montalembert pero flexible y tenaz en la defensa de sus objetivos. Falloux en principio se opone a entrar en el ministerio por escrúpulos políticos y personales, sobre todo porque dudaba de su capacidad; pero Dupanloup hace recaer sobre sus espaldas toda la responsabilidad de salvar en el instante presente la enseñanza católica en Francia y la defensa de la soberanía temporal del Papa. Con este sentido de mandatario de un grupo con un doble objetivo muy puntual y preciso, da el paso y otorga su significado pleno a la famosa frase recogida por las historias generales (ofr. LAVISSE, VI, 28) como dirigida a Thiers, por él mismo comentada en sus Memorias aunque no exactamente con la frase tan citada de: "*Ne me remerciez pas encore... je viens à vous parce que les prêtres m'envoient...*", LEBEY, 17-24.

154 En línea con la confidencia anterior a Thiers, está su reveladora visita al Nuncio la mañana misma en que iba a tomar posesión de su cargo de ministro para manifestarle su voluntad de trabajar estrechamente con el prelado pontificio con la mira puesta en defender los intereses del Papado y los religiosos de su país "*determinato a dimettersi allor quando vedrà di non poterli sostenere e protestandomi apertamente che non prenderà alcuna determinazione di qualche interesse ... senza mettersi di concerto con me*", Fornari a Antonelli, nº. 1484, ASV, SdS 165 (1848-50) fas. 28, ff. 39-40 (FATICA, I, 440-442). Más importantes todavía sus sentimientos en la carta a Pío IX apenas instalado en el poder: "*Dans l'affliction profonde que j'ai éprouvée en me voyant chargé d'un fardeau au-dessus de mes forces, j'ai ressenti cependant une bien douce consolation: c'est l'espoir de rendre quelques*

- services passagers à l'église et de rencontrer quelque occasion de montrer mon dévouement particulier à Votre Sainteté. Cette occasion, le malheur des temps ne l'a que trop fait naître!*", Falloux a Pío IX, París 8/1/1849 en *Mémoires*, I, 437, cit. por DI NOLFO, VII, 275.
- 155 La afirmación del sagaz intelectual es muy perentoria: *"El ministro en quien el presidente confiaba más era Falloux. Siempre he creído que éste le había ganado por algo más sustancial que lo que ninguno de nosotros podía ni quería ofrecer... Yo estoy convencido de que inicialmente Falloux había entrevisto el partido que podía sacarse de Luis Napoleon ..."*, en *Recuerdos ...*, 267.
- 156 Edmond Drouyn de Lhuys (1805-1881) inicia su carrera diplomática en España en 1831 como agregado de embajada; en 1836 vuelve a Madrid reclamado por el embajador M. de Rayneval y trabaja como primer secretario aquí hasta 1840 para pasar a París al Ministerio donde se alinea políticamente contra Guizot y le vale aparecer como un hombre de la oposición orleanista. Diputado tras la revolución de febrero y Presidente de la Comisión Parlamentaria de exteriores, va a ser ministro de Negocios Extranjeros en cuatro gabinetes del período napoleónico, quedando por el ello su nombre adscrito a la diplomacia napoleónica como uno de sus nombres más imprescindibles; en 1848-49 que coincide con parte de esta historia; en 1851 por unos pocos días; 1852-55 y en 1862-1865 en la época en que justamente se fija un término a la presencia militar francesa en Roma, cfr. art. correspondiente en DBF, vol. XI, col. 834-836 y sobre todo, D'HARCOURT, Comte de, *Les quatre ministères de M. Drouyn de Lhuys*, sobre todo 2-6.
- 157 Importante la observación de Falloux sobre el jefe de la diplomacia francesa desde el ángulo que interesaba al ministro católico: *"Il considérait conserver sa trône comme celui de toute autre souverain. Il répétait souvent: "J'aime mieux un bon Pape qu'un mauvais Pape, mais j'aime mieux encore un mauvais Pape que pas de Pape du tout"* en *Mémoires*, I, 441, cit. por BOURGEOIS-CLERMONT, *Rome et Napoléon III...*, 9.
- 158 La descripción del enviado véneto en París Valentino Pasini en el sentido de que en el nuevo poder en Francia convivían dos tendencias: una liberal, la del ministerio y otra reaccionaria, la de la camarilla no resulta convincente; sí en cambio el que el Presidente dudara entre inclinarse por el apoyo al catolicismo o a la causa nacional italiana, cit. por DI NOLFO, VI, 56-57.
- 159 BOURGEOIS-CLERMONT, 3.
- 160 Fornari a Antonelli, nº. 1487, París 23/12/1848, ASV SdS 165 (1848-50), fas. 28, ff. 52-53 (FATICA, I, 444-446).
- 161 Fornari a Antonelli, nº. 1488, París 25/12/1848, ASV, SdS 165 (1848-50), fas. 28, ff. 54-58 (FATICA, I, 446).
- 162 Fornari a Antonelli, nº. 1493, París 3/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fas. 28, ff. 73 (FATICA, I, 461-462).

- 163 Fornari a Antonelli, nº. 1495, París 5/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50), fasc. 28, ff. 82-86 (FATICA, I, 463-469).
- 164 *"Ella dal canto suo procurerà d'interessare codesto Governo a secondare il generoso impulso della nazione spagnuola, ora più che mai veramente cattolica, al quale scopo non le mancheranno riflessi ed argomenti per rendere efficaci i suoi officii, soprattutto ponendo in vista l'urgente necessità, nell'interesse più sacro della Chiesa cattolica, di porre fine alle più indigne violenze di cui è segno l'augusto suo Capo visibile"*, Antonelli a Fornari, s. n., Gaeta 3/1/1849, ASV, AN París 74 (FATICA, I, 459).
- 165 Duque de Sotomayor a Pidal, nº. 131, París 27/12/1848, AHN: Estado leg. 7108.
- 166 Duque de Sotomayor a Pidal, nº. 133, París 31//12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 167 Fornari a Antonelli, nº. 1495, París 5/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 82-86 (FATICA, I, 463-469).
- 168 IBIDEM; además Fornari a Antonelli, nº. 1517, París 25/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 131-134 (FATICA, I, 502-506).
- 169 *"Quant à la question d'Italie, le but constant de Vos efforts éclairées doit être de détacher, autant que possible, le gouvernement français de la politique de Lord Palmerston. L'avènement du nouveau pouvoir vous facilitera, si tout ne me trompe, cette tâche importante"*, cit. por MOSCATI, *Austria, Napoli, ...*, 29-30.
- 170 IBIDEM.
- 171 MOSCATI, 29.
- 172 Disponemos al menos de tres versiones y comentarios de la entrevista entre De Thom y Drouyn de Lhuys: dos despachos de Fornari a Antonelli (nº. 1498 y 1500, del 5 y 8 de enero respectivamente, más abajo citados) y el de Drouyn de Lhuys al representante francés en Viena De la Cour, nº. 1 del día 3 de enero que también lo citaremos más abajo).
- 173 *"Alla lettura di questo dispaccio il sig. ministro defli Affari esteri si mostrò meravigliato ed incominciò a dire che non comprendeva come il Santo Padre si fosse rivolto all'Austria, trascurando la Francia, e dicendo que questa risoluzione dell'Austria era una intervensione, e che la Francia non potrebbe permetterla; che essa, dal canto suo, sarebbe intervenuta per opporsi all'Austria e fini per domandare la comunicazione della lettera scritta dal Santo Padre a S. Maestà l'Imperatore"*, Fornari a Antonelli, nº. 1498, París, 5/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff.93-95 (FATICA, I, 470-473).
- 174 Drouyn de Lhuys a De la Cour, nº. 1, París 3/1/1849, A-AAEE: Corresp. Polit. Autriche 437, ff. 210-215.
- 175 Drouyn de Lhuys a de la Cour, nº. 113, 25/12/1848, A-AAEE: Corresp. Polit., Autriche 437, ff. 197-198.

- 176 El canciller austriaco en su entrevista con el representante francés era muy explícito al motivar la reconciliación con el Papa: *"Maintenant que le Pape ne peut pas être considéré même fictivement comme le Chef d'un gouvernement dont nous avons tant de raisons de nous plaindre, nous ne voulons pas que l'indifférence qu'on pourrait nous supposer pour sa cause, puisse contribuer à accroître la force ou la audace de la faction qui attente à son autorité"*, De la Cour a Drouyn de Lhuys, nº. 113, Viena 25/12/1848, A-AAEB; Corresp. Polit., Autriche 437, f. 191.
- 177 IBIDEM.
- 178 IBIDEM.
- 179 DI NOLFO, VII, 274; MOSCATI, *Austria, Napoli,...*, 39.
- 180 Fornari a Antonelli, nº. 1500, París 8/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 99-102 (FATICA, I, 475-479).
- 181 En las difíciles conversaciones de Fornari con Drouyn de Lhuys aquél percibe con claridad el espectro de la Asamblea: *"vidi benissimo che il gabinetto è compreso da questo timore e che non osa esporsi al pericolo di un rifiuto dell'Assemblea, che è quanto dire; è la paura che impedisce il Governo di eseguire il suo desiderio, perchè credo che in buona fede veramente il desiderano"*, IBIDEM.
- 182 Fornari a Antonelli, nº. 1498, París 5/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 93-95 (FATICA, I, 470-475).
- 183 Fornari a Antonelli, nº. 1500, París 8/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 99-102 (FATICA, I, 477).
- 184 La preocupación primordial de Francia estaba contenida en esta duda que habría que despejarla en Viena: *"En fin, (Autriche) décidé à soutenir le Saint-Siège, est il disposé à accepter tous les moyens efficaces de le protéger alors même que l'Autriche ne serait pas appelés à prendre une part principale dont tout de motifs de prudence et de saine politique doivent l'engager à éviter l'apparence?"*, Instrucciones de Drouyn de Lhuys al emisario a Viena Human, París 3/1/1849, A-AAEB; Corresp. polit., Autriche 437, ff. 216-219.
- 185 IBIDEM; MOSCATI, op. cit. 39-40.
- 186 Argumento pormenorizado en las conversaciones entre Thom y Drouyn de Lhuys y resumidas por el Nuncio an París, Fornari a Antonelli, nº. 1500, París 8/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 99-102 (FATICA, I, 476). También en MOSCATI, 40.
- 187 IBIDEM.
- 188 Schwartzenberg a De Thom, s. n. Viena 17/1/1849 en Anejo de la de Schwartzenberg a Mauricio Esterházy, nº. 1, Olmütz 23/1/1849 (BLAAS, 49-52).
- 189 Resumen del despacho precedente en MOSCATI, 40-41.

- 190 El contenido de la conversación entre De Thom y Drouyn de Lhuys resumido *ad sensum* in De Thom a Schwartzenberg, París 23/ 1/1849, cit. por MOSCATI, 42-43.
- 191 Discurso del que Schwartzenberg proferiría una solemne sentencia: "*d'un bout à l'autre il ne respirait que la guerre...*", cit. por DI NOLFO, VI, 102. Un resumen del discurso del rey Carlos Alberto al Parlamento sabauo en la misma obra; como objetivo prioritario de la segunda legislatura del régimen liberal se avanzaba el "*proseguire alacremente quell'assunto che verrà compiuto dell'Assemblea costituente del Regno dell'Alta Italia*"; es decir, la guerra y la independencia como objetivos mayores: "*... se gli ultimi eventi dell'Italia centrale hanno sospeso gli effetti delle nostre pratiche, portiamo fiducia che non siano per impedirlo lungamente. La Confederazione dei Principi e dei popoli italiani è uno dei voti cari del nostro cuore, ed useremo ogni studio per mandarla prontamente ad effetto*". Sobre la guerra los acentos son aún más claros: "*Le schiere dell'esercito sono rifatte, accresciute, fiorenti ne gareggiano di bellezza, di eroismo, con la nostra flotta; e io testè visitandole potei ritrarre dai loro volti e dai loro applausi qual sia il patrio ardore che le infiamma. Tutto ci fa sperare che la mediazione offertaci da due potentati generosi e amici sia per aver pronta fine. E quando la nostra fiducia fosse delusa, ciò non impedirebbe di ripigliare la guerra con ferma speranza della vittoria*", IDEM, 101-103.
- 192 En el estilo del gobierno Gioberti de renovar el personal de sus titulares de embajadas y de multiplicar los emisarios extraordinarios al resto de estados italianos, eligió al acaudalado lombardo Giacomo Plezza como nuevo embajador en Nápoles sin solicitar siquiera previamente el preceptivo *placet*; apenas llegado Plezza a Nápoles comenzaron las dificultades, primero con su predecesor Colombiano que sintió su remoción, no anunciada previamente, como una humillación; pero el escollo insuperable fué el gobierno napolitano y, al parecer, sobre todo el propio Rey quien se opuso formalmente a recibir al nuevo emisario, pretextando la participación anterior de Plezza en el gabinete liberal Casati. Arduas negociaciones y mediaciones de varias horizontes no llegaron a deshacer el nudo y Gioberti sacando las consecuencias más extremas del conflicto, interrumpió las relaciones con el Reino napolitano; resumen en DI NOLFO, VI, 26-30.
- 193 DI NOLFO, VI, 52. VIDAL, C., *La IIe. République et le Royaume de Sardaigne en 1849*, en RSdR (1950), pág. 505-530.
- 194 VIDAL, art. cit. 508.
- 195 MOSCATI, 42-44. LA GORCE, *La Segunda república y el Segundo Imperio...*, Vol. X de Historia General de Francia... , AA. VV., 485.
- 196 LA GORCE, op. cit. ibidem.
- 197 IBIDEM. Se trata del miembro católico del gabinete Mr. de Falloux quien en situación minoritaria en el equipo ministerial se atrevió a denunciar el alineamiento francés tras las tesis de Gioberti - fórmula ilusoria de situarse entre el rechazo de la República rebelde de Roma y el espíritu antiaustriaco de Francia - creyéndolo del todo ilusorio y

estúpido: *"Vouloir cacher la France derrière le Piémont, lui disais-je, c'est vouloir cacher un géant derrière un brin d'herbe. Tout le monde nous apercevra, et l'Autriche avant tout le monde. La France ouvertement déclarée arrêtera l'Autriche; la France, se dissimulant elle-même sous le couvert du Piémont, sera battue sans se défendre, sans avoir ni le bénéfice de la propagande révolutionnaire ni celui de l'action conservatrice"*, Mémoires, I, 442-443.

198 DI NOLFO, VI, 22-24; 57-58 y 68-70.

199 Las instrucciones de Gioberti a Arese no eran avaras en elogios al ilustre vástago del primer Napoleón: *"all'illustre nipote dell'uomo più grande che forse (avesse) visuto giammai; come la sua patria sper(asse) di essere redenta dalla sua virtù e dalla sua potenza, e come ogni cuore italiano (avesse) quindi provato visissima gioia al felicissimo annunzio dell'elezione di lui"*, cit. por DI NOLFO, VI, 57-58. En las palabras pronunciadas por Arese al Presidente se decía: *"Votre election a ranimé notre courage et la noble terre d'Italie, qui tant de fois a envoyé ses fils mêler leur sang, sur les mêmes champs de bataille, avec celui des glorieux soldats français, tourne ses yeux vers vous et espère que le puissant concours de la France et le vôtre ne lui manqueront pas pour reconquérir sa nationalité"*, cit. por VIDAL, art. cit. 505.

200 VIDAL, art. cit. 508.

201 DI NOLFO, VI, 23-24.

202 Gioberti estimulaba el amor propio francés empujando a Luis Bonaparte al intervencionismo en Italia: *"restituendo alla Francia quella maggioranza politica su tutta Europa, che fu già in addietro il retaggio di questa nazione; jamás tendría mejor ocasión "per restituire alla Francia l'antico primato, che l'impresa d'Italia. L'aver negletto questa opportunità (era stata) la rovina del generale Cavaignac e dei suoi consorti; il coglierla con vigore (sarebbe stata) la salute del Principe Buonaparte e del suo governo"*, cit. por DI NOLFO, VI, 68.

203 Las jornadas de fines de enero y primeros de febrero fueron duras para Gioberti; los términos de su carta a Arese a París lo denotan: *"Il governo non può essere sicuro di mantenere l'ordine e di salvare la monarchia contro i partiti esagerati se non abbraccia francamente e vigorosamente la causa dell'indipendenza (...) Io uscirò da questo stato d'inerzia come prima lo creda necessario per salvare interessi maggiori e comprimere le fazioni. Se la Francia invece di soccorrerci continua ad illuderci colle lusinghe di una mediazione inefficace, faremo la guerra da soli; la faremo disperatamente e metteremo a sacco se occorre non solamente l'Italia ma anche l'Europa"*, cit. por DI NOLFO, VI, 70.

204 DI NOLFO, VI, 22.

205 DI NOLFO, VII, 279.

206 Las directivas francesas en Drouyn de Lhuys a D'Harcourt, nº. 19, París 22/2/1849 en A-AAEE: Corresp. Polit., Rome 989, ff. 48-49v. Aunque

preciso sea puntualizar que era el embajador de la República en Gaeta el más decidido defensor de la combinación sardo- napolitana; en efecto, tras haber dejado sentado sus simpatías por el actual gabinete sardo: "*Le Cabinet le plus raisonnable sans contredit s'il est de bonne foi et s'il a des moyens d'accomplir ce qu'il propose, c'est le Cabinet Gioberti*", advertía todo decidido a Drouyn de Lhuys, añade más tadesobre la combinación sardo- napolitana de intervención: "*il propose au Roi de Naple de s'unir à lui pour réaliser ce projet, et oter par là aux étrangers le droit de se mêler de leurs affaires interieures italiennes pour satisfaire le Roi de Naples, il rennonce formellement à toute prétension à la Sicile, ce serait là certainement la meilleur combinaison à faire pour ramener le Saint Père dans ses états; cette intervention italiennes éloignerait bien des difficulttés, les quelles seraient grandes pour les étrangers; elle eviterait le contact de la France et de l'Autriche et ne nous ferait point entrer dans une voie dont il est difficile de prévoir les conséquences. Le Roi de Naples par ce concert avec le Piémont pourrait retrouver un peu de la popularité qu'il a perdu et quant aun détails d'exécution et un but de l'intervention, a savoir, la restauration du Pape, les grandes puissances pourraient en stipuler les conditions, dont elles prendraient la responsabilité et la garantie si elles n'etaient pas exécutées d'une façon conforme à leur intentions et à la dignité du Souverain Pontife*", D'Harcourt a Drouyn de Lhuys, Gaeta 12/2/1849, A-AABE: Corresp. Polit., Rome 989, ff. 40-41.

- 207 El gabinete francés renunció con sumo disgusto a tal fórmula. El 27 de febrero conocida la caída de Gioberti, Drouyn de Lhuys en despacho a Lesseps a Madrid se lamentaba de que no hubiese podido adoptar tal combinación: "*Habíamos pensado que la mejor manera de prevenir los inconvenientes de una intervención extranjera que se ejerciese para asegurar la restauración pontificia, sería que esta intervención la realizaran potencias italianas y en su consecuencia propusimos que a Cerdeña se uniera Nápoles cuyo concurso acepta el Papa ...*, cit. por LA GORCE, 485 nota.
- 208 Fornari a Antonelli nº. 1530, París 5/2/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 150-153 (FATICA, I, 514-517).
- 209 Fornari a Antonelli nº. 1538, París 15/2/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 164-168 (FATICA, I, 523-529).
- 210 Fornari a Antonelli nº. 1544, París 23/2/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 181-183 (FATICA, II, 40-43).
- 211 Fornari a Antonelli nº. 1548, París 27/2/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 192-196 (FATICA, II, 49-54).
- 212 BARIÉ, *L'Inghilterra e il problema italiano nel 1848-1849*, 251-271; DE GUICHEN, *Les grandes questions européennes et la diplomatie des puissances ...*, 292ss; BARBIERI, *I tentativi di mediazione anglo-francesi durante la guerra del '48 dai documenti diplomatici dell'archivio di Stato di Vienna en RSdR* (1933) 722-723; FILIPUZZI, *La mediazione anglo-francese 1848-1849 en Festschrift des Haus-Hofund-Staatsarchivs 1949*, vol. I, 783; DI NOLFO, VI, 52-76; CANDELORO, III, 255-274.

- 213 Resumen en BARIÉ, 198-214.
- 214 Sobre el espíritu de suficiencia de éste, el canciller austriaco es sumamente duro: *"A en croire les notes, dépêches et communications verbales qu'il nous prodigue, on dirait que rien ne l'occupe plus que le bonheur et le bien-être de notre Empire. Il trouve que l'Autriche croule, et il n'entrevoit qu'une chance de salut pour elle, c'est le démembrement de la Monarchie. Voilà à quoi aboutissent les conseils du principal Secrétaire d'Etat, voilà, depuis 8 mois, le point-de-mire de ses efforts. Je vous avoue franchement, que nous sommes fatigués de ces insinuations éternelles, de ce ton tantôt protecteur et doctoral, tantôt injurieux, toujours inconvenant. Nous sommes décidés à ne plus le tolérer. Lord Palmerston a dit un jour au baron de Koller que, si nous voulions la guerre, nous l'aurions; moi, je lui dirai que s'il la veut il l'aura. J'ignore si Lord Palmerston s'applique le mot de Louis XIV et s'il pense que l'Angleterre c'est lui. (...) Ce n'est ni à la légère ni sans regret que le Cabinet de l'Empereur subit la triste nécessité de quitter, à l'égard de l'Angleterre, la politique traditionnelle de la Maison d'Autriche"*, Príncipe de Schwartzemberg a Barón de Werner, Ölmütz 4/12/1848, cit. por MOSCATI, 26-27; Cfr. también el mismo despacho en nota 115.
- 215 De la Cour a Bastide, nº. 108, Viena 17/12/1848, A-AAEE; Corresp. Polit., Autriche 437 ff. 167-168; BARIÉ, 211-214.
- 216 VIDAL, *La IIe. République et le Royaume de Sardaigne en 1849*, en RSdR (1950), 505.
- 217 En las instrucciones de Drouyn de Lhuys al general Pelet se podía leer: *"Le renouvellement de la guerre de la part de Piémont serait la source d'inévitables désordres. Il importe que Charles Albert écoute la voix de la raison et de ses plus chers intérêts. Il faut le convaincre de tout ce qu'il y aurait de périlleux à recommencer une lutte inégale avec l'Autriche. S'il se faisait aggresseur, il ne devrait pas compter sur la coopération de la France"*, cit. por VIDAL, art. cit. 508.
- 218 VIDAL, 507 y 510.
- 219 DI NOLFO, VI, 70.
- 220 IDEM, 76.
- 221 *"io immediatamente gli esclusi la conferenza di Bruxelles, dicendogli (a Drouyn de Lhuys) che in questa conferenza, se avrà luogo, dominerà l'Inghilterra e che, ove si tratti degli affari del Capo della Chiesa, non deve dominare una potenza eretica"*, Fornari a Antonelli nº. 1500, París 8/1/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 99-102 (FATICA, I, 475-479).
- 222 El Nuncio utiliza la iniciativa española del Congreso para evitar toda tentación francesa de incluir en la agenda de Bruselas la cuestión romana por dar satisfacción a Inglaterra, que evidentemente lo desearía para que así Londres pudiera tener voz en el caso pontificio: *"non mancai di stimolare el Ministro degli Affari esteri a ridurre ad effetto le proposizioni della Spagna, ed egli mi si mostrò favorevole,*

- facendo anche l'elogio della conveniente condotta del Governo spagnuolo, ma sempre insistendo sulla conferenza che deve aver luogo a Bruxelles per gli affari del Piemonte coll'Austria; (...) mi sforzai di fargli conoscere che non è quella la proposizione della Spagna e che per conseguenza il rimettere gli affari del Santo Padre a quella conferenza, non corrispondeva allo scopo che si ha in vista, cioè che sia una conferenza di sole potenze cattoliche, avendo in quella luogo l'Inghilterra" Fornari a Antonelli n.º. 1506, París 15/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 113-115 (FATICA, I, 488-491).
- 223 IBIDEM.
- 224 Duque de Sotomayor a Pidal n.º. 18, París 15/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 225 Pidal al Duque de Sotomayor, Madrid 21/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 226 Bibliografía elemental de la proyección exterior de Nápoles: MOSCATI, *Austria, Napoli e gli stati conservatori*, 31-37; VAUDI DI VESME: *La diplomazia del Regno di Sardegna durante la prima guerra d'indipendenza*, vol. III; G. QUAZZA, *Relazioni con il Regno delle Due Sicilie (gennaio 1848 - dicembre 1849)*, passim; ARCUNO, *Il Regno delle Due Sicilie nei rapporti con lo Stato Pontificio (1846-1850)*, 85-95; MOSCATI, 31- 72; DI NOLFO, VII, 679-899; CANDELORO, III, 425-429.
- 227 Estas críticas llegaron a tal grado de importancia que el embajador español que podría pecar de cualquier cosa menos de imprudencia en este terreno se ve obligado a tomar una seria determinación: " Por último, me permití llamar la atención de S. Santidad hacia un punto delicado, que juzgué de mi deber hacerlo, tal es el mal efecto que produce en la opinión de Nápoles la continua estada del Rey de Nápoles en esta plaza, como si indicase cierto alejamiento o desvío, cosa que ha producido aun peor efecto por la circunstancia de haber sido reciente aún los días del Rey y del Príncipe heredero, sin que haya estado el Soberano en aquella Corte para celebrarlos. Dije a S. Santidad podía perjudicar a su propia causa y hasta mediaba la circunstancia de que el día primero del próximo febrero es el señalado para abrirse las Cámaras y se duda mucho que el Rey quisiese abrirlas; lo cual daba ocasión a cierta agitación en los ánimos y a disgusto aún entre las personas más leales. S. Santidad pareció estar de acuerdo con mis ideas y aun tengo entendido que tanto el Papa como el Cardenal han hecho algunas indicaciones al Rey con la delicadeza debida y con los miramientos que exige la noble conducta que está observando dicho Soberano ", Martínez de la Rosa a Pidal n.º. 29, Gaeta 22/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 228 CANDELORO, III, 425.
- 229 El título exacto de dicho documento es *Memorandum dettato da S. E. il Principe di Satriano al generale Sabatelli per la sua missione a Vienna (31/12/1848)*, texto editado por Blaas (IDEM, *Le Relazioni diplomatiche fra l'Austria e lo Stato Pontificio . . . .*, 39-41 ) y comentado por MOSCATI, 34ss.

230 MOSCATI, 34.

231 La respuesta austríaca al *Memorandum*, sin fecha, en BLAAS, 41-43.

232 Cfr. supra notas 78, 89 y 98.

233 Reiterando Fernando II al Duque de Rivas la aquiescencia ya manifestada a Martínez de la Rosa en Gaeta acerca del plan español "*elogiando sobremanera el proyecto y asegurándose que lo acogía gustosísimo y que contribuiría a su pronta realización*", en realidad lo modificaba suatancialmente, al introducir de inmediato una cuña muy perturbadora al diseño pidalino, "*me manifestó que sería de desear que en él tomaran parte activa la Inglaterra, Rusia y Prusia y que creía que debía celebrarse el Congreso aquí, en la ciudad de Nápoles por estar más inmediato a la actual residencia del Pontífice*", Príncipe de Cariati a Duque de Rivas, Nápoles 8/1/1849, Anejo a la del Duque de Rivas a Pidal nº. 681, Nápoles 14/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

234 Brunelli a Antonelli nº. 162, Madrid 7/2/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 40-45 y AN Madrid 313 (Ap. Doc. nº. 66).

235 Winspeare a Drouyn de Lhuys París 24/1/1849, A-AAEE: Corresp. Polit., Naples 177, ff. 79-86 (Ap. Doc. nº. 59).

236 Brunelli a Antonelli nº. 162, Madrid 7/2/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 40-45 y AN Madrid 313 (Ap. Doc. nº. 66).

237 "*le ragioni di convenienza che d'altronde si adducono non lasciano di aver qualche forza anche in relazione allo scopo che il Gabinetto spagnuolo si è prefisso ...*", IBIDEM.

238 Palabras de la respuesta del Duque de Rivas al Príncipe de Cariati, Nápoles 9/1/1849, Anejo 2º a la del Duque de Rivas a Pidal nº. 681, Nápoles 14/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

239 Winspeare a Drouyn de Lhuys, París 24/1/1849, A-AAEE: Corresp. polit., Naples 177, ff. 79-86 (Ap. Doc. nº. 59).

240 El Príncipe de Cariati al Duque de Rivas Nápoles 8/1/1849 (traducción nuestra del original italiano), Anejo nº. 1 a la del Duque de Rivas a Pidal nº. 681, Nápoles 14/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

241 Brunelli a Antonelli nº. 162, Madrid 7/2/1849 (traducción nuestra del original italiano), ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 40-45y AN Madrid 313 ((Ap. Doc. nº. 66).

242 IBIDEM.

243 Brunelli a Antonelli nº. 158, Madrid 21/ 1/1849. ASV SdS 165 (1848-50) fas. 26, ff. 21-22v y ASV AN Madrid 313.

244 Gioberti se reafirma ante Nápoles en su rechazo de la propuesta española: "*Stando adunche che lodevole e santissimo sia l'intento del Gabinetti Napoletano e Spagnuolo, ma che il mezzo proposto non sia atto a conseguirlo, resta a vedere se non si possa per una via diversa e più*

conveniente, pervenire al medesimo fine. Facciasi un Congresso di Principi Cattolici, ma questi solamente italiani. Si riuniscano Napoli, Toscana, Piemonte ed offrano concordi l'opera loro al Santo Padre, si adoprinno per ricondurre i Romani al buon sentiero, per conciliare gli animi solati a quel gran Pontefice ch'è il primo autore del Risorgimento italiano; offrano a esso Pontefice il sussidio non solo delle loro pratiche, ma anche delle loro armi ond'egli tornando in Roma, la sua dignità e la sua sacra persona sieno assicurate contro le trame e l'impero dei faziosi. Questo partito è degno della sincera e profonda religione che anima i Governi de Napoli, Toscana e di Sardegna. Questo partito deve piacere a tutti, e non può ingelosire né offendere nessuno. I Governi Cattolici non si sdegnano di non essere chiamati ed una deliberazione che deve aggirarsi non solo dei diritti temporali e politici del Pontefice. Non dovrà spiacere questo expediente al Gabinetto Spagnuolo in particolare, mosso da pio e sincerissimi zelo nelle sue profferte, troppo si affligirebbe se vedesse riuscire il Congresso immaginato a un esito differentissimo de quello che si propone, e rende vieppiù avversi gli animi, anzichè benevoli alla fede del Sovrano suo Capo", Gioberti al Encargado de negocios napolitano en Turin Ludolf, Turin 22/1/1849, Anejo a la de Abercromby, Ministro Plenipotenciario inglés en Turin a Lord Palmerston, Turin 23/1/1849, en CURATO, *Le relazioni diplomatiche fra la Gran Bretagna e il Regno di Sardegna*, Vol. II (enero 1849 - diciembre 1849), 56-58.

- 245 La comunicación a Nápoles, Drouyn de Lhuys a Rayneval, París 31/1/1849, A-AAEE: Corresp. Polit. Naples 177, ff. 98-100. La comunicación a Madrid, Drouyn de Lhuys a De Lesseps, París 31/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659 (Ap. Doc. nº. 63).
- 246 Pidal a Martínez de la Rosa, Madrid 22/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659. Estas mismas ideas contenidas en el despacho Pidal al Duque de Sotomayor, Madrid 9/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 247 Brunelli a Antonelli nº. 163, Madrid 11/2/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 48-49v y ASV, AN Madrid 313 (minuta).
- 248 "Francia se ha adherido a la propuesta de V. E. para tratar ... de los asuntos del Sumo Pontífice en un Congreso especial. El Encargado de Negocios de Francia en esa Corte tiene orden de hacer a V. E. esta comunicación oficial". (Es traducción oficial del francés; los puntos suspensivos, indican una interrupción de recepción del texto a causa de las nieblas), Duque de Sotomayor a Pidal, París 1/2/1849 - Irún 5/2/1849, AMAE: H-Política S. Sede 2659.
- 249 La entrega del despacho del Duque de Sotomayor al ministro de asuntos exteriores francés el 31 de diciembre en, Duque de Sotomayor a Pidal nº. 133, París 31/12/1848, AMAE: H-Política, S. Sede 2659. La entrevista entre De Thom y Drouyn de Lhuys resumida en sus pormenores y en cuanto al contenido del despacho de Schwartzberg, Fornari a Antonelli nº. 1498, París 5/1/1849, ASV SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 93-95 (FATICA, I, 470-473).
- 250 Los requerimientos en tal sentido del cardenal Pro-Secretario de Estado al Nuncio en París eran taxativos: "Ella dal canto suo procurerà d'interessare codesto Governo a secundare il generoso impulso della

nazione spagnuola, ora più che mai veramente cattolica, al quale scopo non le mancheranno riflessi ed argomenti per rendere efficaci i suoi officii, soprattutto ponendo in vista l'urgente necessità, nell'interesse più sacro della Chiesa cattolica, di porre fine alle più indegne violenze di cui è segno l'augusto suo Capo visibile" (Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 3/1/1849, ASV, AN Paris 74, FATICA, I, 458-459). " Ella vedrà che avendo la Spagna con una spontanea prontezza preso l'iniziativa, dovranno le sue pratiche limitarsi ad accelerare l'accordo delle potenze invitate a si generosa intrapresa e toglier di mezzo qualunque ostacolo, qualunque gara, per vederne affrettato il compimento. Se la Spagna, che porta il titolo di cattolica, ha voluto avere la preminenza, questa circostanza non deve trattenere le altre potenze, cattoliche in fatto al pari di essa, dal concorrere sollecitamente al nobile scopo", Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 6/1/1849, ASV, AN Paris 74 (FATICA, I, 473-475).

- 251 Las expresiones del embajador español: "(que S. Majestad la Reina) había visto con satisfacción que el Gobierno de la República Francesa había obrado bajo la impresión de iguales sentimientos, destinando (al recibir la primera noticia de tan infaustos sucesos) sus buques y sus soldados a la defensa de la sagrada persona del Padre común de los fieles"; además que "(España) entiende que la independencia del Jefe de la Iglesia no es una cuestión especial y privativa de los Estados Romanos sino que afecta a la Cristiandad en general y muy particularmente a los Estados Católicos", Duque de Sotomayor a Pidal nº. 131, 28/12/1848, AHN, Estado, leg. 7108 (minuta).
- 252 Las palabras lenificantes de Drouyn de Lhuys: "me aseguró que ningún incidente notable había ocurrido recientemente que provocase una medida inmediata; que el negocio era complicado y difícil para el actual Gobierno francés en razón de las dos Potestades que reunía el Sumo Pontífice pero que no perdía la esperanza que se encontrase una solución práctica para salir de este conflicto; que contaría con la España en cuanto pudiese ocurrir y que me informaría del progreso de cualquier negociación que se entablase por parte de Francia cerca de S. Santidad o en los Estados Romanos a fin de que el Gobierno español tome en ella la debida participación." (...) Esta respuesta que acompañó de consideraciones justas y prudentes y de términos honrosos para la España, me ha parecido por ahora satisfactoria", IBIDEM
- 253 "Para dar cumplimiento a la expresada Real Orden me he avistado con Mr. Drouyn de Lhuys a quien se la he leído y dejado copia de ella sin haber podido entrar en materia acerca de su objeto a causa de deber salir para el Consejo de Ministros S. E. a la hora en que le ví. No obstante, me dijo Mr. Drouyn que daría cuenta del asunto al Consejo y que me citaría para informarme de lo que hubiese resuelto en él y hablarme con más extensión del negocio", Duque de Sotomayor a Pidal nº. 133, Paris 31/12/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 254 La contradicción del gabinete francés primeramente anotada es la política: "... se encuentra a mi juicio en un verdadero conflicto entre el deseo de favorecer al Sumo Pontífice y el temor de los violentos ataques y exigencias del partido de la oposición de la Asamblea Nacional que ya empezaron a manifestarse por conducto del tribuno Mr. Ledru-Rollin". En segunda lugar su difícil situación financiera que la

convierte en pacifista por necesidad: "La mayor garantía que yo encuentro para la conservación de la paz en la crisis que se acerca, es el estado de la Hacienda de esta nación, amenazada de un crecido 'deficit' en el año actual que le será difícil cubrir, si no disminuye el ejército y que en el caso de aumentarlo por una colisión con el Austria en Italia, conduciría infaliblemente a la bancarrota", Duque de Sotomayor a Pidal nº. 15, París 10/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

255 Pidal a Duque de Sotomayor, Madrid 21/1/1849, AMAE, H-Política, S. Sede 2659.

256 Drouyn de Lhuys a De Lesseps, París 31/1/1849, AMEE: H-Política, S. Sede 2659 (Ap. Doc. nº. 63).

257 Drouyn de Lhuys a Rayneval, París 31/1/1849, cit. por N. BIANCHI, *Storia documentata della diplomazia europea in Italia*, Vol. VI, 491.

258 Idem a nota 256.

259 Duque de Sotomayor a Pidal nº. 46, París 1/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

260 Duque de Sotomayor a Narváez, París 27/1/1849, AAH: Fondo Narváez, caja 21.

261 Duque de Sotomayor a Pidal nº. 46, París 1/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

262 Duque de Sotomayor a Pidal nº. 15, París 10/1/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.

263 En el dorso de la carta del recién elegido Presidente invitándole a Francia, Pío IX escribía una reflexión muy reveladora de las razones de supresión del viaje: "La volontà del Papa é sempre ferma nel voler fare una visita alla Francia, e precisamente in Marsiglia. Ma il Santo Padre riflette che se egli si mettesse a viaggiare in questo momento, nel quale si prende tanto interesse sulla sua situazione da tutta l'Europa, parrebbe che egli, il Papa, fosse meno interessato degli altri sulle stesse cose sue", en nota al despacho de Fornari a Antonelli nº. 1488, París 25/12/1848, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 54-55 (FATICA, I, 446-447). Sobre los diversos proyectos de viaje de Pío IX a Francia, MICHEL, *Documenti relativi al mancato viaggio in Francia di Pio IX (1848-1849)* en RSdR (1936) 945-956. El incidente de la carta pontificia enviada a París y 'perdida' a efectos prácticos para el nuevo gobierno queda perfectamente aclarado con la publicación documental de Fatica: carta de Pío IX al general Cavaignac, Vol. I, pág. 401-402; envío de nueva copia de la misma carta, Antonelli a Fornari s. n., Gaeta 14/1/1849 (ASV, AN París 74 (FATICA, I, 482-483)); noticias de la misión a Gaeta para dilucidar el caso, la del diplomático La Tour d'Auvergne con este único motivo, cumplida a entera satisfacción en, Fornari a Antonelli nº. 1523, París 30/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 140-142 (FATICA, I, 509-511) y la del cardenal Giraud, arzobispo de Cambrai con objetivos más genéricos como ser portador de limosnas de los católicos franceses para Pío IX pero sin excluir la

doble razón que nos ocupa (viaje a Francia y dilucidación de la carta), incluso con ciertos métodos intimidatorios para con la Curia, en Fornari a Antonelli en varios despachos de diciembre del '48 y enero del '49.

264 Fornari a Antonelli nº. 1511, París 16/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 123-125 (FATICA, I, 495-497).

265 Fornari a Antonelli nº. 1506, París 15/1/1849, ASV, SdS 165 (1849-50) fasc. 28, ff. 113-115 (FATICA, I, 488-491).

266 Cfr. nota 264.

267 Fornari a Antonelli nº. 1517 y 1523, París 25 y 30/1/1849 respectivamente, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 131-134 y 140-142 respectivamente (FATICA, I, 502-506 y 509-511 respect.).

268 Referido a la segunda de las cartas de nota anterior, IBIDEM.

269 La jornada del 29 de febrero del '49 significa un eslabón más en la inestable situación política de Francia, marcada por la sorda lucha entre la Montaña jacobina derrotada en 1848 y unos republicanos de orden ahora bajo la férula de Barrot y Luis Bonaparte, inclinándose hacia posiciones cada vez más conservadoras. *Solidarité Républicaine* organización política creada como Comité para sostener la candidatura de Ledru-Rollin a la presidencia, tras las elecciones seguía estableciendo por toda Francia agrupaciones que demostraban que no renunciaba a la *República Roja* como se llamaba al republicanismo de fuerte contenido social; los numerosos clubs patrióticos nacidos el '48 la sostenían asimismo y se identificaban de hecho con tal acción. El ministro del Interior Faucher con mano enérgica decide hacer frente a esta situación proponiendo el 26 de enero a la Asamblea Nacional la disolución de todos los clubs, pero la propuesta del gobierno es derrotada el día 28. El 29 la guarnición militar de París con Changarnier como Gobernador Militar cerca militarmente desde el exterior la Asamblea Nacional, colocando al ejército en los puntos estratégicos más vitales de la capital; el presidente de la Asamblea Marrast se conmueve; ¿quien actúa contra quién? ¿complot contra la República o complot revolucionario contra la sociedad?; de hecho la Asamblea se ve obligada a votar una propuesta que fija la fecha de calendario de su disolución; el gobierno con tal victoria hacia girar al régimen un poco más hacia el conservadurismo y el orden, cfr. DE LA GORCE, op. cit. 462-466 y MURAT, op. cit. 381-382.

270 Fornari a Antonelli nº. 1524, París 30/1/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 144-146 (FATICA, I, 512-5117).

271 IBIDEM.

272 Fornari a Antonelli nº. 1532, París 8/2/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 28, ff. 159-160 (FATICA, I, 520-522).

273 Cfr. arriba notas 256 y 258.

- 274 Pidal a Duque de Sotomayor, Madrid 9/2/1849, AMAE: H-Política, S. Sede 2659.
- 275 Brunelli a Antonelli nº. 163, Madrid 11/2/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 48-49v y ASV AN Madrid 313 (Ap. Doc. nº. 70).
- 276 Brunelli a Antonelli nº. 165, Madrid 14/2/1849, ASV, SdS 165 (1848-50) fasc. 26, ff. 50-51.
- 277 *Extracto de las negociaciones ...*, AMAE: H-Política, S. Sede 2660.
- 278 DE GUICHEN, op. cit. 311.
- 279 Schwartzenberg a M. Esterházy nº. 1, Olmütz 5/3/1849, HHSÄ: Rom, Vatikan, II, Weisungen 1849, fasc. 251 (BLAAS, I, 124).

**ABRIR TOMO III (CONTINUACIÓN CAP. 4º)**

